



DE CURTO

EL BUEN
LECTOR

LL
1898
CUR

A
N-91
140



00083002



6717
Texto aprobado por el Consejo Nacional de Educación

333

JULIA S. DE CURTO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EL

BUEN LECTOR

LECTURA GRADUADA

6447



BUENOS AIRES

IVALDI & CHECCHI, EDITORES

1898

Biblioteca Nacional de Maestros 413-X 17

123

EL
BUEN LECTOR

LIBRO TERCERO

LECTURA I.

Niños dichosos.

Solo cuando han pasado para nosotros los dulces años de la infancia, comprendemos la inefable felicidad que hemos gozado en esa edad querida.

¡Qué felices son los niños!

La penas y amarguras de la vida, no existen para ellos.

.....Lo que para el hombre es indiferente, para el niño es muchas veces, causa de alegría sin límites, de placeres infinitos.

¡Dichosos los niños, porque ellos parecen ser los depositarios de la dicha humana y los encargados de derramarla sobre cuanto los rodea!

Todo esto pensaba yo cierto día, á principio de año, cuando de nuevo volvían á funcionar las Escuelas públicas.

Los niños habían concurrido á la Escuela, desde el primer día, como deben hacerlo todos los que tienen verdadero interés en adelantar. Al volver á casa, cada uno traía en su mano la lista de los libros y útiles que iba á necesitar en el grado superior á que había ingresado.

¡Pasar á otro grado! ¿Quién puede explicar lo que siente el alma del niño, cuando se produce este notable acontecimiento de su vida? ¿Quién podría expresar la emoción, el placer y el orgullo que experimenta cuando ingresa á otro grado?

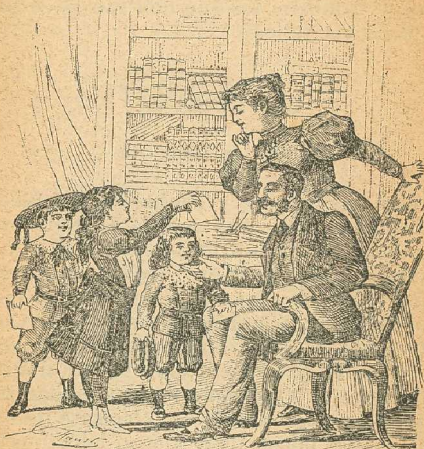
Nadie.

—¡Papá!..... ¡Mamá!.....—gritaba uno yo he pasado á segundo grado..... ¿qué me regalarás ahora? ¿Estas contenta?

—Y yo, yo, estoy en tercero,—añadía otro pudiendo apenas contener su satisfacción.—Aquí traigo la lista de todo lo que preciso: dice la Señorita que ahora tenemos que comprar los libros nuevos que recién se acaban de escribir; que son mejores que los que hasta ahora se han usado.

El libro de lectura que tengo que comprar se titula: «El Buen Lector» dice que es muy interesante; que tiene muchos

cuentos preciosos, lindos versos y otras cosas que ahora no recuerdo..... ¿me lo comprarás papá?



—Sí hijo mío, sí, dice conmovido el padre; te compraré todo lo que deseas y ahora toma un beso y un abrazo en premio de tu aplicación.

Y aquel buen padre estrechó contra su

corazón á sus lindos niños, saliendo después para comprarles lo que sus respectivos maestros les habían indicado.

¡Dichosos los niños! volví á exclamar, y dichosos también los que con tan poco pueden hacerlos felices!

LECTURA II.

El nido de calandrias.

Entre las verdes y espinosas ramas de un hermoso tala, una pareja de trinadoras calandrias había fabricado su nido.

Aun cuando el punto elegido estaba casi oculto á las miradas indiscretas, cinco niños observadores, lo habían descubierto. Constantemente estaban en acecho, fijándose en los trabajos que ejecutaban los animalitos.

Trabajaron afanosamente las calandrias hasta dejar terminada su elegante habitación. A los pocos días vieron los niños que en el interior del nido había varios huevecitos, de los que no tardaron en salir unos pajaritos completamente desnudos de plumas, que piaban sin cesar, abriendo su pico desmesuradamente, en el que los amorosos padres dejaban caer el alimento, que sin descansar buscaban en los parajes cercanos.

. Rara vez quedaba solo el nido, pues si el padre se alejaba en busca del sustento para sus hijuelos, la madre se encargaba de la custodia de la pequeña familia; si la madre salía, era el macho quien la reemplazaba en su solícito trabajo.



Los niños tenían el proyecto de apoderarse de los pichones y ponerlos en una jaula dorada que con este objeto ya habían comprado, creyendo que allí estarían mil veces mejor que á la intemperie.

Por fin llegó el día en que pudieron practicar el robo proyectado. Tomaron con el mayor cuidado á los pajaritos, los llevaron á su casa, y los colocaron en la jaula dentro de la cual habían formado ya un mullido nido de algodón y plumitas; bizcochuelos, terroncitos de azúcar y golosinas de todas clases eran los alimentos que nuestros niños ofrecían solícitos á los pobres prisioneros, pero éstos lejos de mostrarse alegres y satisfechos por estas finezas y cumplimientos, piaban sin cesar; pero de un modo tan triste, que causaba compasión oírlos.

El padre de los niños, hombre prudente y bondadoso en extremo, indicó á sus hijos que fueran á ver qué había sido de las calandrias grandes.

Fueron los niños, y á su vista se presentó el espectáculo más conmovedor que puede imaginarse: mientras la hembra echada en el nido, dejaba escapar de vez en cuando, una especie de gemido doloroso, el macho revoloteaba de un lado á otro, golpeándose la cabeza contra el tronco de los árboles y arrancándose las plumas con desesperación como si estuviera loco.

Los niños no pudieron contener las lágrimas al ver en tal estado á las infelices avecillas. Pensaron en la situación de sus

padres si algún malvado los hubiera robado á ellos cuando eran pequeños. Corrieron á su casa, tomaron á las calandritas y las colocaron nuevamente en su nido.

Pintar la alegría de aquellos amorosos padres al ver otra vez á sus hijos es cosa imposible.....

Uno corrió á buscarle alimento, mientras el otro, los calentaba bajo sus alas, arreglaba con cariño sus plumitas nacientes, interrumpiendo de vez en cuando su tarea para posarse en el hombro de alguno de los niños acariciando su rostro y entonando los trinos más melodiosos. ¡Quién sabe si al hacerlo, no daba las gracias por la inmensa dicha que disfrutaba en aquel momento!

Este día fué uno de los más felices de su vida para los niños. Jamás tuvieron que arrepentirse de aquella acción cuyo resultado fué la dicha de una familia.

LECTURA III.

El obsequio de los ratones.

Creo que todos mis pequeños lectores sabrán la historia de aquellos famosos ratones que habitan en todas las casas donde hay niños, para apoderarse de los primeros dientes que se les caen, poniendo en su lugar brillantes centavos, ó alguna otra cosa que es de su agrado.

¡Qué galantes son los ratones! ¿no es verdad?

No hay un solo niño que no haya puesto alguna vez un blanco dientecito donde los ratones pudieran encontrarlo; así como no hay tan solo uno, que no haya recibido los obsequios de tan atentos como galantes caballeros.

A propósito de esto, voy á narrarles lo que sucedió á una niñita inteligentísima á quien conocí.

Ella había oído más de una vez el cuento de los ratones, y, deseaba con todo su corazón que se le cayeran todos los dientes por cambiarlos por centavos.

Delia, que así se llamaba mi amiguita, cumplió los tan deseados siete años, y sus blancos y afilados dientecitos empezaban á aflojarse y caerse uno á uno.

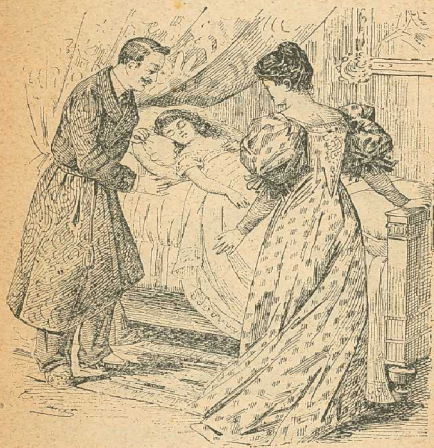
Indecible fué su alegría cuando tuvo entre sus rosados deditos el primero. Sin pensar en el portillito que le había dejado la caída del diente, saltaba de alegría deseando que llegara pronto el momento de poder efectuar el cambio con los ratones.



De noche, antes de acostarse, colocó su diente debajo de la almohada, y después de dirigir un elocuente discurso á los ratones, que según ella, estaban escuchando, se acostó, no sin recomendar antes á su mamá

que dejara luz en el dormitorio, á fin de que los ratones pudieran ejecutar comodamente la operación de cambiar el diente por centavos.

Era tal su agitación, que no podía conciliar el sueño; aparentaba sin embargo dormir profundamente.



De pronto su corazón empezó á latir con fuerza: un leve ruido le anunció que

alguien se había acercado á su cama. Creyó que serían los ratones y esperó.

El ruido fué haciéndose más sensible y ella disimuló todo lo que pudo, hasta que sintió que levantaban la almohada é introducían algo debajo, mientras una suave y cariñosa voz decía estas palabras: «es muy rico el dientito; parece una perlita; bien vale veinte centavos; con él, me mandaré hacer un lindo anillo.»

Delia no pudo disimular por más tiempo, se incorporó en su camita, miró en derredor suyo y cual no sería su sorpresa al ver que su papá y su mamá eran los *ratones* que en aquel momento se apoderaban del diente, dejando en su lugar un billete nuevo de veinte centavos.

Desde aquel día Delia no creyó más en el cuento de los ratones; pero no por eso fué menos feliz.

Una vez más quedó convencida del sin igual cariño que los padres profesan á sus hijos y de todo lo que son capaces para conquistarles un momento de felicidad.

LECTURA IV.

Un montaráz.

Nuestros caudalosos rios, como el Plata, el Paraná y el Uruguay, estan sembrados de fértiles y pintorescas islas, habitadas unas por aves de brillante plumaje, zumbadores insectos y otros mil animales útiles ó perjudiciales al hombre.

Otras más favorecidas por la naturaleza sirven de morada al hombre, que encuentra allí cuanto puede necesitar para satisfacer sus necesidades.

Este hombre que vive oculto en el interior de los bosques, que fabrica su cabaña al abrigo de un arbol secular, que disputa á las aves y á las fieras su alimento, que vive luchando con los elementos, es un montaráz.

El montaráz vive en las islas olvidado de todo el mundo, y sin embargo, á todo el mundo es útil.

En su pobre choza halla siempre el viajero un seguro asilo, y el náufrago ó el caminante extraviado un guia infalible para conducirlo á su fin.

No terminan aquí los servicios que presta á la sociedad: apenas amanece, el montaráz toma su hacha, derriba árboles, los convierte en carbón y envía este producto á los depósitos de la ciudad.



Todos los seres del mundo por humildes é insignificantes que sean, pueden ser útiles á sus semejantes.

LECTURA V.

Un ladronzuelo.

Hay seres en el mundo cuyas malas inclinaciones, se manifiestan desde sus primeros años.

Tal es Jorge, un pequeñuelo que casi no alcanza á su banco.

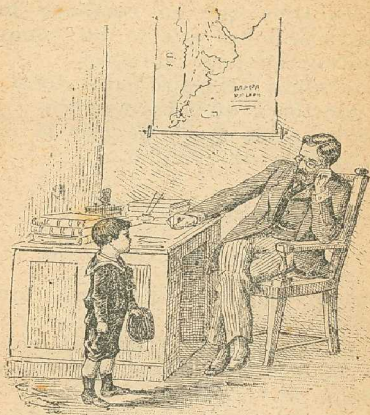
No está más adelantado en lenguaje que en estatura: solo sabe tartamudear las palabras necesarias para hacerse comprender.

A pesar de este atraso, tiene una maña especial para apoderarse de lo que no le pertenece. Ya es el pan, los bizcochos ó los caramelos que traen sus condiscípulos que pasan de las carteras de aquellos á sus bolsillos, ya es algo perteneciente á la maestra, lo que lleva el mismo camino.

Una vez faltaron cincuenta centavos del escritorio de la Señorita. En vano se hicieron todo género de pesquisas para dar con el ladrón: los cincuenta centavos no se encontraban.

Por fin se dió aviso de lo que ocurría al Director de la Escuela, quien llegó á ave-

riguar que durante el recreo, el único que había permanecido en el salón de clase era Jorge.



Interrogado hábilmente, negó al principio; pero en vista de la promesa de que nada se le haría si confesaba la verdad, declaró ser el culpable, prometiendo no volver jamás á cometer falta tan grave.

Aun cuando se trató de que nada se supiera, pronto se divulgó en toda la Escuela la noticia de lo ocurrido, y el pobre Jorge cambió desde ese día su nombre por el

poco poético de «Ladronzuelo» y lo más sensible es, que este nombre le quedará mientras viva.

¡Quiera Dios que no conserve también la mala costumbre que le ha conquistado un nombre tan poco honroso!

Desde niños debemos hacer todo lo posible, por tener un buen nombre.

Dice un sabio que vale más la fama de bueno, que la de grande.

LECTURA VI.

El vestido de ocho arcos.

Sara es una de las niñas más graciosas que he conocido.

Sus picarescas ocurrencias, son capaces de causar la hilaridad de las personas que tienen fama de serias.

A esta cualidad, se unen dotes físicas tan poco comunes que hacen de Sara una personita más que interesante.

A pesar de todas estas cosas que la hacen tan simpática, adolece esta niña de un defecto gravísimo: es burlona, y lo es á tal extremo, que cuando no tiene de quien reírse, se burla de sí misma.

Para que Vdes. tengan una idea de lo que es Sara, voy á referirles la conversación que con ella tuve un día.

Después de hablar un rato sobre diferentes cosas, recayó la conversación sobre las fiestas religiosas que se habían celebrado en ese día.



A propósito de fiestas, sabe Vd., dijo Sara, que el Domingo hice mi primera comunión en la capilla de Santa Catalina y juntamen-

te conmigo comulgaron muchísimas amiguitas mías.

La capilla había sido espléndidamente adornada y una música solemne acompañada de cantos divinos, hacía más imponente la ceremonia.

A la verdad que la iglesia no podía presentar aspecto más bello: flores, luces, niñas vestidas de blanco era lo que se veía donde quiera que se fijara la vista.

—Te felicito Sarita, contesté: la primera comunión es un acontecimiento que las niñas recuerdan con placer durante toda su vida.

Por la descripción que acabas de hacerme, no dudo que la fiesta habrá sido espléndida..... Ya me figuro lo bonita que estarías con traje blanco de primera comunión debías parecer un querubín asomando su cabecita entre un grupo de blancas nubes; estoy convencida de que así debe haber sido, porque tu rostro, no es más que el rostro de un ángel; esos cabellos rubios ensortijados, y esos ojos color de cielo, solo los he visto en esos preciosos angelitos que siempre rodean á la madre del Redentor.

Una alegre y prolongada carcajada interrumpió mi discurso.

—¡Ja..... ja..... ja..... ja..... Jesús,

María y José!..... ¡qué risa, por Dios! No crea Vd. semejante cosa, decía Sara torciéndose sobre el sofá: primero de todo, debo decirle que no me tengo por bonita, muy al contrario. Mire, me parezco mucho á ese gatito,—añadió señalando á uno que descansaba perezosamente sobre un almohadon:—tengo el cabello rubio y los ojos azules como él; tal vez seamos parientes ¿no es verdad Michito, dijo levantándose y pasando su blanca y delicada mano por el lomo del gatito, quien le contestó con voz dormida y mimosa: ¡miau miau! miau!

—Vé Vd., vé Vd., dice que sí.

Y otra ruidosa carcajada resonó en la sala.

—¿Y qué le diré del vestido? Si viera que cosa más horrible; ¡qué mamarracho más grande!

—Vamos Sara, contesté, veo con disgusto que siempre eres la misma burlona, capaz de poner en ridículo á todo el mundo hasta á tí misma.

Esto es muy malo, no puedes imaginar cuánto me alegraría viéndote correjida de este defecto.

—No, no exajero: crea que es la pura verdad, lo que estoy contando: figúrese Vd. que mi modista, madama no se qué, em-

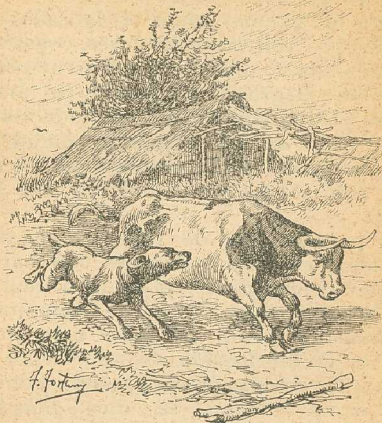
pleó nada menos que un mes para confeccionar mi célebre vestido! Y figúrese también, añadió con tono compungido y sentencioso, que la pobre, le puso nada menos que ocho arcos de acero, ocho, ocho, oiga Vd. bien: uno aquí, otro aquí, otro más acá, decía señalando diferentes sitios en su vestido é indicando al mismo tiempo el tamaño de cada uno.

Ya puede imaginarse lo que parecería yo. ¿Sabe lo que parecía? voy á decírselo: una cara de gato pegada á un globo. Eso fué lo que representé en mi primera comunión, por eso no puedo acordarme de tal día sin reirme á carcajadas.

Mientras así hablaba, reía como una loca.

Comprendiendo que Sara estaba en disposición de continuar burlándose de sí misma, puse término á la conversación, no sin antes haber aconsejado á la niña que se corrijiere.

Prometió hacerlo así, pero al despedirse me dijo: que su inolvidable vestido de ocho arcos, lo había enviado al Museo Nacional para que sacaran moldes las niñas que deseaban tener un traje elegante.



LECTURA VII.

El rancho.

Si salimos fuera de la ciudad ó hacemos un viaje por la campaña de la República Argentina, no será difícil que encontremos á nuestro paso algunas de esas humildes casitas de campesinos llamadas *ranchos*.

Casi siempre el rancho se halla situado en un paraje pintoresco.

Tanto el gaucho como el labrador que casi siempre son sus moradores, construyen esta vivienda á orillas de un arroyuelo, en medio de alegres bosquecillos de árboles frutales ó simplemente en dilatada llanura á la sombra de un corpulento ombú.

Si pintoresco é interesante es el sitio, no lo son menos el rancho y sus habitantes.

Las paredes son de ramas ó cañas entrelazadas, revestidas después con barro y su techo levantado en el medio é inclinado lateralmente, se compone de manojos de paja llamada *totorá*. La parte más interesante de la fabricación de un rancho consiste en la colocación del techo. Poner el techo á un rancho, se dice *quincharlo*. Muchos *paisanos* del campo ganan su vida ejecutando este trabajo.

Hay ranchos chicos y grandes, pobres y ricos.

Algunos constan de una sola habitación que es á la vez dormitorio, comedor, sala y cocina; los hay también compuestos de varias piezas, y reúnen las comodidades de las casas mejor construídas.

El mobiliario de los ranchos consiste principalmente en las cosas de mayor ne-

cesidad: algunos bancos de madera, camas ó catres, mesas, algunos espejitos y cuadros de santos, colgados en las paredes.

A pesar de esta pobreza y humildad, casi siempre se vive feliz en el rancho. Dedicados sus habitantes al trabajo, no pueden dar lugar á que los vicios y malas pasiones se alberguen allí; lejos de esto puede decirse, más de una vez; es el humilde ranchito de paja el asilo de la paz y de la virtud.

LECTURA VIII

Carta de una amiguita á otra

Buenos Aires, Junio 30 de 1897.

MI QUERIDA ANGELITA:

Son tan grandes los deseos que tengo de verte y hablarte, que no puedo pasar mas tiempo sin hacerlo. A pesar de tener la seguridad de que pronto estarás aquí, quiero hablar contigo, ya que no es posible personalmente, por medio de esta cartita.

No puedo Angelucha querida, soportar por más tiempo el silencio á que me condenó tu larga ausencia. Tengo necesidad de decirte, que siempre te quiero; que eres mi amiga predilecta; que ninguna otra ha ocupado en mi corazón el sitio que te pertenece; y por último tengo que contarte los progresos realizados en mis estudios.

Te diré que estoy en 4°. Grado y que me desvelo por cumplir mis obligaciones. Ya sabes que la maestra de este grado es la Señorita Elia y supongo que no habrás olvidado lo exigente y laboriosa que es. Con estas condiciones, es imposible estar bajo sus órdenes y no trabajar.

El programa de 4° grado es largo y difícil; pero dice la Señorita Elia, que con empeño y buena voluntad tendremos sobrado tiempo para darlo y repasarlo dos veces por lo menos.

Todas las materias del programa me gustan, porque la maestra las enseña bien, pero ninguna me agrada tanto como la Historia y la Geografía.

¡Con cuánto placer escucho la narración de los hechos gloriosos de Belgrano, San Martín y tantos otros héroes Argentinos! ¡Con cuánto gusto oigo las descripciones que la Señorita nos hace de nuestras fértiles campiñas, de nuestras ricas provincias,

de la majestuosa Cordillera de los Andes, que oculta sus nevadas cimas en las nubes; de los caudalosos ríos que fertilizan la llanura Argentina en cuyas pintorescas márgenes se elevan ciudades florecientes.

No puedes imaginar mi gozo al escuchar la descripción del hermoso Amazonas y del imponente fenómeno del Prororoca que se produce en su desembocadura. Te aseguro que en esos momentos me creo transportada á aquellos deliciosos lugares, que lo veo y que hasta oigo el espantoso rugido de las olas!.....

¡Ay Angelita! ¡cuánto envidia tu suerte! ¡dichosa de tí que puedes viajar y aprender en el gran libro de la Naturaleza, lo que nosotros solo vemos representado en un mapa, que nada nos dice si la descripción de la maestra no es viva, animada y convincente!

¡Cuánto adelantaré cuando tu vengas! cómo hablaremos de lo que hayas visto y cuántos datos nuevos tendré yo para ampliar las lecciones que demos en la Escuela!

¡Cómo gozaré oyéndote relatar lo que hayas visto y oído, referente á los grandes hombres que se han sacrificado por el bien de la humanidad!— ¡Ven, ven pronto, querida Angelita!

Mucho tengo aún que decirte pero el

reloj inexorable me avisa con su monótona voz, que no puede detener la marcha del tiempo, y que ha llegado la hora de que me vaya á la Escuela.

Adiós, pues, amiguita de mi alma; da un millón de besos á tus hermanitos y un fuerte abrazo á tus padres. De los míos un afectuoso saludo para todos.

No olvides nunca á tu amiguita que te quiere

DIVA

Señorita:

ANGELITA DEL SOLAR

VALPARAISO - CHILE

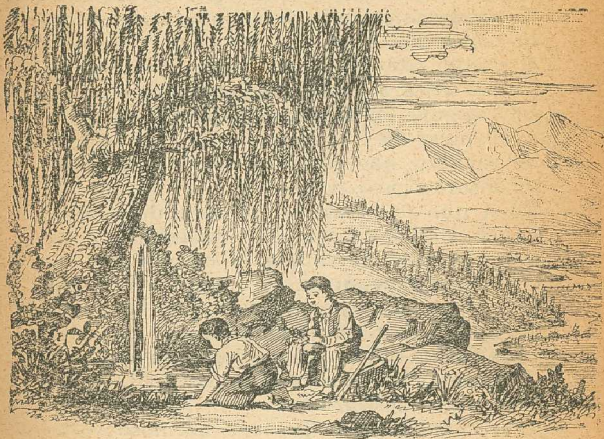
LECTURA IX.

La fuente de los milagros.

En un apartado rinconcito de una de las Provincias Argentinas más favorecida por la naturaleza, existe una hermosa fuente de agua cristalina, la que ha sido bautizada con el nombre que sirve de título á esta lección.

Se halla esta fuente en uno de los más floridos valles de nuestra patria, formado por dos ramales de la Cordillera de los Andes.

Sus aguas parecen brotar de la raíz de un inmenso sauce llorón que inclina sus melancólicas ramas hácia el suelo.



Todo en este paraje es bello, pero todo tiene también cierto tinte sombrío y triste que invita á meditar. Por un lado se levantan los Andes, sobresaliendo entre sus elevados picos el Tupungato semejando á un anciano gigante de larga y blanca cabellera que parece mirar con curiosidad los

hechos que se producen en el vasto continente que se extiende á sus piés.

Por otro, los ramales que forman el valle, cuyas faldas sombreadas por árboles de oscuro ramaje, contrastan singularmente con la nieve que blanquea las altas cimas y el verdor de los sauces que bordan las orillas del arroyuelo que corre murmurando suavemente en la parte baja del valle.

El agua de la fuente forma una especie de surtidor que se eleva como á un metro de altura, para volver á caer al pié del árbol que le presta su sombra, despues de haber salpicado con sus cristalinas gotas las plantas y flores que la circundan.

Es muy pequeña la fuente, pero con todo, sus aguas apagan la sed de los pastores que pacen sus ganados en el valle, y de los viajeros que en los ardientes días de Enero, se detienen en este sitio delicioso para descansar.

Los habitantes de este hermoso valle, labradores y pastores en su mayor parte, hablan con el mayor cariño y respeto de esta fuente, contando maravillas acerca de las virtudes de sus aguas.

Dicen que los ancianos consiguen aliviar las dolencias y achaques propios de la vejez; y que las jóvenes deben á la «Fuente de los Milagros», la conservacion de su hermosura.

Agradecidos á los inmensos favores que deben á la fuente, no hay uno solo entre los habitantes de esta comarca, que no haya hecho algo por embellecerla, que no le haya dedicado siquiera un recuerdo.

Así no ha faltado quien coloque al redor de la fuente un pequeño cerco de palo de rosa; quien siembre cerca de ella violetas, tomillos, margaritas y jazmines, mientras otros depositan en sus bordes, ramilletes de flores silvestres recojidos en los parajes más escabrosos de las montañas que se divisan á lo lejos.

Al depositar estas ofrendas en la fuente, se arrodillan en el suelo y elevan á Dios fervorosa plegaria, pidiéndole conserve eternamente aquella fuente maravillosa.

Aquellas sencillas gentes, creen de buena fé, que en aquel corpulento árbol cuyas ramas forman en su copa impenetrable glorieta, habita un genio, poderoso protector de aquel lindo valle y que agradecido por la simpatía que le profesan sus habitantes, no se ausenta jamás de aquellos sitios cuya prosperidad favorece de todos modos.

Cuando alguien se siente afligido por algunas de esas grandes penas que tanto al rico como al pobre abaten, corre á la fuente de los Milagros, bebe con ansia un poco de agua, cuenta en alta voz sus cuitas

al genio benéfico que cree oculto en el árbol, pídele con fervor que le proteja é instantaneamente se siente fuerte y consolado; tal es el poder de la fé.

¡Quiera Dios que nadie vaya á convencerlos de que están en un error, y que los dejen vivir por mucho tiempo en medio de esta ignorancia que los hace tan felices!

LECTURA X.

El terranova.

Todos conocen á los perros que llevan este nombre. Su hermosa figura y más que todos sus buenas cualidades, hacen que este animal merezca las simpatías del hombre.

Su pelo largo y sedoso, sus ojos dulces y su hermosa cola arqueada hacia arriba en forma de penacho, le dan un aspecto simpático al par que imponente. El Terranova es además tan inteligente como hermoso y de esto existen muchas pruebas. Voy á narrar una muy interesante. En un gran establecimiento de campo en el que había una infinidad de perros de diferentes razas, se distinguía entre todos, por su bella figura é inteligencia así como

por la predilección de que era objeto un corpulento Terranova.

Era compañero inseparable del dueño de casa á quien seguía siempre aun en los más largos y penosos viajes.

Su amo le había enseñado entre otras muchas cosas á cuidar un inmenso rebaño de ovejas.

El Terranova que así se llamaba nuestro perro, desempeñaba á las mil maravillas su oficio de pastor.

Conducía su rebaño á los sitios en que más abundaba el pasto y después lo llevaba al vecino arroyo para que apagase su sed.

Al caer la tarde de un hermoso día de verano el Terranova, acompañaba como de costumbre su rebaño al redil. Muy cerca lo seguía su amo y unos cuantos niños de corta edad hijos de aquél.

Todo estaba en calma: las ovejas caminaban lentamente como si ya estuviesen acostumbradas á efectuar aquel paseo; solo los bulliciosos corderitos y las alegres borreguitas, arqueaban de cuando en cuando su cuerpo y saltaban con suma gracia y elegancia sobre las matas de *mio-mio* y las piedras que encontraban á su paso.

Las ovejas que tenían hijuelos pequeños,

caminaban más despacio esperando á sus crias.

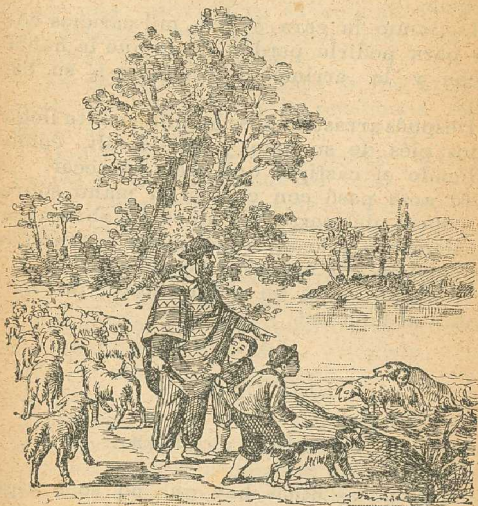
Una de éstas que iba acompañada de un corderito que por su debilidad y pequenez parecía tener apenas dos ó tres días, había quedado como vulgarmente se dice, á la *cola* de todas sus compañeras.

La pobre madre balaba tristemente como queriendo indicar á su hijo que apresurase el paso; pero todo era en vano: el pequeño animalito á duras penas se sostenía en pié.

El Terranova hostigaba á la oveja para que caminase más ligero; pero todo inútilmente. Empezó por empujarla con suavidad; después ladró un poco y por último perdiendo la paciencia del todo le mordió las patas traseras y la cola. Con todo la oveja no se movió. Cansado sin duda el Terranova, y no queriendo dejarla sola en medio del campo, la tomó del lomo con sus dientes y después de sacudirla con rabia varias veces, la arrojó al arroyo que corría á pocos pasos de allí.

Un grito de horror se oyó entonces en el campo. Lo profirieron los niños, que habían visto aquella escena y que dolorosamente impresionados por la acción del Terranova y movidos á compasión, pedían á su padre que salvara á la oveja.

Este sacó del cinto una pistola cargada y apuntando al perro le dijo con voz imperiosa: ¡al agua pícaro! ¡malvado! salva al Bé ó sinó hum!



Al ver la actitud amenazadora del amo y la terrible boca del arma, vuelta hacia él, nuestro Terranova pareció volver en sí: tomó una actitud humilde, agachó la cola

y las orejas y después de dar un lastimero aullido se arrojó al agua de donde extrajo al momento á la desgraciada oveja, que ya estaba á punto de desaparecer de la superficie.

Le lamió la cara é hizo mil caricias como para pedirle perdón de lo que le había hecho y la arrimó dulcemente á su hijito.

Después arrastrándose humildemente llegó á los piés de su amo, y echóse allí, como pidiendo el castigo, que creía merecer.

El amo pasó con cariño su mano sobre la cabeza del perro, los niños lo abrazaron tiernamente y desde aquel día el Terranova no volvió á dar muestras de impaciencia.

¡Cuántas veces un animal puede dar lecciones al hombre!

LECTURA XI.

La niña coqueta.

Muy pocas niñas hay que no sean algo coquetas.

Todas se alegran al estrenarse un vestido ó un sombrero y creo no equivocarme si aseguro que esto desearían hacerlo todos

los días. Encuentro muy natural que una niña desee vestirse y arreglarse bien; que sea elegante, etc., pues todo esto contribuye á hacerla agradable, simpática, etc.; pero de ninguna manera es conveniente que una niña lleve su coquetería hasta el extremo de desatender por ella sus estudios y obligaciones.

La coquetería es innata en las mujeres, pero la educación y la prudencia deben moderar su vuelo.

Desde muy temprano deben acostumbrarse á ser moderadas en todo.

La coquetería exagerada, como todas las cosas, no solo es perjudicial, sinó ridícula. Es perjudicial porque además de hacer contraer hábitos perniciosos de holgazanería, contribuye á aumentar los gastos de las familias, hasta el punto muchas veces de conducir las á la más completa ruina. Más de una vez la coqueta atenta contra su salud y contra su vida.

Esclava de la moda usa trajes y calzado tan estrechos, que deformando su cuerpo, impiden que se produzcan con regularidad las funciones que son indispensables para la conservación de la vida.

Esto precisamente era lo que hacía Amalia, alumna de 6° grado de una de las más acreditadas escuelas de la Capital.

Esta niña, que apenas contaba catorce años, era bastante linda y simpática, de modo que no hubiera tenido necesidad ninguna de recurrir á medios artificiales y mortificantes para parecerlo aún más.



Gracias á las exigencias de la moda y á su coquetería incansable, Amalia era un verdadero figurin.

Su esbelto talle cruelmente aprisionado

en duro corsé, podía muy bien abarcarse con dos manos

Debido á él, Amalia no podía sentarse en los bancos de la Escuela con la misma comodidad y soltura que sus compañeras.

Sus piés presos también en estrechos zapatitos de charol, la atormentaban sin piedad; permitiéndole á duras penas sostener el delicado cuerpo.

Con todo, Amalia tenía bastante fuerza de voluntad para soportar sus martirios y daba á su andar un aire tan gracioso y elegante que llamaba la atención.

En su casa destinaba horas enteras al tocador, y en la calle, las vidrieras de los negocios que encontraba en su camino, eran otros tantos espejos que reflejaban su hermosura y delante de los cuales ensayaba algún gesto, sonrisa ó mirada que su coquetería le aconsejaba ensayar.

Mientras permanecía en la Escuela, empleaba el tiempo en arreglarse el cabello por un lado mientras lo ensortijaba por otro.

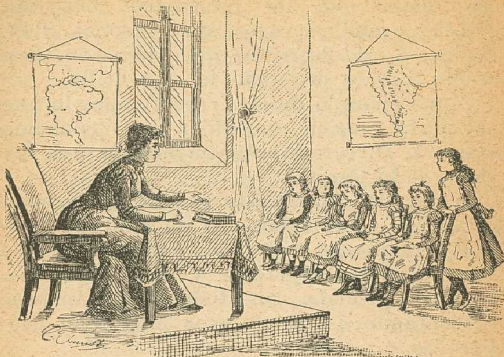
Ya sacaba de su costurero un buen espejito en el que pasaba largos ratos mirándose, ensayándose en dirigir lindas sonrisas y fingiendo alegría ó tristeza y otras muchas cosas más. A veces sacaba una elegante polverita de plata, con su

correspondiente cisne y se empolvaba la cara. Por lo regular faltaban en el costurero, el dedal, las agujas, las tijeras, el hilo, etc.; pero jamás los polvos, perfumes y demás útiles inseparables de las niñas coquetas.

Inútil es decir á Vds. que la pobre Amalia pasó en la Escuela los mejores años de su vida sin aprender nada. Creció pobre de cuerpo y de espíritu.

El primero no pudo desarrollarse á causa de las torturas á que lo sometía. Pronto una tos seca la acosó: sus pulmones no podían recibir el aire que necesitaban y la linda Amalia, cual hoja que el Otoño marchita, fué consumiéndose poco á poco devorada por la tisis, enemiga implacable de las niñas que no conformes con las gracias que le concedió la Naturaleza, pretenden enmendar su obra.

Niñas: no olvidéis que el verdadero mérito de la mujer no consiste en ser bella sinó en ser virtuosa.



LECTURA XII.

La mina de oro.

Hay un refrán que dice: «todo lo que reluce no es oro;» y á la verdad que esto es muy cierto; sin embargo lo olvidamos con frecuencia. Generalmente confundimos lo verdadero con lo falso, y juzgando solo por las apariencias damos importancia á lo que realmente no la tiene.

Todos sin excepción, hemos confundido alguna vez lo verdadero con lo falso;

pero nadie está más sujeto á errores de esta clase que los ignorantes. Hay sin embargo muchos casos de personas ilustradas é inteligentes que también han creído que es oro todo lo que brilla.

Como ejemplo de esto, recordamos lo que en cierta ocasión sucedió á una conocida maestra, Directora actualmente de una Escuela de la Capital.

Antes de ocupar este puesto fué Directora de un establecimiento de educación en una importante villa del interior. Tenía fama de ser competente y muy laboriosa, lo que probaba en todos los exámenes, presentando á sus alumnas muy bien preparadas.

Un día de invierno, frío y lluvioso, en que habían asistido poquísimas alumnas á la Escuela, hallábase la maestra, sentada cerca de una ventana y rodeada por un grupo de niñas, con las que hablaba afectuosamente de varias cosas.

Insensiblemente la conversación fué tomando un giro serio: se trató del tiempo, de las grandes lluvias que habían caído; del aspecto que presentaba la Villa con sus calles llenas de charcos de agua, de las crecientes de los ríos y arroyos, y por último, de los perjuicios que el mal tiempo ocasionaba á la Escuela impidiendo que las

niñas pudiesen asistir á las clases con regularidad.

Como buena maestra, la Directora, aprovechó esta oportunidad para dar á las niñas, una buena lección sobre la lluvia. Les explicó como se producía, los perjuicios que ocasionaba al hombre, así como todos los servicios que le presta.

Después de la lección, quedaron las niñas convencidas de que la lluvia hace más bien que mal en el mundo.

Al terminar la lección, también había cesado la lluvia y una de las niñas levantando su mano dijo, mirando á la maestra: «¿me da Vd. permiso para salir afuera?» «Vaya», dijo la Directora, y la niña se levantó y salió. Al salir del salón de clase, miró á todos lados; arqueó un poco el cuerpo hácia delante y empezó á correr con todas sus ganas.

Tanta fuerza llevaba, que al bajar una pequeña elevación que formaba el patio, no pudo moderar el impulso de su cuerpo, y resbaló cayendo pesadamente al suelo. Al caer, sus piés y manos formaron en el barro que había en aquel sitio, hondos surcos que inmediatamente se llenaban de agua turbia. Prorumpió en llanto la niña pensando en la reprensión que recibiría por su falta de cuidado.

Se enderezó como pudo, é iba ya á prorrumpir en nuevo llanto, cuando se fijó en sus manos y piés, y las lágrimas se secaron como por encanto.....

Su vestido, piés y manos estaban completamente dorados.—No hay más, dijo la niña, me he caído en una mina de oro. Voy corriendo á dar esta noticia á la Directora, la que lejos de reprenderme me agradecerá el descubrimiento que acabo de hacer.

Y así diciendo, corrió al salón, donde entró gritando..... ¡una mina de oro!..... he descubierto una mina de oro en el fondo: aquí traigo la muestra y levantaba lo más alto que podía sus manos, llenas de oro, según su creencia.

Siempre el oro ha llamado la atención de chicos y grandes. No es de extrañar pues que Directora y alumnas rodearan á la niña, la interrogaran acerca de su descubrimiento y después de observar atentamente sus manos, salieron apresuradamente para dirigirse al lugar del suceso.

En efecto, allí vieron que la niña no las había engañado; su cuerpo había dejado en el suelo profunda huella, al parecer abierta en una masa de oro.

El sol que en ese momento asomaba su faz en el cielo, contribuía con sus rayos á dar más brillo á aquella extraña sustancia,

que de modo tan inesperado se había descubierto.

Maestra y niñas contemplaban absortas el precioso hallazgo..... Una de ellas se atrevió á interrumpir aquel por demás prolongado silencio y preguntó ¿es oro eso?

—Ya lo creo—contestó otra—¿no ves como brilla? ¡Es oro! ¡es oro puro! gritaron todas en coro. ¡Qué rica va á ser la Directora!

Esta había permanecido silenciosa..... el descubrimiento de aquella mina la tenía seriamente preocupada. Ella como sus discípulas estaba convencida de que era una mina de oro la que tenía delante de su vista. Un mundo de pensamientos se agolpaban en confusión á su mente. ¿Se apoderaría ella de todo lo que pudiera? ¿qué haría con tanta riqueza? ¿se iría á viajar para conocer las diferentes partes del mundo?

¡Quién sabe si aquel inmenso montón de oro, no iba á robarle la calma y la felicidad que hasta aquel momento había disfrutado!

Sonó la hora de salida y las alumnas regresaron cada cual á su casa, llevando la noticia del descubrimiento que acababan de hacer en la Escuela.

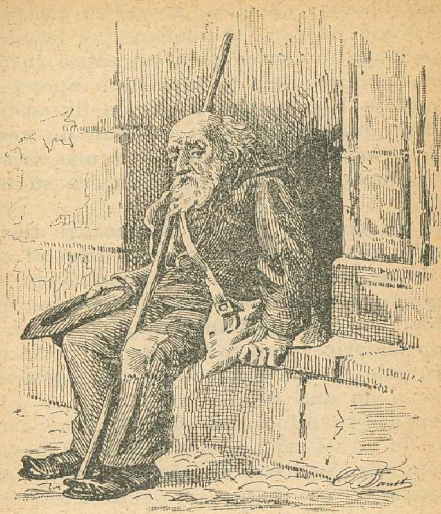
La directora por su parte no perdió el tiempo: comunicó á todas las personas de

su familia lo que había sucedido; recojió en una vasija una buena cantidad del dorado mineral y lo envió á un excelente químico que habitaba en aquella localidad, para que le analizara y se sirviera indicarle si era ó no oro de buena calidad.

El químico puso parte de la sustancia que le mandaron, en un cubo lleno de agua, y al hacerlo observó que la tierra y otras sustancias que estaban mezclados con el *oro*, caían al fondo del cubo, mientras aquel flotaba en la superficie del líquido— Esto le hizo comprender que aquella sustancia no era oro sinó mica dorada; sin embargo la sometió aún á otros experimentos que concluyeron de probarle que no se había equivocado.

Júzguese cuán grande sería el disgusto de la pobre Directora al ver disiparse tan pronto sus *doradas* esperanzas..... y más que todo por haber demostrado su ignorancia respecto á minerales, en presencia de sus alumnas.

Las niñas olvidaron muy pronto este incidente; pero no así la maestra, quien lo recuerda siempre, pues le sirvió de severa lección para aprender que «Todo lo que reluce no es oro.»



LECTURA XIII.

¡Solo en el mundo!

Hay en el mundo, seres que parecen condenados á sufrir durante toda su vida.

Tal podría decirse de un anciano que no ha mucho caminaba con tardo paso por una de las calles céntricas de esta ciudad.

Sus blancos cabellos, arrugado rostro, y encorvado cuerpo, indicaban que la nieve de muchos inviernos pesaban sobre sus espaldas, obligándole á buscar un apoyo en el nudoso bastón que le servía de sostén.

Miserables andrajos le servían de vestidos; su aspecto no podía ser más triste; pero mucho más en verdad lo era su historia.

El no conoció jamás una madre tierna que lo hiciera dormir en su regazo al son de dulce cantar. Pasó su infancia en un hospicio, rodeado de seres indiferentes, que si bien entre ellos habría alguno capaz de comprenderlo y compadecerlo, no podía comunicarle el dulce calor que solo brota del corazón de una madre.

Apenas tuvo fuerzas suficientes, fué arrojado de aquel asilo que le sirvió de hogar, y sólo, sin padres, sin familia, vagó por el mundo, en busca de sustento y de paz.

Larga y terrible fué su lucha: miserias y humillaciones terribles, fueron los frutos recogidos durante su larga peregrinación.

Ya llega al término de su carrera y como al principio de ella, se encuentra solo, sin hogar y sin familia.

No tiene con qué cubrir su desnudez, ni un lecho donde descansar su pobre

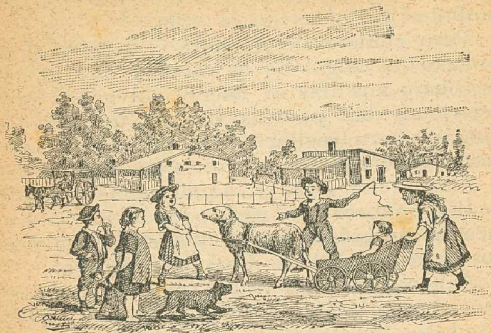
cuerpo, ya bastante abatido por los mil embates y luchas de la vida.

Pero cuando llegue para él la hora de la muerte, el ángel de la caridad que lo cobijó bajo sus alas al nacer, volverá á protegerlo, y las puertas de un hospital se abrirán para recibir al pobre que, solo, recorrió el mundo, y solo, se ausenta de él.

¡Cuán feliz será en aquel mundo donde no hay pobres ni ricos, donde no se sufren necesidades, donde todos son hermanos y la bondad de Dios los ampara!

Nunca, niños queridos, miréis con desprecio al pobre anciano que implora la caridad en vuestra puerta; pensad que ese pobre ser, es un hermano á quien tenéis el deber de socorrer..... Dios nos envía á los pobres para probar la bondad de nuestro corazón.

Socorramos pues á los pobres; seamos buenos y amables con ellos, y de este modo no solo los haremos más felices sinó que nosotros mismos gozaremos al realizar un acto bueno y Dios mirará complacido esos actos que tienden á acercarnos á él.



LECTURA XIV.

El guachito.

¿Saben Vds. queridos niños lo que quiere decir guachito?

Tal vez lo ignoren los que siempre han vivido en las ciudades; los habitantes del campo saben perfectamente el significado de esta palabra.

Para que todos lo sepan vamos á explicarlo: guachito ó mejor dicho, guacho, se llama vulgarmente el animal que no conoce á su madre y que se cría sin recibir sus cuidados.

Explicado esto, vamos á narrar la historia de un interesante guachito.

En un crudo día de invierno en que caía á torrentes la lluvia y un viento helado azotaba las plantas; un viajero embozado en un gran *poncho* de paño azul, con el ala del chambergo vuelta hacia abajo, chorreando agua por todas partes; cruzaba montado en brioso alazán, un camino casi inundado.

El ruido del agua unido al del viento y los truenos, formaba un concierto infernal.

De pronto el ginete detiene su corcel y parándose sobre sus estribos escucha atentamente.

Una especie de gemido que parecía salir de un islote flotante que arrastraba la corriente, había llamado su atención.

Echa pié á tierra, toma una larga caña que estaba en el suelo y atrae hacia la orilla el objeto que le preocupa.

En medio de un montón de ramas y hojas secas, vió un pequeño corderito, cuyos miembros ateridos de frío, no le permitían ningún movimiento.

Lo hubiera considerado muerto, si un débil *bé* no le hubiese indicado que su vida no estaba del todo extinguida.

Tomolo en sus brazos el viajero, y envol-

viéndolo cuidadosamente en el poncho, dijo como hablando consigo mismo, mientras volvía á cabalgar:

«¡Pobre animalito! sin duda su madre ha muerto ahogada y él ha sido arrebatado por la corriente.—Ejecutemos una obra de caridad recojiendo á este pobre ser. Lo llevaré á casa y mis hijos tendrán un verdadero placer en criarlo y jugar con él.»

El caballo partió al galope y poco después se detenía á la puerta de una magnífica estancia.

Salieron á recibir á nuestro viajero una infinidad de niños y otras personas de la familia y después de los saludos y caricias consiguientes, dijo: «les traigo un regalo que seguramente ninguno de Vds. espera» y desenvolviendo al corderito lo presentó á los curiosos niños que al verlo prurumpieron en un prolongado grito de alegría. ¡Pobrecito! ¡Qué mono! ¡Qué rico es! decían.

Una de las niñas se adelantó y tomando en sus brazos al corderillo exclamó:—¡Yo me encargo de criarlo, pobre guachito! tú no extrañarás á tu madre porque yo te cuidaré y querré mucho, y al pronunciar estas palabras besaba cariñosamente el helado hociquito de su protegido.

—Yo me comprometo educarlo, añadió otra niña besando á su vez al pobre huerfanito.

Ambas niñas cumplieron su compromiso: la primera lo crió, valiéndose para esto de un medio tan ingenioso como lleno de gracia: ponía leche templada en un plato hondo y hacía que el guachito chupara su dedo meñique obligándolo así á absorber la leche.

La otra niña le enseñó á obedecer al solo nombre de «Guachito»; á usar freno, á tirar el coche del nene de la casa; á distinguir á todas las personas de la familia y á tomar parte en sus alegres juegos.

El guachito sigue viviendo feliz en la estancia donde se ha criado, y no menos dichosas son aquellas niñas, por haber llevado á cabo una buena acción.

LECTURA XV.

El amigo del cocodrilo.

Todos conocen ó por lo menos han oído hablar del famoso cocodrilo.

Su indomable fiereza, su aspecto repugnante y sus costumbres terribles, le han dado cierta celebridad en el mundo.

Habita en las orillas de los ríos que riegan los países cálidos. En acecho siempre, oculto entre las yerbas y plantas marinas

ó debajo de las aguas, esparce el terror en las playas donde gobierna como un rey absoluto.

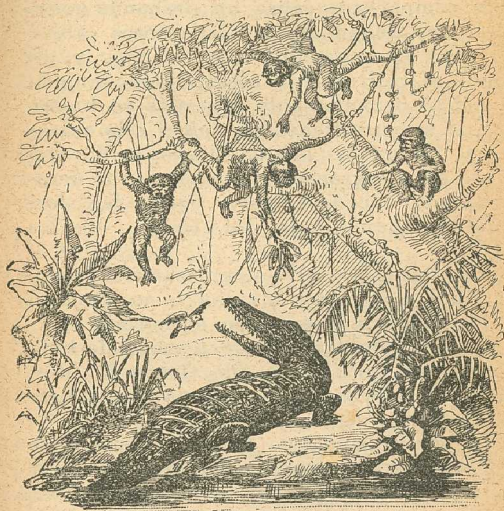
Se arroja de golpe sobre la víctima que ha elegido, la que casi siempre es una oveja, una cabra ó algún incauto bañista.

Al percibir al terrible animal, hombres y animales huyen despavoridos. Los negros principalmente le tienen un miedo espantoso.

Solo los monos se atreven á desafiar en algunas partes la furia del cocodrilo. Se reúnen una infinidad de estos animales, parte de ellos se colocan en una altura desde la cual observan lo que hace el resto de sus compañeros. Estos, apenas descubren al cocodrilo en un lugar que se presta para la broma que desean darle, corren á colocarse en un árbol debajo del que se halla el feroz reptil. Los monos ocupan todas las ramas del árbol, colgándose unos de otros, de manera que observados desde lejos presentan el aspecto de un gran racimo, cuyo último fruto es el mono más ágil de la compañía.

El cocodrilo atraído por la algazara de los traviesos animales, se le acerca con su enorme boca abierta, mientras le dirige miradas amenazadoras. En este momento sus ojos inyectados en sangre le dan un aspecto verdaderamente espantoso.

El monito que forma la punta del racimo, pega un manotón al cocodrilo y este cierra con fuerza su boca, haciendo sonar los dientes. Sucede que algunas veces erra



el golpe; entonces los monos palmotean y chillan alegremente como burlándose de su derrota.

Después de algunos segundos de interrup-

ción vuelve á empezar el juego y raras son las veces que el cocodrilo al cerrar sus formidables mandíbulas no aprisiona en ellas algún inesperto mono; lo que visto por los otros compañeros causa un desbande general: todos huyen dando espantosos alaridos. Por un momento cesa el juego y los monos se retiran á la altura donde á modo de palco, cómodamente sentados se hallan los que se entretienen en mirar este extraño y peligroso juego; desde allí ven como su desgraciado hermano va desapareciendo poco á poco entre las formidables mandíbulas del tirano de las playas.

Poco después vuelve á empezarse el juego. Sin duda los monos olvidan ó no piensan en los peligros que corren al hacerlo.

El cocodrilo, tan odiado á causa de todo el mal que hace á los que tienen la desgracia de tropesar con él, tiene sin embargo un amigo en el mundo.

No parece sinó que Dios no queriendo que este ser monstruoso aborrezca á todos y sea de todos aborrecido, le ha dado un amigo íntimo, querido, á quien sería incapaz de causar el menor mal aun cuando este se lo ocasionara.

Este amigo es un pequeño pajarito de hermoso plumaje, que anida en las inmedia-

ciones de los sitios frecuentados por el cocodrilo.

El cocodrilo tiene también un terrible enemigo, con el que á pesar de su fuerza y fiereza no puede luchar.

Este enemigo es un insecto microscópico. El feróz cocodrilo que vence al hombre, no puede luchar con un ser casi imperceptible y se vé dominado por él. Con frecuencia en el mundo sucede lo mismo: seres que parecen desafiar á todos, se ven á veces dominados por otros humildes, débiles y sin apariencia.

Estos animalitos microscópicos se fijan en el paladar, lengua y garganta del cocodrilo. No podríamos imaginar nunca los millones de millones de animales que establecen su habitación allí; son tantos que forman una especie de costra blanca; ó más bien una inmensa llaga viva, que ocasiona crueles dolores al cocodrilo.

Si pudiéramos observar por medio de un buen microscopio la boca del cocodrilo cuando se halla en estas condiciones, veríamos que es un mundo inmenso, en donde se agitan una infinidad de seres entre los cuales se producen dramas sangrientos, espantosos.....

Cuando el cocodrilo, desesperado por los dolores, que le causan los habitantes de su

boca, sale fuera del agua y abriendo sus enormes mandíbulas, parece esperar que alguien venga en su ayuda. En efecto, así sucede; el pajarito de que hemos hablado, atraído sin duda por algo desconocido para nosotros, ó guiado quizá por su propio instinto, se le acerca gorjeando alegremente. En seguida se aleja, revolotea cerca de la inmensa boca y después de algunos instantes, se arroja en ella resueltamente y desaparece como si se lo hubiera tragado un abismo.

Una vez allí, el pajarito picotea y traga con voracidad los animalitos que constituyen el tormento del cocodrilo, y éste, mientras tanto no hace un solo movimiento en el tiempo que su amigo emplea en practicarle esta operación.

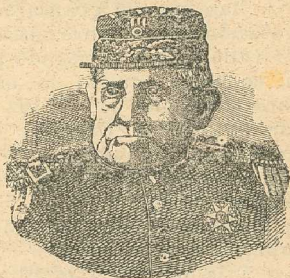
Terminado su almuerzo sale volando y cantando alegremente la linda avecilla; y no tarda en alejarse en busca talvez de otro cocodrilo que la espera ansioso.

El que acaba de recibir tan grande favor, permanece un momento inmóvil contemplando á su bienhechor que se aleja, y cuando desaparece por completo de su vista, corre á precipitarse en el río, dando las mayores muestras de satisfacción y alegría.

El pequeño pajarito ha prestado un inestimable servicio al cocodrilo devorando á sus enemigos.

Dios coloca al lado del poderoso que extiende su dominio en toda la tierra, seres pequeños é insignificantes que á su vez lo dominan.

¡Cuán grandes son el poder y la sabiduría de Dios!



LECTURA XVI.

Don Domingo Faustino Sarmiento.

En la parte occidental de nuestro gran país, existe un valle pintoresco formado por dos sierras pertenecientes, una al sistema andino, y la otra al pampeano.

La sierra de la *Rinconada* y de la *Huerta*,

se llaman los dos brazos que el gigante del Oeste extendió para mecer en ellos la cuna de uno de los hombres más ilustres de nuestra patria. Cuna más poética, jamás la naturaleza concedió á ninguno de sus hijos.

La *Rinconada* sostiene con su robusto brazo el valle de *Tolúm*, que por otro lado se apoya en la sierra de la *Huerta* ó del valle *Fertil*, llamada así á causa de la magnífica vegetación que la cubre hasta su cima.

En este valle delicioso regado por el Río San Juan, se halla situada la ciudad de este nombre y en ella vió la luz el 15 de Febrero de 1811, Don Domingo Faustino Sarmiento, el gran ciudadano que derramó á torrentes la luz de la civilización en la República Argentina.

Grande y sublime como todo lo que rodeó su cuna, fué su alma.

El amor á la patria, á la libertad y á los niños, fué el móvil de todos sus actos.

Recorriendo las páginas de la Historia vemos como no solo lucha por la patria en los campos de batalla, sinó que abandonando muchas veces la espada, toma la pluma y escribe contra los tiranos que oprimen el pueblo.

Sarmiento escribió mucho; pero muchísimo con el fin de ilustrar á sus conciudadanos en el conocimiento de sus deberes y

derechos.—Y para que sus grandes y nobles ideas se generalizaran escribió en los diarios, publicó libros é hizo oír en todas partes su elocuente y sincera palabra, aconsejando unas veces, enseñando otras, guiando siempre al pueblo querido por la senda del bien á la conquista del honroso puesto que hoy ocupa entre las naciones más civilizadas de la tierra.

No hay en la República Argentina, un solo progreso, en el que Sarmiento no tenga parte.

Todos tenemos con este gran hombre una deuda sagrada, pero nadie le debe más que los niños.

Ya hemos dicho que su amor á los niños, á la patria y á la libertad, fueron los únicos móviles de todos sus actos.

Por su amor á los niños, se hizo maestro y les consagró los mejores años de su vida. Pensando en ellos, fué á lejanos países en busca de nuevos conocimientos, visitó las escuelas mejor organizadas; estudió los métodos y procedimientos que allí se empleaban para educar á la juventud, y volvió á su patria trayendo un verdadero tesoro de riquezas intelectuales, que derramó con mano pródiga de un extremo á otro de la República Argentina.

Fundó Escuelas Normales, destinadas á

formar buenos maestros; creó escuelas primarias y bibliotecas, poniendo así la educación al alcance de todos.

Sarmiento, puede decirse, fué un genio bienhechor de la niñez, no solamente por el cariño que le profesó y las obras en que se tradujo su amor, sinó por lo que aún puede hacer el gran legado que les dejó al ausentarse para aquel mundo donde la verdadera vida empieza.

Sarmiento ha muerto; pero vive su obra colosal.

Más adelante, admirarán los niños Argentinos la obra maravillosa de su genio protector.—Por ahora deben inspirarse leyendo la biografía de este hombre notable. En ella encontrarán más de una lección, más de un motivo de estímulo para no desalentarse en las luchas de la vida.

En esa biografía aprenderán los niños, que por el esfuerzo propio, sin auxilio de nadie, el más pobre y humilde puede elevarse sobre todos; ocupar los puestos más distinguidos; asombrar al mundo por su saber é inteligencia; derramar á manos llenas el bien sobre la patria, y hacer en fin que la patria y el universo entero lloren y se cubran de luto el día que su alma pase á la región inmortal.

Todos recuerdan el 11 de Setiembre de 1888. En este triste día, falleció en la

Asunción, D. Domingo F. Sarmiento, á la edad de 77 años.

Sus restos reclamados por la madre patria, llegaron á Buenos Aires el 21 del mismo mes siendo recibidos del modo más solemne, por el pueblo Argentino en masa, y por los representantes de todas las naciones del mundo.

Los niños que tanto deben al ilustre maestro, cubrieron de flores su tumba y los maestros, modestos obreros de la educación popular, harán de cada escuela un templo en donde se venerará ahora y siempre, la memoria del desinteresado protector y amigo de los niños.

LECTURA XVII.

Elena.

Elena era una hermosa niña, cuyas peregrinas ocurrencias llamaron siempre la atención de cuantos la conocieron.

Una de ellas fué la de escribir la siguiente carta á su papá que se encontraba en una linda quinta que poseía en Adrogué. Nos olvidamos decir que Elena era alumna interna de una de las más renombradas escuelas particulares de Buenos Aires.

He aquí la carta á que nos referimos:



Buenos Aires, Junio 15 de 1897.

QUERIDÍSIMO PAPÁ:

Mi carta es un fardo de noticiones. Empezaré por la más trascendental: has de saber que por el delito de haber discutido acaloradamente con varias condiscípulas sobre este tema: ¿Son más felices los vivos ó los muertos? estoy incomunicada, pesando sobre mí la terrible condena de permanecer un mes sin recreo, encerrada en mi cuarto.

El primer día que empecé á sufrir esta penitencia, no teniendo en qué ocuparme, y á fin de no incurrir en el pecado de la pereza, me entretuve..... ¿á que no sabes en qué?

Voy á decírtelo, porque me consta que no eres adivino y que si no lo hago, nunca sabrás una cosa que de seguro va á hacerte reir mucho.....

¿Te acuerdas de mis cejas? de aquellas cejas que según tú, me hacían tan bonita?

Pues bien, ya no las tengo..... enteras por lo menos.....

Como te iba diciendo..... durante mi primer día de encierro no sabiendo qué hacer me coloqué delante del espejo y armada de una filosa tijera,..... ¡zas!..... tras, las corté; pero no del todo, no te vayas á creer..... sinó que en cada una le hice tres redondeles: uno en cada extremo y otro en el medio. Esto sucedió el primer día como ya te he dicho y me valió por cierto una tremenda reprensión que lejos de corregirme vino á aumentar mi encono y malas intenciones.

Vuelta á mi encierro y á solas con mi conciencia, volvió á tentarme la idea de hacer rabiarse á mis maestras.

Perdona querido papá si al mismo tiem-

po que á ellas, te mortifico á tí que eres tan bueno.

Como te iba diciendo; en cuanto volví á quedar sola, continué mi obra: cortéme los rizos del lado derecho; en el izquierdo me saqué también algunos mechones de cabellos, de modo que de este lado me quedaron una porción de manchas blancas que me dan el aspecto más raro y extravagante que puedes imaginar..... Al terminar esta obra, no he podido menos, que reirme á carcajadas diciendo para mi misma: por fin, mis distinguidas y amables maestras no dejarán de pasar un mal rato á causa de lo que acabo de hacer, porque es muy natural que mi padre les pida esplicaciones sobre lo ocurrido y les diga cuatro verdades por el poco cuidado que han tenido conmigo.

Inútil, creo el decirte que á todas se las llevó el mismo Diablo cuando me vieron en tan lamentable estado; pero esto no impidió que redoblaran su rigor conmigo.

Pensé pues; que para ahorrarme el trabajo de cortarme la nariz, la lengua..... y hasta la cabeza, he creído que, lo más acertado era darte cuenta de lo ocurrido, para que hagas lo que creas más conveniente.

Lo que siento es lo fea que me vas á encontrar.

Recuerdos á mamá y á los chiquilines.

Tu hija que te quiere ELENA.

SEÑOR DON ALBERTO MONSALVES *Adrogue.*

No hay necesidad de decir que esta atrevida carta disgustó sobre manera á los buenos padres de Elena, quienes creían que su hija se educaba perfectamente lejos de ellos, y jamás hubieran llegado á imaginar que fuera capaz de una acción tan mala como la que con tanto descaro acababa de comunicarles.

Inmediatamente se puso el padre en viaje para ir en busca de su hija á la que retiró del colegio después de haber manifestado á las maestras su sentimiento por lo ocurrido.

La niña fué conducida á su casa, donde recibió el merecido castigo por su mala conducta.

Los padres de Elena se valieron de todos los medios, que unos padres discretos y prudentes tienen en su mano para corregir el mal carácter de sus hijos.

Elena que es hoy madre de familia, dice que se avergüenza de lo que hizo cuando niña y lamenta deveras los disgustos que

ocasionó á sus padres y maestros. Ella ruega á Dios que sus hijos no se le parezcan.

¡Qué dulce es llegar al fin de nuestra vida sin que el recuerdo de una mala acción turbe la tranquilidad de nuestra conciencia!

LECTURA XVIII.

La oración.



DIÁLOGO ENTRE UNA MADRE Y SU HIJA

LA MADRE.—Ven á rezar hija mía. Es hora de dormir y ya sabes que no debemos entregarnos al sueño sin antes haber elevado á Dios nuestro pensamiento.

LA NIÑA.—¿Porqué, mamá, debemos rezar todas las noches y al levantarnos?

LA MADRE.—Porque todos los días recibimos de Dios innumerables beneficios y es nuestro deber agradecerse los.

LA NIÑA.—Pero, mamá, yo no veo nunca á ese Dios, de que siempre me hablas, y no sé tampoco cuales son los beneficios que nos concede..... yo creo que á papá y á tí es á quien únicamente debo todo..... ¿No es verdad?

LA MADRE.—No, Aurita, estás en un error que tus pocos años hace disculpable; á Dios, es á quien debes la inmensa dicha de tener un buen padre que piensa en tu porvenir y una madre cariñosa que solicita vela á todas horas por tí. Piensa un poco y verás como todo se lo debes á Dios.

LA NIÑA.—Por más que pienso [mamá, no lo comprendo. Explicame, ¿quieres mamita?

LA MADRE.—Con el mayor placer hija mía..... Mira, angel querido, ese cielo azul salpicado de estrellas; esa hermosa luna, que envía hasta nosotros sus rayos de plata; todo eso es obra del buen Dios. ¡Figúrate qué triste y oscuro sería el cielo si la luna y las estrellas no brillaran en él!

LA NIÑA.—¡Oh! sí, verdaderamente sería muy feo un cielo sin luna y sin estrellas!

LA MADRE.—Y durante el día, querida

Aurita, el buen Dios hace brillar en el cielo el hermoso sol que nos envía su luz, calienta la tierra, haciendo brotar de su seno, el trigo que se convierte en sabroso pan; las frutas deliciosas, las flores de mil variados colores que alegran nuestra vista y esparcen su delicado perfume en los prados y jardines que engalanan..... Ese hermoso sol, obra también de Dios es el que hace nacer en el campo las yerbas que sirven de alimento al ganado.....

LA NIÑA.—Voy comprendiendo que tienes razón; veo que de nada serviría tener padre y madre si Dios no permitiera que la tierra produjese todo lo que necesitamos para vivir.

LA MADRE.—Sí hija mía, y mucho más que eso le debemos á Dios; le somos deudores además de la luz del sol, de otra luz más grande, más suave, más benéfica.

LA NIÑA.—¿Y cual es mamá, esa luz?

LA MADRE.—La luz de la razón y de la inteligencia, que nos permite descubrir la verdad, distinguir el error y ajustar nuestras acciones á las leyes divinas. ¿Comprendes ahora, porqué debemos dirigir nuestras plegarias á Dios?

LA NIÑA.—Comprendo que á Dios, mucho le debemos, pero nó la razón porqué tengamos que rogarle..... ¿porqué? ¿qué hace

Dios con nuestras oraciones? ¿Para qué las quiere?

LA MADRE.—Dios de nada necesita porque él todo lo tiene; no quiere que le dirijamos palabras sinó pensamientos. Lo que Dios quiere es que seamos buenos; que cumplamos sus sabias leyes, cuyo cumplimiento nos hace felices cuanto es posible serlo en este mundo y eternamente dichosos en el otro..... ¡reza hija mía! ¡reza!...

LA NIÑA.—Y rezando mucho mamá, pidiéndole á Dios por ejemplo que no se cumpla una ley que nos desagrada, deja Dios de hacer lo que ha dispuesto.....¿es complaciente Dios?

LA MADRE.—Esto es muy difícil explicar querida hijita, Dios es la misma bondad, pero no por esto creas que hace lo que á nosotros se nos antoja, solo por complacernos.

Las leyes de Dios no cambian á cada instante como las que hacen los hombres; él no puede equivocarse como éstos, así es que no tiene que corregir ó enmendar su obra jamás.

LA NIÑA.—Entónces Dios no es tan bueno como dices, puesto que no tiene lástima de nosotros y no nos concede todo lo que le pedimos.

Si yo fuera Dios, le daría á todo el mundo cuanto me pidiera.

LA MADRE.—Dios no puede ser más bueno de lo que es; lo que no nos concede es porque no lo merecemos ó no lo necesitamos.

Ahora no podemos explicarnos bien lo que nos pasa: pero cuando vayamos á aquel otro mundo, á ese hermoso cielo, donde habitan los que aquí siempre fueron buenos y sufrieron con paciencia sin quejarse, entonces sabremos la causa de que Dios parece ser indiferente á nuestros sufrimientos y comprenderemos su inmensa bondad para con nosotros.

LA NIÑA.—Bueno, si Dios no nos concede lo que le pedimos, no veo la necesidad de rogarle; yo creo que es tiempo perdido..... pues si no nos escucha.....

LA MADRE.—Ya te he dicho que Dios solo nos concede lo que precisamos..... él nos oye..... nos escucha con bondad..... y las oraciones que salen de nuestro corazón, Dios las recibe con cariño.

Nosotros, Aurita, no debemos rezar por interés, es decir con la esperanza de que se nos conceda algo de lo que deseamos; debemos hacerlo para darle gracias por los beneficios que nos concede, así como para tener más fuerza para sufrir con resignación las penas de la vida y recordar que existe una recompensa que solo alcanzan los que no se aparten jamás del camino del bien.

LA NIÑA.—Si es así, recemos mamá, para dar gracias á Dios por los inmensos favores que nos concede y para pedirle nos ayude á sufrir con resignación todo lo que nos suceda.

LA MADRE.—Y no solo debes pedir á Dios por tí y por los seres que amas, sinó por todos los que existen en el mundo, buenos y malos, y también por los que ya abandonaron la tierra y en otra vida gozan ó sufren las consecuencias de esta.

Ven hija mía, recemos y recemos por todos.

LECTURA XIX.

Un fantasma.

No hace muchos años ocurrió en una gran estancia situada á muchas leguas de Buenos Aires el curioso incidente que voy á referir y del que fui testigo.

El establecimiento citado se halla en uno de los parajes más pintorescos que pueden imaginarse.

Por un lado corre mansamente un arroyuelo, por otro un extenso bosque sirve de límites á la llanura y más allá de ésta elévanse montes que parecen ocultar sus azuladas cimas en las nubes.

Este era el paisaje que el morador de la estancia podía contemplar desde sus ventanas cubiertas de madreselva.

Divisábanse también, en contorno como á tres cuartos de legua, los pequeños ranchos destinados para habitación de los puesteros y sus familias.

En la época á que me refiero, que era en el verano, encontrábanse en la estancia sus dueños.

Era una hermosa noche del mes de Enero: la luna brillaba en el espacio con todo su esplendor. Una tibia brisa esparcía en el ambiente el perfume de las flores que gallardas se ostentaban en el bosque y en el jardín.

Un ruiseñor oculto en el espeso ramaje de un tilo dejaba oír sus melodiosos trinos, mientras el grillo y la chicharra interrumpían con su áspero chirrido aquel concierto suave y misterioso que la Naturaleza toda parecía dedicar á su Creador.

La familia se hallaba reunida en el jardín.

Dos ancianos de blancos cabellos sentados en cómodos sillones repasaban en silencio las cuentas de su rosario. ¡Quizá en ese instante de místico recogimiento y calma pensaban en la eternidad cuyos umbrales ya pisaban!

Sentados en un banco de verde musgo, se hallaban un hombre y una mujer, jóve-

nes aún, que sostenían cada uno sobre sus rodillas un precioso niño. A sus piés sobre mullida alfombra de césped, jugueteaban con dos perros de gran corpulencia, varios pequeñuelos más.

Un poco más lejos, dos criados ordeñaban unas vacas y colocaban las copas llenas de espumante licor en una bandeja que sostenía un negrito como de doce años, quién iba alcanzándolas á los niños.

Acostado boca abajo, sobre una *carona* extendida en el suelo, veíase á un fornido negro, que miraba con cariño ya el grupo que formaba la familia ó ya parecía escudriñar el cielo y el horizonte como quien busca algo.

De pronto como si una idea le asaltara dijo dirigiéndose á su amo.

—Sabe patrón que ahora anda el fantasma por estos *pagos*—todos los vecinos están tan asustados que á la oración cierran sus casas.

No bien hubo pronunciado estas palabras cuando los niños como movidos por un resorte, se levantaron corriendo á refugiarse entre los brazos de sus padres.

—¡Qué ha de haber fantasma! dijo con impaciencia el patrón; esas son cosas de ignorantes..... y á la verdad, extraño mucho, que un viejo como tú, Joaquín, lo creas.

—Yo siento mucho disgustar al patrón; pero es cierto lo que digo; y se lo aviso por su bien. Mucho mejor sería que á esta hora estuvieran todos adentro..... Yo no tengo miedo y la prueba de esto la doy quedándome aquí, toda la noche de guardia, velando el sueño de los niños y la seguridad de todos.

—Vamos adentro, vamos, decían con voz suplicante los niños. Los ancianos rezaban más fuerte sus oraciones y la pobre madre involuntariamente estrechaba el brazo de su compañero..... el negrito y los criados impulsados por el miedo habían venido á engrosar el grupo.

—¿Pero quién te ha contado esas historias Joaquín?

—Todos, patrón. No hay vecinos de este lugar que no lo hayan visto. Anoche se presentó en casa del tío Braulio, el puestero del monte. ¡Ya sabe patrón que el viejo es un valiente que no tiene miedo ni al mismo diablo en persona!

Pues bien: acababan de cenar y cuando ya la familia se disponía á acostarse, se oyó el ladrido de los perros, lo cual anunciaba que álguien se acercaba á la casa.

El ladrido de los perros se convirtió pronto en lastimeros y prolongados aullidos. La mujer y los hijos de Braulio se

hincaron delante de la imagen de la Virgen y le pedían con fervor que los amparase.

El viejo á pesar de los ruegos de la familia, martilló su escopeta, apagó las luces y abrió la ventana; pero no bien hizo esto cuando retrocedió espantado..... pues vió patrón..... algo que no era de esta vida! Al terminar estas palabras Joaquín se santiguó devotamente.

—¿Y qué vió? veamos.

—Figúrese patrón que vió una especie de esqueleto, alto, alto, mucho más alto que esos álamos, envuelto en una capa blanca que le arrastraba por el suelo, y tan ancha que cuando caminaba, semejaba dos grandes alas. Una larga cabellera igual á la crin de los caballos, cubría en parte su cara de fuego.

En una mano llevaba una linterna encendida y en la otra una espada de fuego.

A pesar del terror que el tío Braulio sintió al ver esta aparición, se atrevió á decirle: en nombre de Dios ¿qué quieres?

En vez de contestar el fantasma se arremolinó como lo hace el avestruz cuando quiere correr, despidió algunas chispas de fuego y huyó saltando cercos, arroyos y montes..... Esta es la pura verdad patrón..... ¡se lo juro! Y si Vd. quisiera oír, aunque sea por esta vez, los consejos de

este pobre viejo, que tanto lo quiere, se iría ahora mismo adentro con la familia. No sé porque me parece que algo va á suceder esta noche.

—Pues yo desearía ver al tal fantasma; si no hace más que eso no le tengo miedo.

—Váyanse á dormir todos y ojalá venga el fantasma. Veremos qué cosas nos cuenta.

Ya se había levantado la familia para cumplir las órdenes del padre cuando los perros empezaron á aullar tristemente..... con las orejas y la cola baja y dando señales del mayor terror vinieron á refugiarse al rededor de sus amos.

—¿Qué le decía patrón? dijo el negro Joaquín con la mayor angustia. Todo indica que el fantasma se acerca.

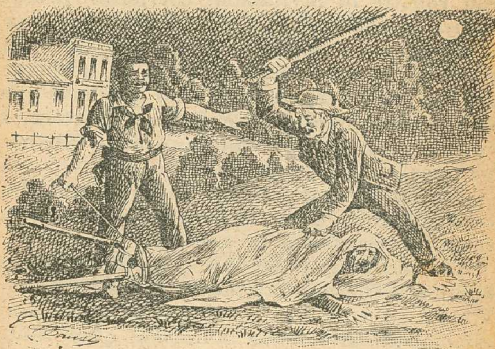
En este momento se oyó un ruido semejante al que produce un vendabal que todo lo arrasa y casi en el mismo momento vióse acercar á grandes pasos atravesando el arroyo y saltando árboles, una figura siniestra y espantosa, sacudiendo su blanco ropaje y su larga cabellera al mismo tiempo que blandía una espada de fuego.

Todos quedaron petrificados de espanto, al ver el terrible fantasma.

Solo el patrón conservaba su sangre fría y se disponía á la defensa.

—No le tengas miedo Joaquín, dijo el patrón: atácalo y verás como huye.

Y al decir esto tomó un nudoso garrote y Joaquín unas boleadoras y ambos se dirigieron resueltamente contra el fantasma. Este al ver la actitud amenazadora de aquellos, hizo sus acostumbradas evoluciones y echó á correr en dirección al bosque.



—Corrámoslo, y tu Joaquín tírale las boleadoras, que yo le arreglaré las cuentas después.

Así lo hizo el fiel negro y con tanto acierto que arrollándose éstas en las piernas del fantasma, le hicieron vacilar y caer.

En seguida llegó el patrón y blandiendo

con furia su garrote, empezó á sacudir con todas sus fuerzas al autor de todos los sustos de aquella comarca.

—Vengan, corran, véan al fantasma..... Lo que es de hoy en adelante no asustará más á nadie.

Los habitantes de la casa no se hicieron repetir la invitación: corrieron presurosos, creyendo encontrar un alma en pena ó un demonio echando fuego por la boca y los ojos; pero cual no sería su sorpresa al ver que el tal fantasma no era más que un gaucho malo que se había puesto unos enormes zancos de madera, y unas sábanas blancas en forma de manto.

La cara y sus manos estaban untadas con fósforo y durante la noche se entretenía en asustar á la gente.

Lo encerraron en un cuarto, y al día siguiente fueron invitados todos los que vivían en aquellos alrededores, para que conocieran al famoso fantasma que tanto terror les había inspirado.

Desde aquel día nadie volvió á temer la aparición de ningún fantasma y excusado es decir que nuestro gaucho malo no sintió más deseos de hacer diabluras á nadie.

Todavía conserva en su cuerpo las señales de las tundas que le aplicaron el negro Joaquín y su patrón.

LECTURA XX.

La bandera Argentina.

Uno de los hechos que narra la Historia Argentina y que más impresiona por las circunstancias y por la solemnidad que lo rodearon, es sin duda la creación de nuestra hermosa bandera.

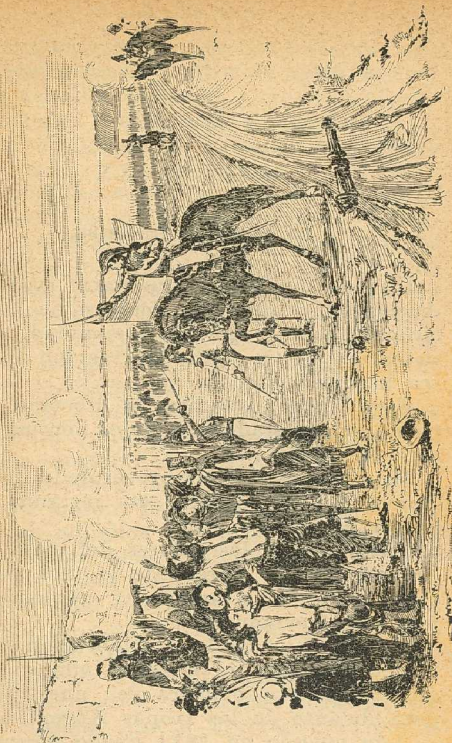
Este hecho acredita la libertad de la patria conquistada con valor heroico en los campos de batalla.

Belgrano, el ilustre procer de la Independencia, fué quien creó esta insignia de la patria libre.

Puso en ella los colores del cielo, como símbolo de la pureza de la idea que encarna y de la grandeza y esplendor del porvenir que anuncia.

Fué con motivo de la celebración del primer aniversario de nuestra independencia, que flameó por primera vez nuestra bandera delante de las tropas Argentinas.

Aún cuando en 1811 puede decirse que



J. Fowler

el poder español había sido derrocado, se usaban sus insignias en todas partes. Era la bandera española la que se izaba en los edificios públicos y que los soldados llevaban á la cabeza de su división.

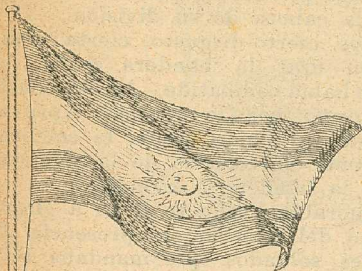
Había pues, cierto disgusto, cierta contrariedad en usar la bandera contra la cual tanto se había combatido. Así lo consideraba Belgrano por lo mismo. Aprovechando como ya hemos dicho, la celebración del primer aniversario de la independencia creó la bandera Nacional.

Este memorable hecho se llevó á efecto en la ciudad del Rosario en presencia de los valientes soldados que mandaba Belgrano. Imponente por demás era el cuadro que en aquel momento presentaban aquellos aguerridos militares formados á orillas del caudaloso Paraná.

La Naturaleza toda parecía tomar parte en el glorioso acontecimiento: un sol radiante, derramaba sus rayos de oro sobre las cabeza de aquellos valientes, mientras que un cielo azul, cubierto á intervalos por blancas nubecillas, se reflejaba en el hermoso río, que silencioso corría entre los bosques de palmeras y laureles.

Belgrano montado en brioso corcel, recorría de un extremo á otro las filas, lle-

vando en sus manos la hermosa bandera y haciéndola flamear ante los soldados les dijo: «Soldados Argentinos, esta bandera



es el símbolo de la libertad de nuestra patria; donde la veáis flamear, allí debéis reunirnos para defenderla, ¡juremos morir por

ella! ¡juremos mantenerla bien alto!

—Lo juramos, contestaron con entusiasmo los valientes guerreros.

—¡Viva la bandera Nacional Argentina, gritó Belgrano.

—¡Viva! repitieron á una voz los soldados.

LECTURA XXI.

Un hogar tranquilo.

No es posible que exista en el mundo, hogar más tranquilo, que el que tuve ocasión de observar un día en que me paseaba por las solitarias alamedas de un jardín.

Llena mi mente de pensamientos tristes, había ido á buscar en aquel sitio, un asilo donde poder lamentarme y llorar sin que nadie me interrogara sobre la causa de mis lágrimas, ni hubiera testigos de mi dolor inmenso.

Cansada de vagar de un punto á otro sentéme al pié de un frondoso seibo, cuyas verdes ramas se inclinaban elegantemente hasta bañar sus extremos en las aguas del cristalino arroyuelo que corría murmurando, entre el fresco cespéd del jardín.

Absorta en mis tristes meditaciones, fijaba distraidamente la vista, ya en el arroyito que serpenteaba á mis piés, ya en la flor de seibo que se desprendía del árbol y cayendo en el agua se convertía en gracioso

bajel tripulado por mariposas y otros insectos de variados colores.

De pronto algo como el dulce sonido de un beso, como las cadenciosas notas de un himno de amor, pareció salir de entre el espeso follaje del árbol que me prestaba sombra.

Aquel amoroso himno, conmovió dolorosamente mi alma.

Miré hácia arriba, y el más hermoso de los cuadros se presentó á mi vista.

Era un verdadero idilio el que tenía lugar allí:

En la bifurcación de una rama, veíase un precioso nido en el que habían establecido su hogar dos tórtolas enamoradas.

Una de ellas echada muellemente en el nido, calentaba bajo sus alas dos tiernos pichones, mientras que en una rama cercana, la otra arrullaba dulcemente mirando con ojos amorosos el grupo encantador que encerraba todo su cariño en la tierra.

Dos lágrimas más amargas que la hiel se desprendieron de mis ojos y con el corazón oprimido, me dirigí á mi triste y solitario hogar. Muchas veces en medio de mi profunda pena, he recordado con placer aquel hogar tranquilo.



LECTURA XXII.

Castillos en el aire.

Nada es más fácil que construir castillos en el aire. Para esta clase de construcciones no necesitamos más arquitectos que nuestra imaginación, ni más materiales que nuestras ideas.

Todos y en todas las edades hacemos

castillos en el aire: unos grandes, otros pequeños; humildes unos y soberbios los otros; pero todos castillos al fin. También se diferencian entre sí estos castillos por su duración: unos duran algún tiempo y otros tan sólo un segundo.

Nadie hace más castillos en el aire que los jóvenes. Digámos sinó lo que consigo mismo habla Alfredo, joven estudiante del Colegio Nacional mientras está sentado delante de un escritorio, completamente cargado de libros y muy ocupado al parecer en resolver un problema.

—¡Uf! ¡uf! dice desperezándose, ¿quién habrá sido el inventor de estos infernales problemas de geometría? Demostrar que los tres ángulos de un triángulo equivalen á dos rectos; ¡cosa bárbara! $a + b = e + d$. Si prolongo a b ¿qué resulta?..... ¿qué se yo lo que resulta?—veamos este otro lado: $b + a = d + c$ no sale nada tampoco

¡Maldito sea el que inventó la Geometría y todos los rompe-cabezas del mundo! Creo que mañana me saco un cero tremendo.

¿Y qué dirá mi padre cuando sepa que por tercera vez salgo aplazado? ¡pobre viejo! ¿pero qué digo? no es pobre él, sinó muy dichoso, porque jamás se ha quebrado la cabeza como yo estudiando en estos

libracos odiosos, cosas que aún no he podido comprender cual es su utilidad. ¿Porqué mi padre no me habrá dedicado más bien á labrar la tierra y sembrar zapallos y papas? Y cruzando sus brazos con el mayor desaliento, queda pensativo y con los ojos como clavados en el irresoluble problema.

De pronto su fisonomía se va animando poco á poco. Con la boca entreabierta y sonriente y con los ojos brillantes parece seguir algo con la vista que llama de un modo notable su atención. Persigue sin duda una visión encantadora; construye en ese momento uno de sus más famosos castillos en el aire.

¡Sí! ¡sí! dice con loco entusiasmo, cuando yo sea abogado no me pasará nada de esto. Tendré el inmenso placer, de quemar todos estos libros asesinos, á los que en mi vida no dedicaré un solo recuerdo por los tormentos que me han ocasionado.

Cuando sea abogado no me acordaré jamás de que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos..... cosa, que sea dicha de paso y en honor de la verdad, no he podido averiguar hasta la fecha, y maldito lo que se me importa.

Tendré carruajes y hermosos caballos que excitarán la atención de todos; un palacio espléndido será mi morada y en vez de

pasarme las noches estudiando cosas que no entiendo, iré á los teatros ó á los bailes, donde deslumbraré por mi esplendor!

Y cuando vuelva de mis diversiones, al llegar á mi palacio, lo primero que se me presentará á la vista será una preciosa placa de bronce dorado en la que leeré lleno de orgullo: «Alfredo Castillejos»—Abogado.

Después, es probable que llegue á tener mucha fama, por lo cual todos los diarios se ocuparán de mí..... Seré un abogado notable por mi mucha sabiduría y quizá debido á la popularidad de que goce, tal vez algún día ocupe un puesto en el Congreso, después seré Ministro..... y más adelante..... Presidente de la República! Cuando sea Presidente, las bendiciones del pueblo lloverán sobre mi cabeza, seré el ídolo de las masas populares porque tomaré todas las medidas que puedan concurrir á su felicidad.

Por lo pronto, quizá sea mi primer decreto suprimir las matemáticas, como ciencia *anti-higiénica* y perjudicial bajo todos conceptos por los dolores de cabeza que produce! ¡Qué bien marchará el país, cuando yo lo dirija!

Mientras así hablaba se paseaba de un lado á otro presa de la mayor agitación y gesticulando como un loco y en su febril

imaginación se veía ya sentado en el sillón presidencial, ya arrastrado en lujoso carruaje, ya dictando leyes que asombraban al mundo, etc.

Casi maquinalmente se detuvo delante del escritorio..... y allí el pobre estudiante se encontró frente á frente de la triste realidad. Su magnífico castillo se derrumbó sin ruido, y solo vió al despertar de esta especie de sueño fantástico, su escritorio cargado de libros y el problema que no había podido resolver.

Aquí está todo lo que poseo, dijo mesándose con rabia los cabellos, este es mi palacio, y este es el sillón presidencial! ¡pobre de mí! ¡desgraciado el día aquel en que vine al mundo! No tengo más remedio que estudiar, ¡estudiemos pues!

Así intentó hacerlo; pero siempre los elegantes castillos que su imaginación construía, lo distraían de su tarea.

¿Llegará á ser abogado nuestro amigo Alfredo? Yo creo que no, y lo mismo que á este joven, le sucederá á todos los que pretenden ocupar puestos distinguidos y tener fortuna, sin más trabajo que pensarlo.

Hay que desengañarse: sin estudio y trabajo nada se consigue y por estos dos medios, puede el hombre más humilde, elevarse hasta los más encumbrados puestos.



LECTURA XXIII.

Belgrano.

Como justo homenaje á las virtudes de este digno ciudadano debemos dedicarle algunas palabras.

Los hijos de la gran Nación Argentina, tienen no solo la necesidad, sinó hasta la obligación de saber cuanto deben á este insigne campeón de la libertad é independencia Argentina.

Belgrano es uno de esos seres cuyo valor, abnegación y virtudes, hacen que su impo-

nente figura descuelle en la humanidad.

Después de brillar en la tierra con sin igual fulgor; después de haber derramado á torrentes la luz de su inteligencia privilegiada, dejó al ausentarse del mundo, tan luminosa estela tras sí, que la humanidad entera, por más indiferente que sea, no puede menos que volver sus miradas al pasado é inclinarse con respeto ante el gran patricio que todo lo sacrificó por el bien de la Nación Argentina.

Desde sus más tiernos años demostró poseer una inteligencia poco común. Tanto en su Patria como en Europa donde fué á continuar sus estudios, llamó la atención por su talento y por sus ideas nobles y elevadas.

Debido á esto, se le ofrecieron, siendo aún muy joven, puestos de la mayor importancia.

En el desempeño de dichos puestos probó ser hombre de conducta intachable, de carácter austero y de sentimientos morales elevadísimos.

Primeramente por medio de sus profundos conocimientos, de su erudición y de sus notables escritos, divulgó entre las masas populares, ideas nuevas, cada una de las cuales tendía al progreso, á la civilización y á la libertad. Así mientras que en unos

escritos indicaba á los agricultores nuevos procedimientos para multiplicar las cosechas, mejorar las tierras etc., en otros aconsejaba al Gobierno medidas cuyo resultado debía ser la libertad, el aumento de comercio y por consiguiente el de la riqueza nacional.

Por otro lado daba de un modo indirecto al pueblo, hermosas y elocuentes lecciones de libertad bajo una forma tan bella que se atraía las simpatías de todos.

La civilización de nuestra Patria tuvo en Belgrano uno de sus más valientes y esforzados paladines.

El creía que sin educación no es posible la libertad de los pueblos; y en este sentido, trabajó para que el suyo fuese ilustrado.

Propendió á este fin, fundando muchas escuelas, algunas de las cuales eran vigiladas personalmente por él.

Fundó también escuelas rurales, donde el habitante de la campaña pudiera recibir la instrucción más indispensable para los usos de la vida.

No es la mujer argentina la que menos debe á Belgrano.

Comprendiendo este gran ciudadano que el hogar es la base de la sociedad y que de la mujer depende la solidéz de aquél,

propendió por cuantos medios tuvo á su alcance á la educación de la mujer argentina.

Aconsejó al Gobierno que se ocupara con preferencia de levantar á la mujer de la humillante postración en que se hallaba en aquella época, dignificándola por medio de la ciencia y del trabajo.

Toda mujer Argentina debe erigir en el santuario de su alma un altar en el que la imagen de Belgrano, velada por el santo fuego de la gratitud y admiración brille siempre, difundiendo aún desde la eternidad, torrentes de luz, irradiada por el recuerdo de sus grandes y gloriosos hechos.

Dejó la pluma y la lira, para empuñar la espada cuando vió á su patria en peligro, y si valiente fué en una lucha, no desmereció en la otra.

En ambas demostró ser superior á todos los hombres de su época.

La República Argentina tiene en Belgrano una deuda sagrada que pagará cuando todos sus hijos pongan en práctica los principios del ilustre ciudadano.

LECTURA XXIV.

Recuerdos.

Era una hermosa y fría mañana del mes de Agosto.

Había madrugado mucho, y asomada al balcón de mi cuarto, me extasiaba en la contemplación del magnífico panorama que se extendía ante mi vista.

La ciudad entera parecía dormir con profundo sueño á juzgar por el silencio que reinaba en todas partes.

Apoyados los codos en la barandilla del balcón y la cabeza en la palma de las manos, hacía vagar la mirada desde el jardín que me enviaba nubes de perfumes, hasta el *riacho* que corría á poca distancia y el campo cubierto de bosques, cuyos límites se perdían en el lejano horizonte.

Había helado y debido á esta circunstancia, el suelo parecía cubierto por blanca sábana y los árboles del bosque, como rodeados por tenue gasa del mismo color, no movían siquiera sus ramas, como si temieran turbar la calma en que parecía sumergida la Naturaleza toda.

Mi alma sencilla y cándida entónces, participaba también de esta dulce quietud, pero lo mismo que á la Naturaleza, una indecible melancolía envolvía todo mi ser:

¡Pensaba!..... y mi pensamiento en alas del deseo y de la imaginación, vadeó el riacho, escaló los montes, cruzó bosques y praderas..... y se detuvo después de mucho andar, en la cima de un pintoresco cerro donde se elevaba un elegante Chalet rodeado de árboles y flores.

Corro por los jardines y galerías de la casa y penetro en las habitaciones..... Todos duermen aún: mis padres, mi santa abuela y los hermanitos queridos: los abrazo y beso con efusión á todos..... y tal es la emoción que siento al hacerlo que vuelvo en mí y me encuentro en el balcón con los codos apoyados en la barandilla y la cabeza en las manos..... viendo la campaña y el bosque cubierto de blanca escarcha que se pierde en el horizonte.

Un profundo suspiro salió de mi pecho y dos lágrimas rodaron silenciosas por mis mejillas..... ¡No vendrá hoy tampoco, murmuré tristemente y dirigiendo una mirada hácia el campo continué: ¡qué triste es vivir sola en el mundo sin tener quien nos compadezca y comprenda.

No bien había concluído de formular estas quejas, cuando dos fuertes golpes dados con el llamador de la puerta de calle me hicieron estremecer y palpar de gozo mi corazón.

En seguida oí una voz que decía detrás de la puerta de mi habitación: Está su papá; acaba de llegar.

Decir lo que sentí en aquel momento es imposible. Una palidez mortal cubrió mi rostro; flaquearon mis piernas y apenas tuve fuerza para abrir la puerta.

Hacerlo y encontrarme en brazos de mi padre á quien hacía dos años que no veía fué todo uno.

¡Papá!.....;Hija de mi alma! fueron las dos palabras que se oyeron en aquel instante á las que siguieron una verdadera lluvia de besos.

Calmada un poco mi emoción pregunté: ¿Y mamá, abuelita y los chiquilines?—Están buenos y te mandan muchos recuerdos.

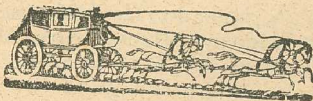
Dime papá, añadí, acariciando su larga y sedosa barba mientras miraba fijamente sus dulces ojos azules; ¿me llevarás á casa contigo? Si supieras qué triste es vivir sola, lejos de los seres que se aman y á los que amamos, sin oír más voz que la de las maestras, de las niñas y de las campanas que nos llaman al trabajo.

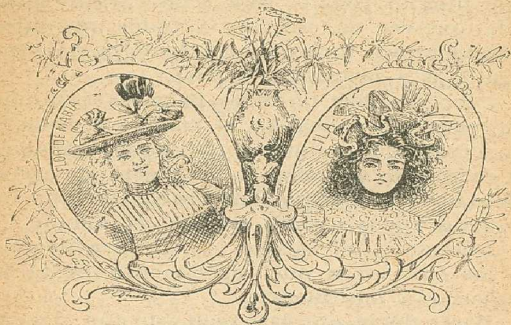
—¡Sí, hija mía, todo lo comprendo!..... Te llevaré ahora, puesto que á eso he venido. Pronto es el santo de mamá y creo que ningún regalo será más grato para ella, que ver en ese día, á todos sus hijos reunidos en torno suyo. Arregla pues tu equipaje y prepárate á partir.

Poco después nuestros caballos trotando alegremente vadeaban el riacho y después de cruzar la llanura y el bosque, trepaban el cerro y se detenían á la puerta de aquel elegante Chalet que encerraba lo que en aquella época amaba más en el mundo.

Describir la escena de nuestra llegada y las emociones que esperimenté, es tarea superior á mis fuerzas.

Basta decir que este recuerdo aún deleita mi alma haciendo reproducir en mi mente las placenteras emociones de aquellos días felices que ya no volverán.





LECTURA XXV.

Lila y Flor de María.

Asistían á una de las principales Escuelas graduadas de Buenos Aires, dos hermosísimas niñas llamadas Lila una y Flor de María la otra.

Ambas como ya he dicho eran hermosas; pero su belleza era diferente.

Lila era morocha, de grandes ojos negros y rizados cabellos, viva é inquieta.

Llevaba siempre la cabeza erguida con orgullo; hablaba con desdén y con frecuencia sus rosados labios se abrían para dirijir una indirecta chocante, que casi siempre hacía prorumpir en llanto á alguna de sus condiscípulas.

Flor de María era blanca y delicada: gruesos rizos color de oro, adornaban su cabeza. Sus ojos eran azules y sus facciones finas y correctas.

No sabríamos decir cual de las dos era más bella; lo que sí, podemos asegurar, es que ambas eran encantadoras.

Tan diferentes eran por sus caractéres físicos, como por sus condiciones morales.

En Lila, todo respiraba orgullo, desdén y grandeza y en Flor de María todo era dulzura, modestia y bondad.

Pertenecía la primera á una distinguida familia. Su padre ocupaba en el Gobierno uno de los principales puestos y su madre joven y hermosa en extremo, brillaba en la buena sociedad por su lujo y elegancia. Todo lo contrario sucedía en Flor de María. Era hija ésta de un modesto escritor que apenas ganaba lo suficiente para mantener á una familia numerosa y que no se distinguía más que por su acrisolada honradez y su talento. Su madre era tan her-

mosa como la de Lila pero no figuraba como aquella en la alta sociedad.

El cuidado de su familia y el estudio de la literatura así como el de la música y la pintura, ocupaban todo su tiempo.

Lila asistía á la Escuela en carruaje arrastrado por soberbios rusos y guiado por un cochero y lacayo de lujosa librea galoneada de oro.

Flor de María iba á pié acompañada por una anciana sirvienta. A principio de año ingresaron en el mismo grado; pero Lila no tardó en quedarse atrás. Su vida agitada y llena de diversiones no le permitía cumplir sus deberes escolares.

Tenía que acompañar á sus padres á Palermo, al teatro, á pagar visitas, etc.

En su casa se daban recibos á los que asistía toda la aristocracia porteña.

Por demás está el decirlo, que el más bello adorno de aquellos regios salones era Lila.

Su elegante personita era admirada por todos y los elogios que se le tributaban hacían latir de alegría el corazón de sus padres.

Mimosa en extremo y voluntariosa, más bien por costumbre que por naturaleza, no podía someterse de ninguna manera á la disciplina de la Escuela.

Jamás llevaba sus deberes ni se hallaba presente á la hora de entrada.

Acostumbrada á mandar y ser obedecida, no podía soportar que en la Escuela se le dieran órdenes y lo que es peor que se la obligara á cumplirlas.

Sus respuestas llenas de atrevimiento, le valieron más de una penitencia y sus modales orgullosos, el título de princesa.—Ahí viene la princesa Lila, decían sus compañeras al verla entrar en la Escuela.

Lila ostentaba con verdadero orgullo este pomposo nombre.

Flor de María era el modelo de la clase: aplicada y buena se hacía querer por las profesoras y por las niñas.

Ayudada por sus cariñosos padres, aprendía bien las lecciones que le daban para estudiar en su casa; y en la Escuela se distinguía entre todas las alumnas por su talento y aplicación.

Todos los elogios, eran para Flor de María. Su nombre estaba escrito con letras de oro en el cuadro de honor y los Inspectores que visitaban la Escuela, dejaban siempre una mención honorífica dedicada á ella en el libro de visitas.

A pesar de todas sus bondades y méritos, Flor de María no era del todo feliz.

Tenía en Lila, una enemiga cruel é implacable y esto la mortificaba mucho.

La linda morocha, no perdonaba medios

para hacer sufrir á su rubia compañera. La acusaba á cada instante, le echaba borrones en sus cuadernos para hacerla reprimir, le buscaba peleas durante los recreos, la hacía caer, etc.

Lloraba en silencio la pobre niña sin quejarse jamás, pues nunca hubiera consentido que por causa suya sufriera otra persona.

Se aproximaba entre tanto el día de los exámenes y como es de suponerse, las niñas estaban atareadísimas.

Todas estaban convencidas de que Flor de María, obtendría además de las mejores clasificaciones, algún premio especial, que se acordaría á la niña que más se distinguiera por su aplicación y buena conducta.

—Lo que es este año decía una niña hablando en voz alta en la hora del recreo, Flor de María se llevará la palma.

—Nada más justo, añadió otra, ella es la mejor de la clase y es muy razonable que se le dé también el mejor premio.

—Sí, sí, gritaron en coro todas las niñas: el premio debe ser para Flor de María..... ¡Viva Flor de María!

—Eso será si yo lo permito, contestó una voz enérgica y fuerte.

La figura imponente y amenazadora de Lila se presentó á la vista de las niñas. Oculta tras una columna de mármol, había

escuchado la conversación de su condiscípulas, y viendo que ninguna se acordaba de su persona, pensó proclamar por sí misma su candidatura para el futuro premio.

En su furor, estaba hermosísima: sus negros ojos despedían chispas, y su rizada cabellera, suelta por la espalda; su cuerpo inclinado ligeramente hácia adelante así como sus manos crispadas, le daban el aspecto de una leona en actitud de lanzarse sobre su presa.

Instintivamente retrocedieron todas; pero rehaciéndose en seguida, dieron algunos pasos hácia adelante.

—¿Qué quiere la princesa Lila? preguntó la que primero había hablado. ¿Qué es lo que pretende? Está muy equivocada si cree que por su hermosura y riquezas puede hacer que se incline á su lado la balanza de la justicia!..... Aquí se tiene en cuenta el verdadero mérito que la modestia oculta..... Su alteza, añadió, con ironía la oradora, recoge bastante laureles en los suntuosos salones de su palacio, en los teatros y en los paseos.

¿No le bastan? ¿O créese por ventura que todo se ha hecho para ella? ja-ja-ja-ja.....

—¡Insolente!..... ¡atrevida! gritó Lila en el colmo del furor..... Yo te enseñaré á tratarme como debe hacerlo una pobretona

como tú,..... ¡Y mira! yo también me río de todas ustedes, y al concluir estas palabras soltó una estrepitosa carcajada.

Después continuó: miren, tengo tan seguro mi triunfo que ni siquiera me he preocupado de este asunto.

¡Pues no faltaría más que esa odiosa de Flor de María se atreviera á disputarme en público el premio y los honores que á mí sola se me deben!

¿Dónde está esa estúpida? que salga para que yo le enseñe á ser más medida en sus deseos.

—Te guardarás muy bien de hacerle algo contestó una resuelta niña; ella es aquí la reina por su bondad y por su saber; ella vale más que todas nosotras juntas, Flor de María es nuestra amiga, nuestra hermana.

Déjala en paz, y déjanos también á nosotras que gocemos anticipadamente en su triunfo.

—¡No, no, no lo consentiré jamás, gritó con rabia Lila, el triunfo será mío porque yo lo merezco y además porque yo lo quiero!

En este momento apareció en la escena Flor de María; venía deslumbrante de hermosura, su traje blanco y vaporoso, sus largos cabellos que en hermosos rizos caían sobre sus espaldas le daban el aspecto de un ángel bellissimo.

Había oído algo de la cuestión que entre sí tenían las niñas y se apresuraba á poner la paz entre ellas.

Todas la rodearon y á la vez querían contarle lo ocurrido con Lila. Solo esta permanecía aislada y miraba con aire burión y desdeñoso á Flor de María.

—¡Reina de la plebe! dijo irónicamente..... por fin te encuentro en medio de tu corte!..... vamos reina, dispón lo que creas más necesario á fin de que la corona de..... alfalfa que tu corte quiere poner sobre tus sienes..... no se la coma alguna vaca lechera que asista á la coronación..... ja-ja-ja ¡qué cosa más rica!

Las niñas indignadas no sabían qué partido tomar: dirijían á Lila miradas fulminantes, cuchicheaban entre sí, y sin duda sería muy seria la medida que resolvieron tomar porque Flor de María resolvió intervenir.

Pálida y temblorosa, se adelantó la buena niña y dirigiéndose á Lila la dijo:— Querida Lila, yo estoy convencida de que tú eres superior á mí en todo, que vales mucho más que yo, y creo que por lo tanto, recibirás tú el premio destinado para la más aplicada. ¿Por qué pues te ensañas tanto conmigo? ¿qué te he hecho yo?

Jamás he pensado en derrotarte; estudio porque me agrada y porque de este modo hago

felices á mis padres que tanto me quieren.

Sé que estas niñas han dicho que seré la premiada, pero ellas tampoco lo saben.

Son muy buenas y su cariño hácia mí las hace hablar de este modo.

Escucha Lila: tú eres buena también, seamos todas amigas, estudiemos juntas, ayudémonos unas á otras; seamos amigas, más aún, seamos hermanas y seremos más felices, viviremos más contentas. Quieres, añadió tendiéndole su blanca mano.

—¡No quiero!..... ¡no quiero ser amiga de gentuza! ¡á la chusma como tú, esto le doy yo!..... y un fuerte bofetón dado con toda fuerza en el delicado rostro de Flor de María, la hizo tambalear primero y después caer al suelo sin sentido.

De su boca y nariz salía la sangre á borbotones.

Las niñas se hubieran arrojado sobre Lila á no habérselo impedido la presencia de la Directora del Establecimiento quien después de atender debidamente á Flor de María hizo reunir á todas las alumnas de la Escuela en un gran salón y les habló en los términos siguientes. Acabo de presenciar un incidente que me ha causado la más triste y penosa impresión y que habla muy poco en favor de la promotora y perjudica grandemente la Escuela.

Yo como Directora, puedo castigar de un modo ejemplar á la culpable; pero el hecho es tan grave, que quiero someterlo á la consideración de todas las profesoras y alumnas de la Escuela.

La señorita Lila, después de insultar á sus compañeras de clase, abofeteó á Flor de María del modo más grosero. Este ultraje merece un severo castigo, y yo pido á las maestras y alumnas de esta Escuela, actualmente convertidas en jurado, determinen que pena debe aplicarse á la malvada niña, que pisoteando el Reglamento y las reglas de urbanidad, ha tenido el atrevimiento de faltar de una manera tan inusitada como inconveniente.

Lila profundamente abatida no se atrevió á levantar los ojos del suelo.

Maestras y alumnas propusieron que Lila fuera expulsada de la Escuela, que se diera cuenta del hecho á las autoridades escolares y á la prensa á fin de que todo el mundo se enterase de su conducta y no fuera admitida en ninguna Escuela.

Al oír tan tremenda sentencia, Lila cruzó las manos en ademán de súplica y dijo: —Señora Directora, por Dios le pido que no me castigue con tanta crueldad, reconozco que he sido culpable, pero me arrepiento y pido perdón á todos.

Al concluir estas palabras, Lila rompió á llorar amargamente.

Pocas eran las que se sentían conmovidas ante el disgusto de Lila, tanta era la adversión que sentían por aquella niña mal educada.

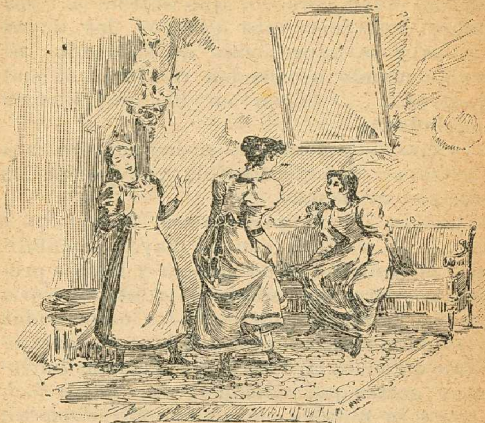
En este momento Flor de María que se había repuesto ya, se adelantó respetuosamente y dijo: señora Directora, yo que he sido la más ofendida, pido á Vd. perdón para Lila, por mi parte la perdono con toda mi alma; y diciendo esto se acercó á la niña que la miraba asombrada y la abrazó.

Conmovidas, Directora, Profesoras y alumnas, miraban llenas de asombro el hermoso grupo que formaban las dos niñas.

Inútil es decir que Flor de María alcanzó el perdón para Lila y que desde aquel día fueron las mejores amigas del mundo.

Después de este incidente Lila modificó notablemente su carácter.

Este cambio lo debió sin duda alguna al corazón noble y generoso de Flor de María.



LECTURA XXVI.

Las criticonas.

Llamo criticonas á tres lindas amiguitas mías.

Sus nombres son: Andrea, Atilia y Eufasia. Tienen fama de bien educadas y se distinguen en todas partes por su inteligencia é instrucción. No hay persona que las

trate una vez sin simpatizar con ellas. Tienen tan buen corazón, que sufren al ver ajenas desgracias más que por las suyas propias y se impresionan de un modo indecible cuando no pueden remediar el mal de otros..... tienen en fin muy buenas cualidades.

Desgraciadamente oscurece sus muchos méritos un defecto terrible que poseen las tres: son criticonas.

Cuando alguna persona va de visita á su casa la reciben con la mayor amabilidad; no saben qué atenciones y finezas prodigarle; pero un observador atento vería que en la mayor parte de los casos todas estas manifestaciones son fingidas. Vería cambiarse entre las tres hermanas miradas burlo-nas y gestos que indican su poca sinceridad.

Lo más notable sucede cuando se retiran las visitas. Entónces las niñas, se convierten en severas críticas, tan sin indulgencia que no perdonan edad, sexo ni condición de sus víctimas.

Cierto día fué á visitarlas una pobre anciana. No bien se hubo retirado ésta, dijo Andrea: ¡Qué facha! no parece sinó que este vegestorio se ha escapado del museo de Antigüedades; estoy tentada de mandarle un anónimo á su Director para que haga volver esta momia á su nicho.

—¡Deveras!..... ¡qué mamarracho es la tal Doña Serapia! ¿Y has visto las pretensiones que tiene de querer andar á la moda? dijo Atilia riendo á carcajadas. Es inútil..... cada vez que la veo, me muero de risa sin poderlo remediar..... y si no fuera por las miradas terribles que me dirige mamá creo que me le reiría en su misma cara..... ¡Qué de cachivaches se pone creyendo que con eso va á deslumbrar! ¿Y cuándo camina? ¡Oh es divino verla!

—Parece una pata marrueca, añadió Eufrasia imitando el andar de dicha ave..... y no deja de parecérselle también en la fisonomía..... porque..... fíjense: tiene la cabeza y la nariz chatas, los ojos estúpidos y el hocico puntiagudo..... es una verdadera pata, la vieja..... Una ruidosa carcajada sella la poco galante descripción.

Ni las más íntimas amigas de estas niñas se libran de su crítica mordáz. Las colman de atenciones, pero en medio de éstas, sus ojos escudriñadores, buscan en la persona y traje de sus amigas, todo lo que puede servirles para entretener sus ocios.

Su mamá les dice que para observar semejante conducta, valdría más que no tuvieran amigas.

La fea costumbre que tienen estas niñas,

hace sufrir mucho á su madre, y con frecuencia es causa también de serios disgustos con personas dignas del mayor respeto.

Cuando ellas no tienen á quien criticar, se critican á sí mismas sin miramientos de ninguna clase. Como se vé Andrea, Atilia y Eufrasia, no son criticonas por maldad, sinó por costumbre.

Más de una vez, tuvieron que sufrir además de severos castigos, verdaderos dolores morales, por su modo de ser tan reprochable.

Un consejo á mis jóvenes amiguitas: no incurran nunca en la grave falta que tienen estas niñas, recuerden siempre esta máxima de un sabio: sed indulgentes con las faltas ajenas, pero inexorables con las vuestras.

LECTURA XXVII.

El Parque Lezama.

Varios niños y niñas, hermanos todos, jugaban un día en el jardín de su casa.

Parecían muy felices y contentos.

De pronto, una de las niñas, la más pequeña, interrumpió su juego, para preguntar en voz alta.

—¿Es cierto que mañana nos llevarán á paseo?

—Sí, contestó otro de los niños, es cierto, y papá ha dicho que podemos elejir el sitio.

—Podríamos resolver eso ahora, para dársele luego á papá, dijo el mayor.

¡A sentarse todos!

Formando un grupo encantador tomaron asiento debajo de un frondoso tilo.

—Yo propongo que vayamos al Parque Lezama, porque es el mejor y más hermoso paseo de la ciudad de Buenos Aires. ¡Hay tanto que ver allí! continuó el mismo niño.

—Yo *también* al *Palque* Lezama como *Humbeltito*, gritó Ofelia, que era una linda niñita que aun no había cumplido los dos años. ¡Hay *fores!* patitos! lelones.....!

—Siempre vamos al Parque, murmuró Homero. Mañana podríamos ir á Palermo; veríamos los animales y de paso también las carreras.

—¡Qué carreras! ni ¡qué animales! Lo mejor, es ir á la Dársena para ver los buques. Como pienso ser marino, me interesa todo eso, agregó Virgilio.

—También podríamos ir á la Recoleta, dijo Haydée, alegremente; es uno de los paseos que más me agradan.

—Pues á mí más me gusta el Parque Lezama, contestó Julia. Ningún paseo puede hacerle competencia.

—Yo también prefiero el Parque Lezama y allí debemos ir mañana porque así lo dispone la mayoría, indicó Margarita. Hay-dée, Homero y Virgilio protestaron.

Los otros rechazaron la protesta, resultando de esto una discusión tan acalorada, un barullo tan grande, que la madre de los niños justamente alarmada corrió á enterarse de lo que sucedía.

Viendo que nada grave pasaba, se tranquilizó y dijo á sus niños.

—No hay motivo para tanto alboroto. Ustedes han propuesto una cuestión y yo la resolveré.

Entren al comedor, tomen asiento y hablemos con calma del asunto.

Obedecieron los niños y la madre continuó:

Al elegir paseo para mañana, todos lo han hecho con bastante acierto; pero los que más buen gusto han demostrado en esta cuestión, han sido los que se decidieron por el Parque Lezama. Yo también estoy con ellos.

Los que por primera vez visitan al Parque, quedan encantados, y también lo quedan los que repiten sus visitas, porque

en cada una de ellas se descubren nuevas maravillas.

Cuanto la naturaleza ha producido en dos distintos puntos de la tierra, bajo diferentes climas, parece que una mano misteriosa lo ha reunido allí.

Ustedes habrán observado, que hasta el mismo suelo del Parque, ofrece todas las variedades de la superficie terrestre.

Hermosas lomas; pequeños llanos; vallecitos llenos de verdor; arroyuelos y lagos salpicados de isletas; todo en medio de frondosos árboles, que limitan largas avenidas en unas partes y en otras forman espesos bosques, todo perfumado por flores de variados colores, y alegrado por el canto de millares de avecillas que anidan entre el verde follaje.

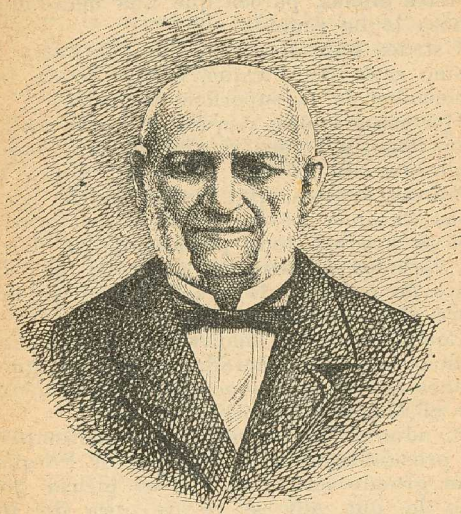
Completa tantas maravillas, el magnífico edificio que fué morada de los antiguos dueños del Parque y ocupado actualmente por el Museo Histórico Nacional.

Si admiración se siente al contemplar las preciosidades que encierra el Parque, cuan grande será ésta, si se piensa que todo lo que allí se ve es obra de un hombre.

¿Desean conocerlo, hijos míos? ¿quieren saber quién es?

—Sí; sí, contestaron los niños.

La madre sacó entonces de un album el retrato de ese señor que ven ustedes ahí y presentándolo á los niños dijo.



Este es el retrato de Don José Gregorio Lezama.

Honrando su memoria y como acto de merecida justicia, lleva su nombre el paseo

público más espléndido é importante de Buenos Aires.

En este paseo que todos admiran, deben acostumbrarse á ver los niños, no solo un sitio de recreo, sinó un monumento que recuerda el trabajo constante, la perseverancia incansable de un hombre, cuyo único anhelo fué siempre el bien de los demás.

El Parque fué antes una propiedad particular conocida con el nombre de «Quinta de Lezama».

Cuantiosas sumas de dinero invirtió su dueño para convertirla en lo que es actualmente: un Edén.

Cuanto hay allí es obra del Señor Lezama.

La tierra fértil que alimentó esas plantas nacidas en otros climas; las arenas que cubren sus hermosas calles, todo lo hizo traer de Europa en buques fletados expresamente.

Allá también fueron contratados los hombres que bajo su inteligente dirección, debían contribuir á la realización de su ideal.

Esos árboles que llaman la atención por su corpulencia, son mudos testigos de cuarenta años de labor asídua; de cuarenta años consagrados al embellecimiento de esa propiedad, á la que dotó de cuanto pudiera darle valor é importancia.

El Señor Lezama dedicó los mejores

años de su vida á esta obra, guiado por la noble y generosa idea de donarla más tarde al municipio.

Don José Gregorio Lezama falleció en 1889 á los 84 años de edad.

Su esposa, la distinguida Señora Angela Alzaga de Lezama, cumpliendo la voluntad de su digno consorte, entregó no ha mucho á la Municipalidad la régia quinta que había sido tasada en más de cinco millones de pesos, en cambio de una ínfima cantidad y la expresa condición de que desde ese momento llevase el nombre de Parque Lezama.

Puede decirse que el Parque Lezama es el gran pulmón de Buenos Aires, que proporciona á sus habitantes el aire puro y vivificador que repara y anima sus fuerzas.

El nombre de los que como la familia de Lezama, llevan á cabo obras de esta magnitud, deben figurar dignamente entre el de los beneméritos de la patria, y bienhechores de la humanidad.

La madre terminó su narración, dejando á los niños admirados y convencidos de que el Parque Lezama es el mejor paseo.



LECTURA XXVIII.

Protectores de los niños.

«¡Venid á mí!» decía Jesús á los niños.
Y enjambres de pequeñuelos lo rodeaban,
para recibir sus caricias y escuchar de sus
labios, la palabra santa, que, cual suave

arrullo, llevaba á sus almas puras, la paz, la alegría y la esperanza, al mismo tiempo que las modelaba para el bien y la virtud.

Con esta sencilla frase demostró el Divino Redentor á la humanidad, cuán inmenso era su amor á los niños, y paternal la protección que les dispensaba.

Y la lección del buen Jesús fué comprendida y puesta en práctica por la humanidad en todos los países civilizados.

La herencia de amor que á nombre de los niños depositó en todos los corazones, se ha conservado y aumentado á través de los siglos.

La historia así nos lo demuestra con la narración de hechos que nos dicen que donde hay niños, allí han brotado á raudales el amor y la caridad y que á la sombra de estos sentimientos, se han levantado como por encanto, asilos y escuelas destinados á proteger á la infancia desvalida.

A cada paso encontramos en nuestro hermoso país, soberbios edificios que son otras tantas fortalezas que defienden al niño de los ataques del vicio, la ignorancia y la miseria.

Estos templos de la Caridad, son monumentos destinados á recordar á las generaciones presentes y venideras el nombre

de los que, imitando á Jesús dijeron á los niños: «Venid á nosotros».

Los nombres de Belgrano, Rivadavia y Sarmiento, han pasado á la Historia, y esta nos dice con el lenguaje de la verdad: que la Patria agradecida concedió al primero, cuarenta mil pesos en recompensa de sus servicios, y que este digno patriota, destinó dicha suma á la fundación de escuelas donde los niños aprendieran á ser ciudadanos virtuosos y amantes de la libertad.

Nos dice también que Rivadavia creó muchas escuelas y que organizó la Sociedad de Beneficencia protectora de los niños huérfanos y desamparados y que Sarmiento continuando la obra de Rivadavia fundó más escuelas y consagró su inteligencia y su vida á la educación de la juventud.

Lleva el nombre de este genio protector de los niños, una de las principales escuelas de Buenos Aires.

Con los nombres de *Petronila Rodriguez* y *Casto Munita* se distinguen dos establecimientos de educación costeados por estos buenos amigos de la infancia.

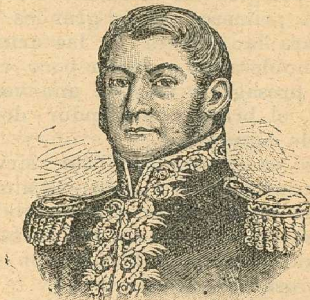
El asilo *León Gallardo*, recuerda el nombre de otro apóstol del bien.

A la entrada de la Escuela de Artes y Oficios sostenida por el Patronato de la

Infancia, vese una chapa de mármol, en la cual, con letras de oro, consta que la Señora *Angela Alzaga de Lezama* donó á dicha institución la cantidad de *veinte mil pesos*.

Del mismo modo se conservará constancia en el Asilo *Manuel A. Aguirre* de la generosa donación hecha por los Sres. *Juan Estéban* y *Nicolás Anchorena* y las Sras. *Estanislada A. de Paz* y *Lucila A. de Urquiza*.

Estos nombres y otros muchos, deben los niños Argentinos, pronunciarlos con respeto y llevarlos grabados en su corazón y en su memoria, porque cada uno es el de un noble y desinteresado protector de la niñez.



LECTURA XXIX.

San Martín.

El ilustre procer de la independencia americana, Don José de San Martín, nació en Yapeyú, una de las Misiones Argentinas el 25 de Febrero 1778.

Una aureola de gloria rodeó al héroe desde la cuna.—Y esta aureola tomó proporciones verdaderamente colosales en ca-

da uno de los hechos que hicieron inmortal su nombre.

Estudió San Martín en uno de los más notables colegios de Madrid, demostrando desde sus primeros años, grandes disposiciones para la carrera de las armas. Su valor y nobleza de carácter poco comunes, hicieron presagiar más de una vez á sus maestros, el brillo y esplendor del porvenir que le aguardaba.

Empezó su carrera militar sirviendo á España contra los franceses.—Animado por la justicia de la causa que defendía, hizo prodigios de valor.—Su conducta en los campos de Bailén y Albufera le valió las más honrosas distinciones.

Todo es grandioso y soberbio en la vida de este denodado apóstol de la libertad; pero donde verdaderamente se ven y admiran sus excepcionales condiciones, es en la lidia por la independencia de los países americanos.

En 1812, abandona la Europa, y vuela á ofrecer á la patria su inteligencia y su espada.

Se aceptan los servicios del esclarecido ciudadano y con este fin se le encarga de la organización de un cuerpo de caballería.

Este cuerpo, célebre en la Historia por sus hechos gloriosos, se denominó de «Granaderos á caballo». Se componía de jóvenes

bizarros, entre los que había muchos pertenecientes á las familias más distinguidas de Buenos Aires.

Acompañado de sus bravos Granaderos, recogió San Martín sus primeros laureles Argentinos en 1813 en el combate de San Lorenzo á orillas del río Paraná.

Al triunfo de San Lorenzo siguen otros muchos.

Se reconcentra el guerrero en Tucumán y al mismo tiempo que se dedica á instruir y disciplinar á sus soldados, parece orientarse desde las elevadas cumbres tucumanas y hundiendo en el lejano horizonte su mirada de águila vislumbra el porvenir y concibe el vasto plan de libertar á Chile. Muchos obstáculos tiene que vencer para llevar á cabo la idea que lo anima; pero no se desalienta. Organiza en Mendoza un ejército compuesto apenas de cuatro mil hombres, pero cuatro mil valientes, y con ellos atraviesa en 1817 la gigantesca Cordillera de los Andes.

Solo un genio como San Martín, pudo concebir el atrevido proyecto de emprender la inmensa travesía, desafiando todos sus peligros.—Después de 24 días de penosa marcha, sufriendo las terribles tempestades de la montaña y todo género de



privaciones y peligros, llegó aquella falange de héroes á las puertas de Chile.

El 11 de febrero de 1817 tiene lugar la memorable batalla de Chacabuco, en la que salen triunfantes las Armas Argentinas y San Martín agrega una palma más á su inmortal corona.

El 5 de Abril de 1818, obtiene otra victoria en los llanos de Maipo y con ella la independencia de Chile. En 1818 realiza la expedición al Perú que termina con la jura de la independencia del rico imperio de los Incas el 28 de Julio de 1821.

Con estos gloriosos hechos queda derrocado para siempre el poder español en la América del Sur, y el héroe de tantos combates, como agobiado por el peso de tanta gloria y sin querer aceptar la recompensa que las naciones agradecidas le ofrecen, abandona la escena política cuando cree que su misión ha terminado y corre á buscar en la soledad de su modesto hogar, la tranquilidad y reposo que su cuerpo y espíritu necesitan.

San Martín murió en Francia el 17 de Agosto de 1850.

La patria reclamó los restos del hijo querido y hoy estas santas reliquias de un pasado de gloria reposan en nuestro suelo.

El nombre de San Martín queda graba-

do con caracteres eternos entre el de los prohombres argentinos, y la severa y justa Historia nos narra con profundo respeto sus grandes hechos sin una sola sombra que los empañe.

LECTURA XXX.

Las dos mariposas.

Una viejecita encorvada bajo el peso de ochenta inviernos por lo menos, se paseaba durante un hermoso día de primavera por un magnífico jardín, llevando de la mano á un precioso niño como de seis años de edad.

Tristes reflexiones asaltaron nuestra mente á la vista del interesante cuadro que representaban aquellos dos seres; uno en el naciente y otro en el ocaso de la vida.

Blanco como la nieve era el cabello de la anciana y su rostro surcado de profundas arrugas expresaba el cansancio y sufrimiento; apagados estaban aquellos ojos que antes fueron bellos y su talle se encorvaba penosamente.

El niño era hermoso: rubios y ensortijados sus cabellos; terso y sonrosado su

rostro de ángel, vivos y brillantes sus ojos, y su andar ágil y gracioso.

Caminaban silenciosos, asidos de la mano: la anciana sumerjida en profundas meditaciones y el niño haciendo vagar sus miradas de un punto á otro como quien busca algo que ha perdido.

De pronto suelta la mano de la anciana y sale corriendo presuroso.

Dos mariposas que se habían posado casi simultáneamente, sobre un florido rosal, era lo que había llamado la atención del niño.

Una de las mariposas era grande, y sus alas parecían haber robado sus colores y brillo á los metales y piedras más preciosas.

Se había posado sobre una fresca rosa que al soplo de la brisa se mecía gallardamente.

La otra era una humilde mariposita de cuerpo ceniciento y velludo, con dos alitas tan débiles que apenas podían sostenerla.

—¡Abuelita! ¡abuelita! gritó el niño; ven, corre; mira qué animalito tan lindo! vé si puedes cazarme éste.....

—Hijo mío, contestó la anciana, esa es una mariposa; si la tocamos, no le será posible volver á volar y entonces morirá..... es una crueldad hacer morir por gusto á

los animalitos que Dios puso en el mundo para que alegren nuestra vista.

Deja á la linda mariposita, déjala que viva contenta y feliz entre las flores..... y vamos á casa, que ya es hora y nos estarán esperando.

Pero mira: en este otro lado del rosal hay otra mariposita.

—¡Ay! ¡qué fea es esa! dijo el niño, y ¡qué bonita esta otra! No parece sinó que todas las flores del jardín le han regalado sus colores y con ellos se ha pintado las alas.

¡Si pudiera llevarla á casa qué contento me pondría! cuántos cuidados tendría con ella!

—Ya te he dicho que si la tocas morirá; pero no sucede lo mismo con esta, añadió la abuela, indicando la blanca mariposita; á ésta puedes llevarla sin temor ninguno.

— A esa tan fea no quiero ni verla.

—Veo que tú como todos en general juzgas las cosas por sus apariencias.

Esa mariposa que tanto deseas, es verdad que es muy hermosa, no puedo negarte que sus alas están pintadas de brillantes colores; pero también te diré que no bien pongas su mano sobre ella, esos colores se marchitarán, y de esa linda mariposa solo quedará el recuerdo.

Esta tan humilde que solo merece tu desprecio, puedes llevártela seguro de que no morirá, sinó que por el contrario te regalará cosas preciosas.

Esta es la mariposa del gusano de seda, hijo mío.—Fijate: es la imájen de la modestia, viste el traje blanco del obrero. Llévela á casa y verás como dentro de algunos días pondrá una infinidad de huevecitos, de los que saldrán pequeños gusanos, cada uno de los cuales tejerá un capullo de seda. Con esta seda se fabrican las ricas telas que constituyen parte del lujo de los ricos y grandes de la tierra.

Observa pues, como aquella mariposa adornada de espléndidos colores, nada vale en comparación de esta; en aquella todo es apariencia y en ésta todo realidad. Así también sucede en el mundo hijo mío: muchas veces bajo el oropel se oculta un corazón mezquino, y cubierta por humilde ropaje, hay una alma grande y generosa.

LECTURA XXXI.

El Guiso de piedras.

Siempre he oído decir que no hay mejor salsa que un buen apetito.

A propósito de este dicho, recuerdo ahora la interesante narración que un anciano militar hacía en una fría noche de invierno á sus hijos y nietos.

El anciano les contaba que allá por los años de..... Oribe, aliado con el tirano Rosas, se ocupaban en exterminar á los unitarios; sus hechos salvajes le conquistaron el sobre nombre de «Corta cabezas».

Los unitarios que habían buscado en la ciudad de Montevideo un asilo contra la feroz barbarie del tirano, se prepararon á la defensa. Los habitantes todos de la hermosa ciudad hacían otro tanto. Con este fin se formaron legiones de italianos, franceses, etc.

Sitiada la ciudad por todas partes, estas legiones de bravos, sufrían muchas privaciones y miserias.

Cansado el pueblo de los continuos robos y asesinatos que en aquella época se cometían, siendo militares casi siempre los autores, sentía tal aversión á los que usaban traje militar que confundían de un modo lamentable á los que exponían la vida por su libertad, con sus más crueles y encarnizados enemigos.

A tal extremo había llegado esto, que hasta la caridad cerraba sus puertas al que vestía el uniforme de soldado.

Podemos formarnos una idea de la espantosa miseria que reinó en aquella época, sabiendo que hasta los ratones sirvieron de alimento á los hambrientos soldados.

Pero de los muchos episodios que el anciano narraba á sus hijos y nietos ninguno es más interesante que el ocurrido á dos apuestos jóvenes incorporados á la legión italiana, cuyo jefe era el valiente General Garibaldi.

Llamábase Menotti el uno y era hijo del general, y Ricardo era el nombre del otro.

Sentados bajo el frondoso ramaje de un ombú, discurrían de este modo:

—¿Sabes, Ricardo, que me muero de hambre? mi estómago pide á gritos algo capaz de restaurar las perdidas fuerzas.

—¿Qué quieres hijo? contesta gravemente Ricardo. Desgraciadamente nada puedo hacer

por tí. Siento en este momento no tener el poder que Dios concedió á Jesucristo de convertir en panes las piedras del camino.

—Te agradezco tu buena voluntad, contestó sonriendo Menotti y en verdad que siento en el alma, no tengas tal poder. ¡Ay, qué languidez de estómago! añadió abriendo desmesuradamente la boca. Si esto continúa así, te aseguro querido Ricardo que pronto mi alma escuálida, abandonará su derruida morada y sin necesidad de incomodar al negro batelero del Aqueronte, la conducirá el aire á la morada donde el hambre no tortura.

—Me alegro querido de que en medio de nuestras angustias no pierdas tu buen humor.

—Yo también estoy alegre..... ¿qué hemos de hacer? riámonos de la fortuna.

Y dos francas carcajadas resonaron al mismo tiempo.

De pronto Ricardo se incorporó y dándose una fuerte palmada en la frente dice: se me ocurre una idea, dentro de poco habremos satisfecho el hambre que nos devora.

—Veamos la idea, dijo Menotti poniéndose de pié.

—Ves aquel rancho allá á la márgen izquierda de ese arroyito?

—Si ¿y qué?



—Allí veo una mujer en la puerta, está sola y por su semblante no parece mala.

Iremos al rancho y pediremos á su dueña algún alimento. A fin de enternecerla

le contaremos nuestra triste situación..... vamos, vamos pronto.....

—Te sigo, contestó el joven, pero sin la menor esperanza de conseguir algo..... ¡somos militares y esto basta para que todo se nos niegue!

Encamináronse al rancho que se encontraba á pocos pasos del sitio en que ellos se hallaban, pero apenas la dueña lo notó cuando se santiguó rápidamente, entró y cerró con estrépito la puerta, dando á entender con todo esto que un gran terror se había apoderado de ella.

Estupefactos quedaron ambos jóvenes, pero no por esto se desanimaron; tenían hambre y querían saciarla de cualquier modo.

Ricardo se acercó á la puerta y dando dos golpecitos con la punta de los dedos dijo con voz suave y suplicante: abra buena señora, no tenga ningún temor de nosotros, somos incapaces de faltarle en lo más mínimo.

—Abrirles á Vds; ¡Dios me libre! Felizmente no soy tan tonta para permitir que unos garibaldinos escomulgados entren en mi casa.

Conque así, retírense de mi puerta cuanto antes, ¡vagos, haraganes!

—¡Ah! señora, contestó con humildad uno

de los jóvenes: Vd. nos insulta injustamente, pues nada le hemos hecho para merecer su enojo. ¡Por lo que más quiera en el mundo señora, abra la puerta y escúchenos.

—No piensen en semejante cosa, contestó la mujer.

—Necesitamos de Vd. un pequeño servicio: tenemos un hambre espantosa, buena señora y venimos á pedirle por favor, quiera darnos un pedazo de pan ú otra cosa cualquiera.....

—No..... no, y no, repuso la cruel mujer, váyanse con el Diablo..... no quiero saber nada con Garibaldinos.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡y qué hambre tenemos! piedras comeríamos, si las tuviéramos.

—Si es por piedras, no se morirán de hambre, todas las del arroyo están á la disposición de Vds., los autorizo para que se las coman todas.

—Bueno, señora, dijo Ricardo, si Vd. nos permite cocerlas en su casa comeremos piedras, se lo juro á Vd.

Incitada por la curiosidad, la mujer abrió la puerta de su rancho y dijo:

—No quiero ser tan cruel que todo se lo niegue y además me interesa saber como se cocinan las piedras. Estoy dispuesta á proporcionarles todo lo que necesiten

para preparar su comida..... hablen, pidan lo que quieran.....

—Necesitamos, dijo Ricardo, una vasija para recojer y lavar las piedras. Este trabajo lo haré yo, mientras mi compañero prepara un buen fuego.

La señora entregó á Ricardo lo que le pedía é indicó á Menotti donde estaba la leña para encender el fuego.

Ricardo entre tanto recojía con afán piedrecitas de todos colores, las lavaba y echaba en la vasija.

Cuando hubo terminado su tarea, se dirigió al rancho, donde le esperaba su compañero sentado al lado de un buen fuego.

Ricardó pidió á la señora todo lo necesario para preparar su comida. Aceite, cebollas, carne, una docena de huevos y pan le fueron suministrados por la curiosa mujer, que observaba con la mayor atención el trabajo de los dos amigos.

Juntamente con el aceite y las cebollas, pusieron á freir la carne, y cuando ésta se coció le agregaron los huevos y por último las piedras.

Una vez terminado este trabajo se pusieron á comer.

La succulenta comida pasaba con una celeridad pasmosa á su estómago; pero las

piedras iban quedando amontonadas al lado del plato de cada uno.

Cuando la señora comprendió la estratagema de los dos valientes garibaldinos, no pudo enfadarse aun cuando lo intentó. Por lo contrario, celebró mucho el ingenio de los dos apuestos jóvenes y se rió con ellos de su feliz ocurrencia.

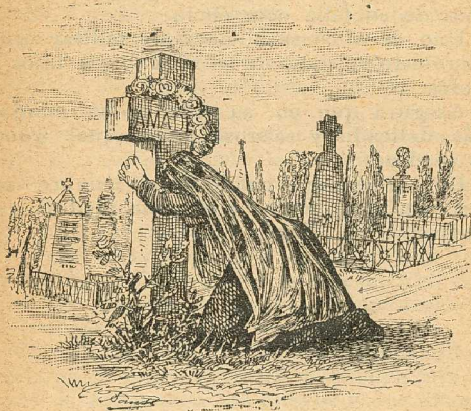
Uno de ellos es el anciano militar que narró este episodio de su vida á sus hijos y nietos.

Asegura que en su vida probó manjar más delicado y sabroso que aquel guiso de piedras.

Bien dicen que cuando hay hambre no hay pan duro y que hasta las piedras son buenas!

LECTURA XXXII.

Amadeo.



En una triste y solitaria calle del cementerio de la Chacarita se ve una pequeña tumba rodeada por una sencilla reja pintada de blanco en cuya cruz del mismo color se lee esta sola palabra: *Amadeo*.

Despojada por completo esta tumba de los adornos con que la vanidad humana se complace en cubrir las miserias de la vida, no atrae las miradas de nadie: la multitud que indiferente ó en busca de tumbas queridas, recorre las sombrías calles de la ciudad de los muertos, no pára su atención en ella pues nada le dice el nombre escrito en su cruz.

Pero en medio de esa multitud, hay un sér que la busca con ánsia, y que al acercarse á ella siente oprimirse su corazón y llenarse de lágrimas sus ojos.—Es una mujer y esa mujer es una madre. ¡Pobre madre!

Para ella, ese nombre que todos leen con indiferencia encierra un mundo de dolorosos recuerdos, un poema de inmensa ternura.

¡Pobre madre! Se acerca á la tumba y llora, reza en silencio por el ser que reposa allí para siempre. ¡Amadeo! ¡hijo querido de mi alma! murmuran sus labios.—Y como esperando una respuesta con las manos y la frente apoyadas sobre la blanca cruz, queda pensativa y como ensimismada.

Su imaginación la trasporta al vasto comedor de una linda casita rodeada de enredaderas.—Allí se contempla sonriente y feliz, cosiendo y cantando en medio de sus hijos que danzan alegremente al compás

de un lindo vals que el padre ejecuta en el piano.

—A estudiar todos, dice de pronto, y como por encanto se suspende la fiesta.—Cada niño toma sus libros, cuadernos y pizarras y el gran comedor queda en un instante convertido en salón de clase.

Aún le parece oír sus palabras: «á estudiar, que solo así se consigue sobresalir en el mundo; el que algo quiere ser debe estudiar mucho, pero mucho!»

—Yo que deseo ser abogado, dijo uno de los niños, no tengo más remedio que estudiar; estudiemos pues.

—Yo añadió otro, también debo estudiar para ser ingeniero.

—Y yo para ser escribano.

—Y yo para ser profesora, dice una de las niñas.

Así continuaron diciendo todos sus proyectos para el porvenir, menos Amadeo, el de los grandes ojos azules y cabellos negros. Aún lo ve parado sobre una silla junto á la estufa con los libros y cuadernos en una mano y arreglando con la otra sus ondeados cabellos.

—¿Y tú, Macoco? (este era el nombre que como un cariñoso apodo le daba con frecuencia) ¿Y tú Macoco, que vas á ser?

—Yo, mamita; contesta, con su dulce y

acariciadora voz; yo seré doctor.—Adiós, hasta luego; voy á visitar á mis enfermos. Y al terminar estas palabras se coloca en la silla, imitando la posición del que va en coche manejando los caballos.

—¡Vamos! grita; ¡clac! ¡clac! Comunica tanto impulso á la silla, que pierde el equilibrio y rueda con ella al suelo.

—Se cayó el doctor, se cayó el doctor, gritan los otros, ¡socorro! ¡auxilio!—Todos corren á levantarlo.—Ella también vuela en su auxilio.

—¿Te has lastimado Macoco? le pregunta mientras observa atentamente todo su precioso cuerpo.—¡Pobre madre! aún cree sentir en sus manos el tibio calor de aquellas mórbidas y sonrosadas carnes!.....

—No mamita, contesta el niño; no me he lastimado; solo siento no poder ir hoy á visitar á mis enfermos porque se me ha roto el coche.

Todos rien, todos son felices..... ninguno piensa en ese momento en el más allá.

¡Y ahora, cuánta diferencia! Ese cuadro de inmensa felicidad no volverá á reproducirse jamás, ni la voz dulce y sonora de su Macoco volverá á acariciar su oído. Su recuerdo la lleva á la sombría mansión de los muertos en busca de lo único que le queda en el mundo de aquel ser adorado,

El cuadro se borra y la infeliz madre se encuentra en presencia de la fría realidad. Comprende su impotencia y en medio de su profundo desaliento solo puede rogar y llorar en silencio, por el ángel que quizás temiendo enlodar sus blancas alas en el cieno de la tierra remontó su vuelo á las alturas.

¡Pobre Amadeo! No pudo realizar en este mundo sus deseos; pero quién sabe si Dios al darle el ropaje de los ángeles, no le dió también el don de derramar en las almas que sufren el bálsamo del consuelo.

¡Cuántos recuerdos, y cuántas historias de lágrimas encierran las tumbas!

LECTURA XXXIII.

Un rebaño.

El mes de Diciembre tocaba á su término. Ya se habían clausurado las clases y algunos jóvenes estudiantes amiguitos míos, disfrutaban alegremente de las vacaciones en una hermosa quinta de Quilmes.

Todos saben los atractivos que tiene la vida en el campo, especialmente cuando se ha pasado el año entregado á las tareas escolares.

Nuestros estudiantes reunían á esta circunstancia la de tener todas las comodidades que el dinero puede proporcionar.

Además de la casa, que era un verdadero palacio, rodeado de jardines y bosques de árboles frutales y de sombra, poseían lujosos carruajes y caballos para pasear. No les faltaba tampoco un lindo bote para navegar en el río cuando quisieran hacerlo.

El canto de millares de avecillas los despertaba al amanecer. Se levantaban á esa hora para gozar del fresco de la mañana, bañarse, tomar leche al pié de la vaca, y luego salir á dar una vuelta por la quinta.

Una mañana en que como de costumbre habían salido á caminar llamó su atención un extraño encuentro.

La calle de los manzanos en que iban á entrar, antes cubierta de finísima arena blanca, parecía haberse ennegrecido. Se detuvieron para averiguar la causa de este fenómeno y notaron con sorpresa que el suelo estaba totalmente cubierto de hormigas negras, las que llevaban poco menos

que á la fuerza á unos insectos pequeños, de cuerpo corto y abultado, cabeza chica con dos antenas terminadas por un chupador ó pico duro. Estos insectos tenían las patas largas y delgadas y las alas grandes y diáfanas. En el abdómen se notaban dos tubos pequeños en forma de cuernos movibles.

A primera vista podían haberse tomado estos animalitos por pulgas grandes.

Era un verdadero abuso del fuerte contra el debil lo que los niños presenciaban: los raros animalitos se resistían á caminar y las hormigas se esforzaban para obligarlos. Unas los tomaban de las antenas con sus robustas mandíbulas; otras los arrastraban de una pata y en fin otras ménos pacientes sin duda, les hacían sentir sus terribles picaduras en diversas partes del cuerpo.

Por estos medios lograban las laboriosas hormigas hacer adelantar poco á poco su tropa.

No pudiendo los niños resistir por más tiempo al deseo de saber la causa de lo que veían, empezaron á llamar á grandes voces á su padre y al jardinero que no estaban lejos en ese momento.

—¡Papá!..... ¡Andrés!..... vengan, corran..... pronto!.....

No tardaron en llegar corriendo al lugar

del suceso el padre y el buen Andrés, armados ambos de gruesos garrotes, creyendo tenérselas que haber con alguna fiera á juzgar por los desaforados gritos de aquellos alegres diablitos.

Depusieron las armas al ver que solo se trataba de pacíficas hormigas.

—Mira papá, dijo uno de los niños; mira como las hormigas llevan por fuerza á estos animalitos.

—¿Para qué los llevarán? — pregunta otro.

Y sin dar tiempo para contestar, cada uno hace mil interrogaciones, comentarios, etc.

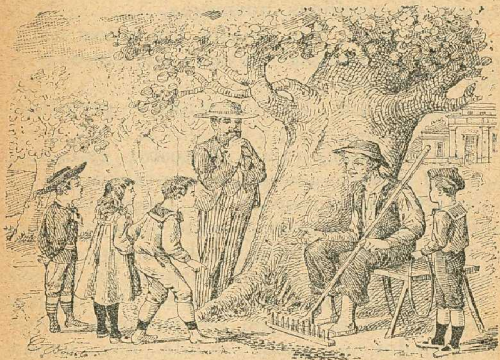
Cuando concluyeron de preguntar, el amable padre contestó:—esto hijos míos, no es más que un rebaño de hormigas.

—¡Un rebaño! ¿cómo? gritaron los niños.

—Sí, hijos, dijo el padre. Del mismo modo que en el campo los pastores llevan sus ganados á pacer donde hay buena yerba y agua en abundancia, las hormigas sacan de su habitación á estos animalitos y los conducen donde saben que pueden encontrar el alimento que necesitan.

—El señor tiene razón, añadió Andrés; yo que me he envejecido cuidando plantas y persiguiendo á las hormigas, conozco muy bien las costumbres de estas *pícaras*.

—Cuéntanos Andrés lo que sepas; te lo agradeceremos mucho, dijeron los niños con voz suplicante, mientras saltaban y abrazaban al anciano jardinero.



Andrés, que era la amabilidad en persona, accedió al pedido de los niños. Sentóse debajo de un corpulento manzano. Lo rodearon los bulliciosos estudiantes, dominados por la curiosidad de saber algo notable de aquel silencioso ejército que con el mayor orden iba avanzando á su lado.

Podemos asegurar que jamás hubo clase más atenta que aquella improvisada debajo del árbol de la discordia, cuando recién el sol empezaba á derramar sus rayos de oro sobre la tierra.

Andrés habló así: lo que tanto ha llamado la atención de Vds. es como el señor ha dicho, un rebaño de las hormigas.—Esos insectos que llevan casi arrastrando se llaman pulgones, porque se parecen mucho á las pulgas.

Los pulgones son para nosotros muy dañinos, porque nos destruyen muchas de nuestras mejores plantas.—Yo los persigo á muerte; pero no consigo destruirlos. Me ayudan en mi tarea una infinidad de insectos que los devoran sin que estos desgraciados sepan defenderse.

Los pulgones viven generalmente en los manzanos, olmos, plátanos, álamos, groselleros, etc. Muchos pasan toda su vida en el mismo árbol.

Las hormigas, cuidan con el mayor esmero á los pulgones porque á ellas, les son muy útiles. Los llevan á su hormiguero donde los rodean de atenciones; por la mañana, así como á esta hora, los sacan y conducen donde hay árboles que estos animales prefieren para su alimento. Allí

los tienen todo el día y al anocheecer los vuelven al hormiguero.

Las hormigas encargadas de este trabajo se llaman *pastoras*.

No crean Vds. que todo esto lo hacen las hormigas sin ningún interés; no: este trabajo lo practican para sacar de los pulgones un líquido azucarado que además de agradarles mucho, lo emplean para alimentar á las hormiguitas pequeñas.

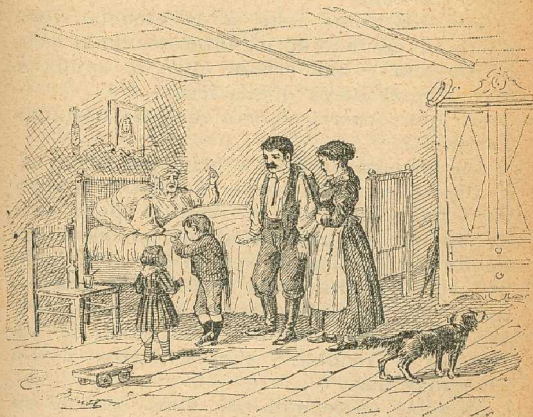
Por lo que acabo de explicarles y por el modo como las hormigas le sacan este líquido, un sabio naturalista llamó á los pulgones: *vacas de hormigas*.

Así habló Andrés, y los niños después de darle un millón de gracias, volvieron á mirar con curiosidad el gran rebaño que iba avanzando lentamente por la ancha calle de los manzanos, observando como alguna hormiga golosa sacaba de los tubitos colocados en el abdomen de un pulgón el líquido azucarado que tanto le agradaba.

Regresaron á su casa los estudiantes, muy admirados de la inteligencia de las hormigas y satisfechos por haber adquirido un nuevo é interesante conocimiento.

LECTURA XXXIV.

Una buena madre



Vivía en un pequeño pueblo de esta República una familia compuesta de las personas siguientes: un matrimonio joven, una anciana, madre de la esposa y dos preciosos niños nietos de la viejecita.

El padre y la madre de los niños trabajaban afanosamente, á fin de que nada faltara en su modesto hogar. Y en efecto, debido á sus esfuerzos, su casita era un pequeño paraíso en el que se encontraba todo cuanto puede hacer cómoda y agradable la vida.

Los dos niños iban á la escuela, quedando al cuidado de los intereses de la casa la anciana y una criada que la ayudaba en los quehaceres domésticos.

Lo que ocurría en esta casa era bastante particular.

La anciana recibía á principio de mes, el dinero que su yerno é hija le daban para los gastos de la familia; pero este dinero no le alcanzaba nunca: continuamente se quejaba de que la suma recibida no era suficiente para cubrir los gastos, que todos los artículos estaban muy caros, etc., etc., obligando de este modo á los jóvenes á redoblar sus esfuerzos á fin de ganar más.

Muchas veces notaban ellos que de su casa solían faltar objetos de valor y que á pesar de su empeño por encontrarlos, no conseguían que una vez perdidos parecieran otra vez.

Aunque esto les preocupaba algo, lo olvidaban en seguida porque sus muchas ta-

reas no les permitían distraer la atención en nada.

Un día fueron desagradablemente sorprendidos por la repentina enfermedad de la anciana.

Los médicos que fueron llamados, manifestaron desde el primer momento que la enfermedad era mortal. La consternación más grande invadió aquella casa: todos lloraban y como es natural todos suspendieron sus tareas para dedicarse al cuidado de la enferma.

Como lo habían anunciado los médicos, la enfermedad iba á tener un pronto y fatal desenlace.

Cuando la anciana comprendió que su fin estaba próximo, llamó á sus hijos y con voz débil y temblorosa les habló en los términos siguientes: «hijos queridos, comprendo que ha llegado mi última hora, y no quiero dejar esta vida que entera consagré á vuestra felicidad, sin cumplir un deber que me queda y cuyo cumplimiento hará más dulces mis postreros instantes y quedará terminada la obra de mi vida..... Recordareis que siempre he sido la administradora de vuestros intereses.....

¡Cuántas veces os habéis admirado de que el dinero que me dabais para los gastos de la familia, durase tan poco, así como

de la desaparición de objetos valiosos..... Nunca os habéis podido dar cuenta de este misterio..... pues bien ha llegado el momento de que lo sepais todo.

Tomó aliento la moribunda y continuó: yo, y nadie más, he sido la autora de todo..... Pensando en vuestro porvenir, reducía vuestros gastos privándoos de algunas cosas supérfluas, y de otras de lujo y adorno..... pero todo está aquí hijos míos, todo lo he guardado para daros cuenta de ello, el día que á mi vez fuera llamada por el Señor, para dar cuenta de mis actos..... Tomad esta llave y abrid ese costurero que está sobre la cómoda, dentro de él encontrareis una libreta del Banco de la Nación, en la que consta que existe en dicho Banco una suma de dinero depositada en vuestro nombre.....

Esta suma de dinero la he formado, ahorrando diariamente en todo y vendiendo los objetos de lujo que han desaparecido de la casa.

Con todo esto, he conseguido formaros una pequeña renta con la cual podréis vivir modestamente y hasta rodearos de ciertas comodidades, cuando el peso de los años ó las enfermedades no os permitan trabajar más..... Ahora hijos míos de mi alma..... solo me resta pedir que la bendición de

Dios descienda sobre vosotros..... Al terminar estas palabras espiró aquella anciana venerable.

No es posible pintar el inmenso dolor que aquella familia experimentó al perder á su buena madre.

En honor de su memoria, se sigue la costumbre implantada por la anciana: ahorrar para la vejez, cuando uno es joven y puede trabajar.

La tumba de esta excelente madre, está siempre cubierta de frescas flores y el recuerdo de sus virtudes no se borra jamás del alma de sus hijos.

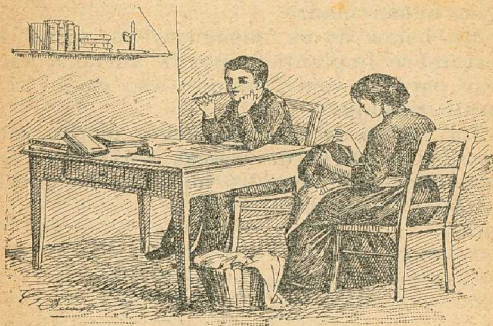
LECTURA XXXV.

Una heroína.

Aún es joven; pero el dolor, el cansancio y la miseria le han dejado impresas de tal modo sus huellas, que parece anciana.

Pálida y demacrada, dobla su espalda bajo el peso del trabajo. Sus canos cabellos y las prematuras arrugas de su rostro, son otros tantos indicios de la lucha que sostiene.

Habita en un miserable cuarto de un conventillo, donde jamás un rayo de sol, derramó su vivificante calor.



El frío glacial de la miseria reina allí; pero no arredra ni hace temblar á la heroína que animada por un fuego santo, se recoje sòbre sí misma como el gladiador para tomar nuevas fuerzas y continuar su obra grandiosa.

En las largas veladas de invierno podremos verla sentada junto á una pequeña mesa, encorvada sobre su costura, mientras

su mano blanca y delgada se mueve con asombrosa rapidez, como si obedeciera á un oculto resorte.

A veces interrumpe su labor y apoyando los brazos sobre la mesa, contempla con amorosa atención á un joven, que sentado á su lado estudia afanosamente.

Pálido y demacrado como la madre, pero hermoso, lleva impreso en su frente el sello del genio.—¿Qué le importa que el sol le niegue sus rayos, si siente animarse cada vez más en su cerebro, la llama de la ciencia que esparce su luz donde la del sol no puede penetrar?

Esto piensa mientras descansa un momento su cabeza en la palma de la mano y esto también piensa la madre cuando lo contempla amorosamente.

Un lazo de amor estrecho, muy estrecho, une esas dos almas hermosas y grandes. El hijo sacrificaría su vida por la dicha de la madre, y ésta, sacrifica la suya desde hace veinte años, por la felicidad y el porvenir de su hijo.

Viuda desde muy joven, sin más recurso que su trabajo, se consagró por completo al cuidado y educación de su hijo.

Por una de esas intuiciones que solo las madres tienen, leyó ella en la frente seria y espaciosa de aquel hijo, orgullo de su

miseria, todo un mundo de promesas para el porvenir.

¡Veinte años han pasado, arrebatando gota á gota á la heroica madre la savia de su existencia! Pero no importa, con tal que el hijo estudie y pueda llegar al punto que ha soñado para él. Jamás el alba la sorprendió en el lecho.

Arregla su pobre cuarto; prepara un frugal desayuno para su hijo, y envuelta en su negro y raído mantón sale, dirigiéndose con ligero paso al taller que desde hace veinte años abre sus puertas al amanecer para recibirla.

Mil mujeres de todas edades concurren como ella, á cambiar en aquel recinto, su vigor y salud por un mendrugo de pan.

Cada una ocupa silenciosamente su puesto, y pronto el ruido infernal de mil máquinas que se mueven á la vez llena las amplias salas.

Nada interrumpe el trabajo de la madre obrera: sorda á la tempestad que la rodea, hace girar con vigor las ruedas de su máquina.

El cansancio y la debilidad la vencen alguna vez; pero ella haciendo un esfuerzo supremo, levanta su abatida frente y obedeciendo á su enérgica voluntad, trabaja pensando en el hijo querido que estudia

allá, en el oscuro cuarto de un conventillo.

Veinte años ha luchado del mismo modo; pero ahora es feliz: su hijo se halla al fin de la jornada y ella puede morir contenta.

¡Pobre y santa madre! quiera Dios concederle en esta vida la realización de su único deseo!

Ojalá pueda ver salir de aquella mísera habitación donde jamás entró un rayo de sol, al hijo adorado convertido en un hombre ilustre de gran corazón, que con su poderosa inteligencia é inagotable bondad propenda, al bien de sus semejantes.

Niños: cuando al caer la tarde, veáis salir de los grandes talleres de la ciudad, una multitud de obreras, cubiertas de polvo y de sudor, agobiadas por el cansancio y quizá por las enfermedades, miradlas con respeto, retiraos para dejarlas pasar, y recordad que cada una de ellas bien puede ser una heroína como la que acabamos de describir.

LECTURA XXXVI.

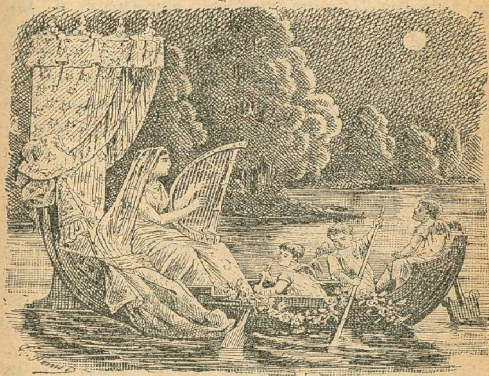
Cuento de Hadas.

Cuenta la Historia que en un país situado lejos, muy lejos, y que si no me equivoco estaba por allá donde Dios colocó el paraíso terrenal, había una pequeña aldea que se distinguía de todas las de aquella comarca por la hermosura de sus habitantes, la fragancia de sus flores y el sabor de sus frutos.

Ríos de cristalinas aguas bajaban de los gigantes montes que circuían la aldea, y después de formar caprichosas cascadas en las que la luz del sol al descomponerse se transformaba en gotas de diamantes, venían á morir murmurando en un pequeño lago en cuyas orillas crecían como por encanto las plantas más raras del mundo.

Entre las ramas de estas plantas se columpiaban suavemente nidos de todss formas que servían de blando lecho á una infinidad de aves de brillante plumaje y melodiosa voz.

Brisas perfumadas soplaban de continuo en este delicioso sitio; y es fama que durante las altas horas de la noche una música melodiosa, acompañada de una canción más melodiosa aún, se oía, al mismo tiempo que un blanco esquife, radian-



te de luz, bogaba suavemente en las azules aguas del lago. Genios vestidos con flotante túnica remaban con sus tenues alas.

En medio del esquife, sentada en luminoso trono, debajo de un dosel salpicado de estrellas, veíase una encantadora beldad

envuelta en diáfano cendal, pulsando con sus delicados dedos las cuerdas de un arpa dorada. Era el Hada del lago que salía á practicar como siempre su nocturna escursión.

Las notas que el Hada arrancaba al dorado instrumento, unidas á los sonidos que los alados genios hacían producir á las aguas, y al extraño murmullo de los ríos que vertían su caudal en el lago, formaban dulcísimos acordes, que los pájaros de extraño plumaje, y la brisa perfumada que mecía sus nidos, imitaban con admirable precisión, resultando de aquel hermoso conjunto de armonías, luces y perfumes, un suavísimo concierto que atraía y extasiaba.

Inclinábanse las flores ante la diosa, y nubes de amorcillos que surgían del fondo del lago, rodeaban el esquife, ejecutando danzas fantásticas que comunicaban un aspecto aún más hermoso á aquel sitio de suyo encantador.

A la hora en que el Hada salía de su misterioso palacio, los habitantes de la aldea, que por cualquier motivo tenían quejas de su suerte, ó que algún sufrimiento amargaba su vida, abandonaban el lecho, corrían á orillas del lago y en voz alta contaban sus cuitas á la Diosa.

La bella protectora de la aldea reme-

diaba casi siempre los males de sus protegidos.

En una tibia noche de verano, en que el Hada del lago, como de costumbre, navegaba rodeada de genios y amorcillos y la orquesta misteriosa ejecutaba los armoniosos himnos, una hermosísima doncella de cabellos de oro, había acudido á la orilla y con plañidero acento, cantaba, al són de una cítara, sus penas, esperando hallar en la Diosa favorable acogida.

—Hada hermosa del lago azul, decía, escucha mis lamentos y protéjeme. Ayer mientras pacía mis blancas ovejitas en el prado que se extiende más allá del bosque, un horrible monstruo, salido del seno de la montaña quiso arrebatarme.

Resistí cuanto pude y conseguí huir; pero, ¡desgraciada de mí! en la lucha dejé mi corazón entre las garras del monstruo.

¡Ay, Hada gentil! ¿cómo podré vivir sin corazón? Desde que no lo tengo, no soy feliz; todo me hastía y lo que antes me parecía espléndido y sublime, hoy me es del todo indiferente. Pero lo que más me lastima, Hada querida, es que también yo soy indiferente á todos!..... ¡Ya nadie se acerca á mí! Los mancebos de la co-

marca no me dedican sus cantares, ni soy como antes la bella de Armenia.

Revolotearon los amorcillos; los genios remaron más á prisa y el esquife se acercó á la orilla.

—Incauta Estrella, cantó el Hada haciendo vibrar las doradas cuerdas de su arpa; ¡cuán imprudente has sido! pero tu castigo es con justicia proporcionado á tu falta.

¿No recuerdas imprudente criatura, cuantas veces te dije que no fueras á pacer tu rebaño al prado donde la Vanidad y la Coquetería tienen su trono?

¿No te hice ver los peligros que corrías yendo á tal parte?

Justo es pues tu castigo, porque has sido desobediente.

Eras hermosa y amada, y no te ha bastado; has querido ser más, y solo has conseguido perder el dón más precioso que los Dioses concedieron á las niñas: el corazón, que es donde se guardan el amor, la bondad y la virtud!

Llora pues, que razón tienes para ello, desventurada Estrella!

—¡Aves encantadas, que llenáis de notas el espacio; árboles que os inclináis al paso de la Diosa; brisas que la rodeáis de perfumes; genios benéficos que bajáis en el

lago; montes gigantes; cielo y tierra; venid en mi ayuda; implorad conmigo el favor de la protectora de estos lugares!

—No me abandones, te lo ruego por lo que más quieras, añadió suplicando la niña. Si no me protejes, no podré vivir; y no viviré, pues me arrojaré desde esta roca al fondo del lago, para buscar el reposo que tanto necesito. Al terminar estas palabras, extendió los brazos en ademán de cumplir lo que acababa de prometer.

—¡Detente! gritó el Hada; no quieras agregar á tu falta, otra más grave.

No tienes el derecho de quitarte la vida que Dios te ha concedido para que la emplees en algo bueno y útil. Vive, pues, y trata de rescatar tu pasado!

Te ayudaré á recuperar tu corazón con tal de que seas capaz de someterte á las pruebas que te indicaré y de realizar los trabajos que pienso encomendarte.

—Te escucho, contestó la niña, y te prometo cumplir fielmente cuanto dispongas.

—Pues bien: mañana apenas el sol envíe sus primeros rayos de luz á la tierra, llevarás tu ganado á pacer en el mismo prado donde los monstruos te arrebataron el corazón.

Dejarás el rebaño en la margen del arroyo y tú seguirás caminando hasta la

entrada del bosque. Allí encontrarás á una anciana á la que debes pedir te acompañe al palacio de la Vanidad y la Coquetería. La anciana te llevará donde desees.

Todas las puertas se abrirán delante de tí y podrás recorrer las innumerables habitaciones de ese palacio, donde encontrarás reunido cuanto hay de rico y hermoso en el mundo. Puedes mirarlo todo; pero no debes desear ni tocar nada.

Ya ves que es bien poco lo que exijo de tí. Siguiendo mis consejos no tardarás en recuperar tu corazón; sinó continuarás siendo como hasta aquí desgraciada, é indiferente á todos. Ahora, vete y que Dios te ayude.

Llena de agradecimiento se alejó la niña de aquel sitio, llevando en su alma el propósito de seguir al pié de la letra las indicaciones del Hada.

No bien asomó la aurora, cuando nuestra heroína, se dirigió con su rebaño al prado. Lo dejó pastando tranquilamente á la orilla del arroyo y siguió andando hasta encontrarse á la entrada de un bosque.

Como se lo había anunciado su protectora vió allí á una pobre anciana que la tomó de la mano y la condujo hasta la entrada de un espléndido palacio que se levantaba soberbio en medio del bosque.

Como por encanto, se abrieron de par en par las puertas, y un espectáculo deslumbrador se presentó á la vista de la niña.

Mientras tanto su guía había desaparecido.

Se hallaba la niña á la entrada de un inmenso vestíbulo de mármol, artísticamente cubierto de plantas y flores, en medio de las cuales, medio se ocultaban infinidad de escaleras doradas que conducían á la parte alta del edificio.

En ambos lados del vestíbulo veíanse puertas cubiertas por cortinas de flores naturales.

Estrella entró en el palacio.

Si grande fué su sorpresa en el vestíbulo, mucho más lo fué al penetrar en las suntuosas habitaciones de aquel magnífico palacio.

Sus piés se hundían en mullidas alfombras de colores delicados. Manos invisibles levantaban las preciosas colgaduras que separaban una de otra las habitaciones.

Dorados espejos, reproducían mil veces su esbelta y bella figura y una invencible atracción la obligaba á continuar avanzando.

De improviso se encontró en un lujoso salón resplandeciente de pedrerías.

Las paredes, el techo y el piso forma-

dos por espejos de una sola pieza, reproducían de un modo fantástico las maravillas allí reunidas.

Espléndidos trajes de ricas telas y variados colores; régios mantos salpicados de diamantes, rubíes, amatistas y esmeraldas; diademas de perlas y topacios, etc. y en fin, joyas de incalculable valor se hallaban allí en admirable profusión.

Estrella que hasta ese momento había cumplido las prescripciones del Hada, no pudo contener un grito de admiración. Acercóse poco á poco y no pudo vencer la tentación de tocar las preciosas telas y joyas que la deslumbraban con sus colores.

Los objetos que la rodeaban contribuían á realzar su belleza.

—¡Oh! qué hermosa sería si pudiera usar estos vestidos y alhajas, pensaba Estrella mirándose en los espejos.

Y un deseo ardiente é irresistible de poseer todo aquello se apoderó de su alma. Se despojó de su blanca túnica y vistió un riquísimo traje de brocato del mismo color. Sus bien modelados brazos y hombros fueron cubiertos de magníficas joyas y sujetos sus cabellos de oro con una espléndida diadema de piedras preciosas.

Nadie hubiera reconocido en ese momento á la humilde pastora de Armenia.

—¡Estoy verdaderamente hermosa! decía mirándose embelesada. ¡En el mundo no puede haber criatura más bella que yo!..... ¿Quién desde ahora podrá resistir á mis encantos?

Una sonora carcajada fué la contestación que recibió.

En ese mismo instante la infeliz Estrella pudo ver al levantarse una pesada colgadura la siniestra faz del monstruo que con maligna sonrisa le enseñaba el corazón que jamás había de poseer, al mismo tiempo que le indicaba al Hada que se alejaba llorando al ver frustrada su obra.

Estrella desde aquel día vagó y sigue vagando por aquel palacio, mudándose de trajes á cada instante, cubriéndose de joyas y contem-



plándose en los espejos; pero sin conseguir encontrar lo que busca.

Desde esa época, las niñas coquetas y vanidosas no tienen corazón y viven en el mundo, vagando como Estrella, prendadas de sí mismas y hastiadas de una vida que á nadie interesa.

LECTURA XXXVII.

Lo que sueña Ofelia.

En blanda cuna envuelta en pañales de finísima holanda, duerme tranquila una niña.

Es tan hermosa, que bien pudiera servir de modelo al pintor que deseara trasladar al lienzo la imagen de un querubin ó inspirar al poeta, que quisiera cantar sublimes versos á la pureza y á la inocencia. Nada falta en esa cuna para que quien la contempla, se forme la ilusión de que en ella reposa un ángel.

Blancos y vaporosos encajes rodean á la niña, simulando esas ténues nubecillas que preceden á la aurora; y blancos y puros como todo lo que la rodea son los

sueños que hacen asomar á sus labios de rosa, sonrisas llenas de encanto..... ¡Ella duerme feliz, el sueño de la inocencia! ¡Nada turba su tranquilo reposo!

Alegres lejiones de querubes vuelan en derredor de la cuna, rozando con sus transparentes alas, la pura frente de Ofelia, que atraída por la algazara de sus alados hermanitos, se cree formando parte de la bulliciosa falanje que ejecuta deliciosas danzas al son de las más melodiosas de las músicas!..... Ella sueña con ángeles que la rodean, que la acarician y que llenan su cuna de flores y juguetes.

¡Pobre Ofelia, al despertar de su inocente sueño la realidad de la vida la sorprende! ¡sufre y llora!

Ya no rodean su cuna espíritus celestiales que danzan al son de orquesta divina però, una mano levanta las colgaduras que cubren la cuna..... alguien se inclina sobre la niña..... y un ruido semejante al suspiro de las hojas que acaricia un céfiro juguetón..... se oye en este momento.

Es un beso..... un tierno beso que los labios amorosos de una madre depositan en la tersa frente de la niña.

¡Beso mágico que tiene el poder de acallar el llanto de Ofelia!

No vé revolotear querubes á su lado; pero ya no los echa de meros: en brazos de su madre es inmensamente feliz.

¡Dichosos los niños que como Ofelia, sienten sobre su frente al despertar el cariñoso beso de una madre!



LECTURA XXXVIII.

Diálogo patriótico.



H. — Desde hace algunos días, tengo el deseo de dirijirte varias preguntas sobre un punto que no comprendo bien..... y que..... francamente (pero no lo cuentes á nadie) me avergüenzo de ignorarlo.....

Aunque eres mi hermana no me atrevo á interrogarte por temor de que te burles

de mí..... ya sabes que soy muy vergonzosa..... y que sufriría tanto si alguien se riese de mí.

J.—Veo mi querida H. que continuas siendo la misma niñita mimosa..... que cree que todos se burlan de ella..... Vámonos chiquita, dí de una vez todo lo que quieras sin temor de que alguien sepa tu secreto, mira: para mayor seguridad, lo guardaré aquí, en este lugarcito, (coloca su mano sobre el corazón) donde nadie sinó Dios, puede verle, ¿te basta esto?

H.—Con la seguridad de tu discreción voy á interrogarte. Dime ¿qué significan estos preparativos, esta algazara, ese bullicio que se nota en todas partes? ¿Porqué se izan las banderas en todos los edificios públicos, por qué en fin se festeja este día?

J.—Es muy fácil contestar á tus preguntas: hoy es un gran día para los Argentinos; ellos festejan nada menos que el aniversario glorioso de la independencia de su patria! ¿Comprendes ahora hermanita el motivo de tanto regocijo?

H.—Sí, lo veo, pero no lo comprendo..... A la verdad que estoy confundida..... no oigo más que estas palabras ¡patria! ¡independencia! ¡libertad!..... ¡Oh! verdaderamente esto es como para aturdirse!

J.—Nada de eso mi querida, lo que tu

ves, y yo acabo de decirte, es lo más sencillo y natural del mundo.....

H.—Lo será sin duda para tí; pero para mí no puede ser más difícil..... ¡como no lo entiendo!..... ¡Patria!..... ¡Libertad!..... ¡Independencia!..... ¡qué bonitas palabras! suenan agradablemente en mi oído; pero no las comprendo..... y sin embargo debe ser verdaderamente grande los que significan para que se celebren en su honor tan grandes fiestas todos los años. ¡Patria! ¡Libertad! Independencia! oigo decir en la escuela y las mismas palabras las repiten á cada instante nuestros padres y amigos.

¡Oh! soy muy desgraciada ignorando el significado de estas palabras!

J.—Pues entonces pronto serás completamente feliz, por que yo te lo explicaré lo mejor que pueda.

Ante todo te diré que Patria es el suelo donde nacimos. La patria de los Argentinos, es el inmenso y rico país que ves representado en ese mapa; ese hermoso país regado por los ríos más caudalosos del mundo, en cuyas pintorescas orillas se levantan florecientes ciudades y cuyas fértiles campiñas regalan al hombre doradas mieses. Ese suelo surcado ahora por el arado del labrador y que tantas veces fué regado con la sangre noble y generosa de

esclarecidos ciudadanos, que se sacrificaron por conquistarle ¡Independencia! y ¡Libertad! Esa es la patria, la gran Patria Argentina, hermanita; pero ¿qué digo? no es eso solo. Ese hermoso cielo que nos cobija; ese ambiente perfumado que viene de sus vírgenes selvas; los seres queridos que nos rodean, y los que ya descansan en la tumba fría y en fin ese conjunto de seres y cosas que amamos desde nuestra tierna infancia, esa es la Patria!.....

H.—Es muy hermosa la Patria Argentina y con razón la aman sus hijos, prosigue..... prosigue..... te escucho con el mayor interés y atención.

J.—Pues bien el hermoso suelo de la Patria, no perteneció siempre á sus hijos.

Los primeros dueños fueron los españoles y más tarde quisieron serlo también los poderosos ingleses.

Bajo el dominio español, los hijos de este país no supieron lo que es la Libertad, ni conocieron las grandes ventajas que el hombre libre tiene sobre el que vive esclavizado.....

H.—¿Y en qué consiste pues la libertad?

J.—La libertad es el más valioso don que Dios ha concedido al hombre: es la reunión de todos los derechos.

Cuando este país pertenecía á los españoles, no existía tal libertad por que no

se concedía á los hombres, derechos de ninguna especie, sino que se les exigía el cumplimiento de muchos deberes..... ¡Oh! los Argentinos eran muy desgraciados en aquella época!.....

Como ya te he dicho, los ingleses intentaron hacerse dueños absolutos de la República Argentina y lo consiguieron; pero su poder duró poco tiempo, porque cansados los criollos de tanta opresión, los arrojaron de este suelo. Desde ese momento, pensaron hacer otro tanto con los españoles. Para llevar á efecto esta idea trabajaban sin descanso, esponiendo cada uno, no solamente sus riquezas, sino también la tranquilidad de su hogar y hasta su propia vida.

Hoy mi querida H. cumplen 87 años que los Argentinos tienen Patria, Libertad é Independencia!..... Y aquí tienes explicado el motivo de las fiestas que se celebran todos los años en conmemoracion de tan grandioso acontecimiento.

H.—Ahora comprendo que hay sobradas razones para festejar el 25 de Mayo.

Unamos pues, nuestras alegres voces á las del pueblo libre y feliz que en este momento saluda al sol de la libertad y elevemos á Dios un ferviente voto por la prosperidad de la gran nación Argentina!

LECTURA XXXIX.

Justicia de Dios.

Nunca debemos ejecutar acciones de las que tengamos que avergonzarnos ó arrepentirnos después.

Jamás debemos olvidar que Dios vé hasta nuestros más ocultos pensamientos y que ninguna mala acción queda sin castigo.

El hecho que paso á relatar prueba esta gran verdad.

Vivía hace algunos años en esta ciudad un acaudalado comerciante, hombre ilustrado, de corazón noble, generoso y caritativo en extremo. Esta última cualidad le había conquistado el nombre de «Padre de los pobres».

Entre los necesitados no había uno tan solo que no tuviera con él alguna deuda de gratitud.

Practicaba la caridad sin ostentación y teniendo sumo cuidado de no humillar á nadie.

En sus casas de negocios tenía más empleados de los que en realidad necesitaba

solo por proteger de un modo digno á ciertas personas.

A todos trataba con paternal cariño; distinguiendo sin embargo más que á los otros, á un simpático y elegante joven que desempeñaba en la casa la doble tarea de cajero y tenedor de libros.

Este joven llamado Mateo, era extranjero y fué recogido por don Juan que así se llamaba nuestro comerciante en la triste circunstancia de haber intentado suicidarse por carecer de recursos para vivir.

Don Juan fué para Mateo más que un patrón, un padre cariñoso, un protector decidido.—Le abrió las puertas de su casa y en ésta encontró no solo un seguro asilo sinó también los medios de atender á todas sus necesidades por medio de un trabajo digno y honrado.

Mateo unía á una figura simpática y atrayente, un talento é ilustración poco comunes.

Todas estas cualidades le habían granjeado las simpatías y el cariño de todos.

Desempeñaba con tanto acierto su cometido y se tomaba tal interés por los asuntos de su señor, que éste llegó á depositar en él toda su confianza. No solo estaba enterado de cuanto se hacía en la casa, sinó

que era el encargado de pagar grandes sumas que se invertían en la compra de diferentes artículos, así como de cobrar las cantidades de dinero producidas por las ventas de mercaderías.

Había en la misma casa un anciano criado llamado Leandro, que sentía por Don Juan un cariño entrañable.

Por un secreto instinto sintió desde el primer momento una secreta repulsión hacia Mateo.

Aún cuando nada dijo y lo trató con la mayor deferencia, vigiló constantemente hasta sus más insignificantes actos.

Durante un año la conducta de Mateo nada dejó que desear.

Cumplía estrictamente sus deberes y el cuidado de los asuntos del señor le interesaban más que el de los suyos propios.

Un día Leandro llamó á Don Juan y con el mayor sigilo le comunicó que Mateo abusaba de su confianza, sustrayendo de su caja, fuertes sumas de dinero que invertía en cosas particulares.

Indignése don Juan contra el anciano y leal servidor tomando como calumnia la advertencia y resolvió no hacer caso de ella.

No bien pasaron unos días Leandro volvió á insistir sobre lo mismo, pero siempre con igual resultado.

A la tercera vez, lo hizo ofreciendo á Don Juan pruebas convincentes de los hechos delatados. Todo hubiera creído este menos que su querido Mateo, el hombre en quien tenía depositada toda su confianza, fuera capaz de traicionarlo tan villanamente.

No porque diera crédito á Leandro, sino por dejarlo confundido, escuchó esta vez lo que le decía, manifestándole que su sola palabra no era suficiente: que necesitaba pruebas.

—Te las exigo, concluyó terminantemente Don Juan, porque de ninguna manera puedo consentir por más tiempo que se siga insultando en mi presencia á un hombre digno y honrado como en mi concepto lo es Mateo. Dame pues las pruebas que tienes en contra suya..... ¡y pobre de tí Leandro, si no has dicho la verdad!

Era un día sábado: en la casa había entrado una gran cantidad de dinero y como siempre fué Mateo el encargado de recibirla.

A las doce de la noche, todos parecían dormir en la gran casa de Don Juan. Un silencio profundo reinaba en todas partes, sin embargo no sucedía así, sino en apariencia, y más de uno velaba, y más de

uno también sufría horriblemente en aquella hora.

Un atento observador hubiera visto cuando daba la media noche que dos hombres caminaban arrimados á la pared sin hacer el menor ruido y tomando toda clase de precauciones para no ser descubiertos.

Llegaron de este modo hasta una habitación inmediata al escritorio y penetraron en ella.

Inútil es decir que estos dos personajes eran Don Juan y Leandro.

Apenas se habían instalado en la habitación cuando un ligero ruido llegó hasta ellos.

Desde el lugar en que estaban, podían muy bien observar sin ser observados. No tardaron en percibir que alguien se acercaba á aquel sitio cautelosamente.—Era un hombre completamente embozado.

Don Juan reconoció en él con verdadero terror á Mateo.

Este abrió con el mayor cuidado la puerta, entró al escritorio; se acercó á la caja y la abrió también.

A la luz de la lámpara que había encendido, pudieron Don Juan y el fiel Leandro ver como Mateo tomaba de la caja rollos de billetes de banco, monedas de oro y algunos documentos y los iba po-

niendo en los bolsillos de su gabán. Concluida esta operación, cerró la caja y trasponía ya el umbral de la puerta, cuando una violenta detonación y un grito de dolor se oyeron al mismo tiempo. Don Juan convencido de la culpabilidad de su protegido, y no pudiendo dominarse, le descerrajó un tiro de rewólver, que á juzgar por el grito que dió el culpable debió ser certero. Al ruido, acudieron todos los empleados de la casa, la familia, una infinidad de curiosos y por último la justicia.

Por más que se registró todo prolijamente no se pudo dar con el herido..... solo un gran charco de sangre quedaba en el lugar del suceso.

Siguiendo las huellas que el ladrón había dejado llegó la justicia á una arruinada casa, que todos creían deshabitada.

Derribaron la puerta y practicaron un minucioso registro, lo que dió por resultado, el hallazgo de un verdadero depósito de alhajas, mercaderías y dinero.

De las pesquisas practicadas resultó plenamente probado que Mateo era el jefe de una banda de salteadores que tenía aterrizada la población.

Mateo había desaparecido: nadie sabía si estaba vivo ó muerto.

Lo que sufrió Don Juan, no puede ex-

plicarse; no sentía el dinero perdido, sinó la mala acción de aquel joven á quien tanto había querido.

Habían pasado algunos años después de lo que acabamos de narrar, cuando Don Juan tuvo que efectuar por asuntos comerciales, un viaje al Brasil.

Llegó á una gran ciudad en la que no tenía relaciones, y como es natural se alojó en un hotel. Pidió que se le sirviera la cena en su cuarto, y cual no fué su sorpresa al reconocer en el mozo que venía á servirle nada menos que al célebre Mateo!

Habia envejecido mucho y arrastraba penosamente una pierna..... En su rostro veíanse las huellas de una tristeza profunda.

Don Juan quedó vivamente impresionado al ver en su presencia á aquel desgraciado.

No fué menos grande la sorpresa de Mateo al encontrarse cara á cara con su antiguo protector..... dejó caer al suelo la bandeja con todo lo que en ella traía y se arrojó á los piés de Don Juan.

—La justicia de Dios se ha cumplido señor, dijo Mateo sollozando..... ella es la que en este momento ha hecho que me encuentre en presencia del hombre á quien tanto debo..... y que tan mal pagué! ¡Cuánto mejor hubiera sido para mí Don

Juan, que aquella noche fatal hubiera sido la última de mi vida!

Llevo en mi cuerpo y en mi alma la marca indeleble de mi delito, ¡perdón! ¡perdón señor! y ponga fin á esta vida que aborrezco.....

Al pronunciar estas palabras aquel desgraciado lloraba amargamente, arrodillado á los pies del que había sido su señor.

Don Juan conmovido, al ver el arrepentimiento y la humillación de Mateo, hizo que se levantara y sentándolo á su lado, le dijo con dulzura:—que Dios te perdone como yo te perdono en este momento, con todo mi corazón y que haga germinar en tu alma sentimientos de bondad y de virtud.—Desde aquel día, la regeneración de Mateo fué un hecho.

Don Juan volvió á prestarle su protección y sabemos con seguridad que nunca tuvo que arrepentirse de haberlo hecho así.

Nunca debemos negar nuestro apoyo, á los que alejados momentáneamente del camino del bien quieren volver á él.

LECTURA XL.

Una visita á la tienda «A la Ciudad de Londres.»

Una inteligente maestra que tiene á su cargo el cuarto grado de una Escuela Elemental de niñas, indicó á sus discípulas el tema siguiente: descripción de algo notable que haya en la ciudad de Buenos Aires.

Para prepararse convenientemente tenían las alumnas una semana de plazo.

La maestra les dijo que no concurriera ninguna á la escuela sin haber cumplido el deber indicado; y para facilitarle los medios de prepararse bien, les prestó libros y periódicos para consultar, aconsejándolas que con el mismo objeto interrogaran á sus padres y amigos.

Inútil es decir, que como niñas aplicadas y obedientes salieron de la escuela dispuestas á hacer lo que la maestra había ordenado.

Cada una de ellas se enteró por medio de las personas de su familia y relaciones, de todo lo que es digno de verse en la

populosa capital de la República Argentina.

Llegó por fin el día fijado por la maestra para dar la lección. No faltó una sola niña á la clase: todas asistieron con la alegría y satisfacción de quien ha cumplido sus deberes.

Llevaban preparada su lección y una infinidad de apuntes y notas referentes á lo que habían visto.

—¿Han traído todas su lección preparada? preguntó la maestra.

—Sí, señorita.

—Muy bien; veamos ahora qué es lo que cada una de ustedes ha visto y puede describir.

Las niñas fueron levantando sucesivamente la mano y nombrando los edificios, paseos y demás cosas notables que habían visto.

El palacio de Gobierno; la casa de Correos y Telégrafos; el Museo Nacional; el Edificio de las aguas corrientes; todas las plazas y teatros, paseos públicos, cementerios, fábricas y casas de comercio principales fueron nombradas.

La maestra á fin de que todas quedaran conformes dijo que se iba á designar por suerte el tema de la lección.

Con este objeto se hicieron cédulas en

las que se anotaron los puntos indicados por las niñas.

En la cédula elegida podía leerse este tema: una visita á la tienda «A la Ciudad de Londres.»

La niña que había designado este punto, pasó al frente de la clase y con voz clara y sonora habló de este modo:

Deseando cumplir las órdenes de mi querida maestra, manifesté á mi mamá el deseo de visitar algún paseo ó edificio importante de la ciudad.

Casualmente, dijo mamá, tengo que hacer algunas compras en las tiendas; te llevaré «A la Ciudad de Londres» y de paso que adquiero lo que necesito, podrás recorrer todo el edificio y hacer su descripción.

Muchas veces había estado en la gran tienda; pero nunca había tenido ocasión de visitarla detenidamente y mucho menos de ver su admirable organización y el no ménos admirable orden que reina allí hasta en los menores detalles.

No es pues de extrañar que me alegrara mucho al oír la proposición de mamá.

Fuí con ella á la tienda, y como mis deseos eran conocerla en todos sus detalles, pedí ser presentada al dueño y director general de aquella inmensa colmena humana.

Fuí recibida en la oficina desde donde el inteligente y progresista comerciante imparte sus órdenes y maneja con notable precisión el complicado mecanismo de aquella gran máquina viviente.

Expuesto el objeto de mi visita, el dueño de la tienda con esa galantería y finura que solo poseen las personas bien educadas, accedió gustoso á mi pedido acompañándome personalmente en mi gira por la gran *Ciudad* y suministrándome cuántos datos le pedí.

Durante las muchas horas que duró mi visita solo pude formarme una idea general de la espléndida casa, pues para conocerla perfectamente creo que sería necesario pasar muchos días en ella.

Ahora voy á exponer los datos que tengo.

La tienda llamada «A la Ciudad de Londres» tiene frente y entradas á las calles Perú, Victoria y Avenida de Mayo.

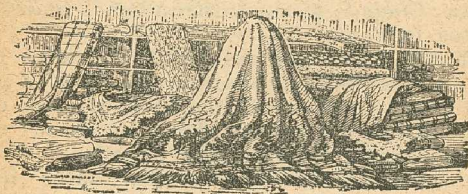
Ocupa ese gran palacio de seis pisos, una superficie de diez mil metros cuadrados.

Los grandes y bien ventilados sótanos están destinados para depósito de mercaderías, materias primas que manufacturan en la casa, instalación de máquinas eléctricas, etc.

Como seiscientos metros cuadrados de los

sótanos están ocupados por el *Departamento de menaje*, en el que se encuentra con asombrosa profusión, toda clase de artículos de cocina, comedor, sala y dormitorio; así como cristalería, vidrios, loza y porcelana.

En el primer piso se encuentran grandes salones de venta divididos en departa-



mentos especiales para cada artículo, algunos talleres y oficinas. Entre los departamentos del piso bajo merecen citarse por el gusto con que están arreglados y la buena calidad, elegancia y baratura de los artículos que allí se venden, los siguientes: los de calzado, sederías, modas, generos blancos, ajuares, ropa blanca, camas y cunas, muebles, alfombras, cortinas, etc.

El primer piso se comunica con los su-

periores por medio de grandes y elegantes escaleras, y de dos ascensores hidráulicos.

En los pisos superiores funcionan más de cincuenta talleres bajo la dirección de competentes cortadores, sastres, modistas, bordadoras, etc.

Entre estos talleres deben citarse los de calzado, modas, colchonería, camas, camitas y cunas. Entre todos, llama especialmente la atención el de ropa blanca, que ocupa todo el tercer piso; está atendido por una infinidad de señoras, señoritas y niñas, quienes en pocas horas convierten las riquísimas telas de hilo, algodón, etc. en elegantes piezas de ropa que pasan á los salones de venta.

No menos interesante es el taller en que se confeccionan guantes de medida en el increíble plazo de dos horas.

Además de los grandes talleres nombrados, hay en los pisos superiores, lujosos salones de venta, espaciosas cocinas en las que nueve cocineros preparan el alimento, que se sirve en dos espléndidos comedores al personal interno de la casa que se compone de más de cuatrocientas personas de ambos sexos.

Este personal perfectamente organizado, está clasificado en diversas categorías según el cargo que desempeñan.

Fuera de los empleados internos, trabajan para la casa no ménos de mil quinientas personas.

El enorme presupuesto de estos empleados se abona antes del 30 de cada mes.

Las señoras, señoritas y niñas empleadas en esta tienda visten un sencillo y elegante uniforme negro.

Para el reparto de mercaderías en la ciudad, tiene la casa nueve coches guiados por cocheros que también visten un uniforme especial.

Desde su oficina, situada en el segundo piso, se comunica el dueño de la tienda con sus empleados por medio de teléfono y de tubos acústicos ramificados en todo el grandioso edificio.

Maravillada quedé de las riquezas que las artes y la industria han reunido en esta gran casa, y más aún del orden y organización, jamás alterados á pesar del movimiento comercial que se nota allí á todas horas.

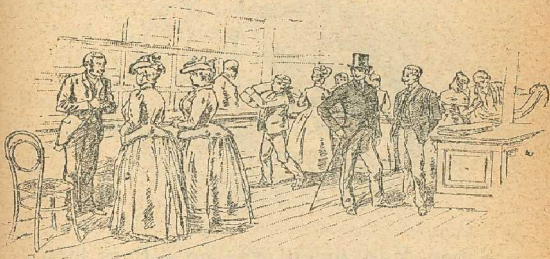
Manifesté á mi papá el asombro y sorpresa que experimenté en esta visita y él me dijo que me sobraban motivos para admirarme, pues la tienda «A la Ciudad de Londres» es no solo la más notable de Buenos Aires, sino una de las más importantes de la América del Sur, por la buena cali-

dad y baratura de los artículos que recibe de Londres y París, y por la circunstancia de proporcionar los medios de vivir á miles de personas.

La tienda «A la Ciudad de Londres» puede figurar dignamente entre las casas que pueden servir de testimonio del progreso y riqueza de la República Argentina.

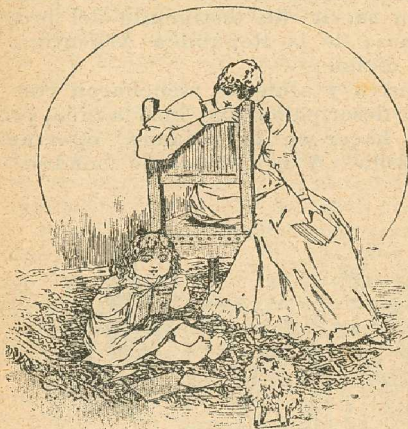
He dicho.

Maestra y alumnas escucharon con placer la descripción que hizo la niña, prometiendo hacer en la primera oportunidad una visita «A la Ciudad de Londres.»



LECTURA XLI.

Mi nenuca.



¿Saben Vds. quien es?—no.—Pues bien, voy á decírselo.

Mi nenuca es la más linda y graciosa personita que pueden imaginar. Figúrense una mujercita, cuya estatura no es más al-

ta que el asiento de una silla, de rubios y enrulados cabellos, que caen sobre sus redondos hombritos, dejando ver cuando inclina su preciosa cabecita, el cuello más precioso.

Sus sedosos rizos, forman como un marco de oro al rededor de una carita de ángel.

Sus grandes ojos negros, velados por largas pestañas del mismo color, revelaban una inteligencia precoz y una viveza y dulzura que eran mi encanto; una boquita de rosa que al abrirse para sonreír, dejaba ver dos incompletas hileras de dientes lindos, blancos y afiladitos, una ñatita riquísima y color semejante al nardo, completan el retrato, que en vano intento bosquejar de la que fué mi nenuca querida.

Conjunto más completo de gracia y belleza, no puede mi mente concebirlo.

[Quizá yo la contemplaba al través del prisma de mi amor inmenso y por esto la encontraba tan hermosa! No era para mí una niña sino un ángel.

Hoy solo de sus encantos me queda el recuerdo. Pero un recuerdo dulce y grato á la par que profundo é imperecedero.

Por él veo aún á mi nenuca, me extasio contemplando sus infantiles gracias, la morbidez de su cuerpecito de formas esculturales.

Aún creo verla riendo alegremente, echando hácia atrás su preciosa cabecita; tomando después un aspecto serio y hasta severo.—¡Pobre nenuca! Qué linda estaba cuando queriendo fingirse enojada, arqueaba las cejas, daba á sus ojos extraña expresión, al mismo tiempo que su boquita convertida por un momento en monísima trompita parecía pronunciar una imprecación mientras enseñaba con ademán amenazador un riquísimo puñito cerrado.

Pero como ya he dicho; todo esto no pasa de ser un dulce y triste recuerdo; pues aquella niña querida que parecía haber nacido para hacer la felicidad de cuantos la rodeaban, ya no existe sinó en el corazón de los que tanto la amaron en la tierra. ¡Fué un ángel hermoso que Dios en su infinita bondad permitió que viniera á hacer brotar en nuestra alma tesoros de amor y ternura!

¡Pobre nenuca mía! ¡cuánto te he llorado! ¡cuánto he sufrido desde que, abriendo tus blancas alitas, te remontaste al cielo, donde sin duda te has reunido con los ángeles y querubines que forman la corte de Dios!

Tú con ellos, entonarás dulces himnos, mientras tus manecitas que aún conservan

las huellas de mis besos, pulsarán liras con cuerdas de oro!

¡Nenuca mía querida! tú que tan cerca estás de Dios; tú que puedes hacer llegar hasta él, una plegaria pura, pídele por los que sufren en la tierra y principalmente por los que sin consuelo lloran tu ausencia!

¡Adiós, nenuca mía querida! no te olvides de mí!

LECTURA XLII.

Los exámenes.

ELISA—¡Dios mío! ¿qué sucede hoy en la Escuela? ¿qué barullo! ¿qué desorden! ¡si esta no parece mi Escuela! Las niñas antes tan juiciosas y ordenadas parecen ahora unas verdaderas locas! ¿María, podrías tú explicarme la causa de todo esto? ¿podrías decirme qué sucede?

MARÍA—¿Qué ha de suceder? Nada.

ELISA—¿Cómo nada! ¿no ves como andan todas?..... mira el portero encaramado en una escalera, sacudiendo las paredes y las persianas con todas sus ganas.

MARÍA—¿Y qué hay con eso?

ELISA—¿Cómo qué hay? Mira, mira las

señoritas siempre tan serias, como ríen y corren de un lado para otro. Parecen muy contentas..... ¿No sabes de veras lo que pasa.

MARÍA—Sí lo sé; lo que sucede es que dentro de tres días tendrán lugar los exámenes de esta Escuela, y por esto todas se ocupan en arreglar los salones del mejor modo posible, lo mismo que la Dirección y Biblioteca.

ELISA—¡Ah! ¿con que es eso?

MARÍA—Como van á ser los exámenes y asistirán á ellos muchas personas, es preciso que la Escuela esté muy bien arreglada y sobre todo muy limpia.

ELISA—Como es el primer año que asisto á la Escuela, no sabía nada de esto. Pero dime María, qué es eso de ex..... ex ¿cómo has dicho?

MARÍA—Exámenes..... dí conmigo, vamos: e-xá-me-nes.

ELISA—E-xá-me-nes, sabes que me cuesta mucho decir esta palabra; en mi vida he oído otra más difícil. Pero si ahora no me explicas el significado de esta palabra de poco me servirá haberla aprendido. Tú lo harás querida María, ¿no es verdad?

MARÍA—Con mucho gusto, Elisita. Ya sabes porque venimos todos los días á la Escuela.

ELISA—Sí lo sé: á la Escuela venimos todos los días á aprender muchas cosas.

MARÍA—Es cierto, venimos aquí á que nos enseñen á leer, escribir, contar; aprendemos también dibujo, labores y otras muchas cosas tan útiles como agradables. Las maestras se esmeran mucho en nuestra educación, desean que aprendamos todo lo que nos enseñan. De este modo ven compensados sus desvelos, se acreditan y gozan mucho á fin de año, viéndonos lucir y recibiendo las felicitaciones de nuestros padres y de los examinadores.

ELISA—Pero todavía no me has dicho lo que son exámenes.

MARÍA—Ahora te lo diré. Ya sabes que durante todo el año asistimos á la Escuela y que estudiamos aquí y en nuestras casas las lecciones que nos explican las maestras; pues bien: nuestros padres, los Inspectores y el Consejo desean saber si hemos aprendido algo; así como si nuestra conducta ha sido buena durante todo el año.

ELISA—Sabes María que es cuestión seria esa!

MARÍA—;Ya lo creo! Figurate los apuros en que se verán las raboneras que en vez de ir á la Escuela se entretienen en las calles incomodando á todos.

A fin de año pagan sus faltas.

Te aseguro que por nada de este mundo faltaría yo á mis deberes, para no tener que sufrir bochornos á fin de año.

ELISA—Yo también soy de tu opinión. ¿Y cómo hacen los examinadores para saber cómo nos hemos portado y lo que hemos aprendido?

MARÍA—Para saber como ha sido nuestra conducta durante todo el año, preguntan á las maestras y se fijan en los Registros en que éstas anotan con mucha prolijidad cuanto hacemos; después para averiguar si hemos aprendido ó no lo que nos han enseñado, nos hacen muchas preguntas y nos piden que les enseñemos los trabajos que hemos hecho en la Escuela. Según sean estos y nuestras contestaciones nos ponen altas ó bajas clasificaciones.

ELISA—Pero no reprenden á las que han sido malas y desaplicadas.

A mí no se me importa tanto que me pongan un cero, como que me abochornen delante de todos. ¡Dios me libre!

MARÍA—Es cierto que esto es muy feo; pero no lo es menos quedarnos calladas en presencia de los examinadores, de las maestras y de las muchas personas que asisten á los exámenes; que coloquen al lado de nuestro nombre un cero y que al año siguiente nos dejen en el mismo grado. ¡Oh! esto es como para morirse!

Y hay otra cosa Elisita que es lo peor de todo: nuestros padres que tantos sacrificios hacen para tenernos algunos años en la Escuela, esperan como justa recompensa de sus desvelos, que aprovechemos bien el tiempo y que probemos haberlo hecho así en los exámenes ¿qué dirán al vernos mudas?

ELISA—¡De veras! no había pensado en eso; pero ha de ser cosa triste para todas, salir mal en los exámenes. ¿Cómo se reirán las personas que por puro gusto asisten á los exámenes?

MARÍA—Ya lo creo; y esas mismas risas burlonas, cuánto harán sufrir á nuestros buenos padres! Por ellos debemos nosotras ser buenas y aplicadas; bien merecen que hagamos por su felicidad este pequeño sacrificio cuando tanto han hecho por nosotras.

ELISA—Es verdad, por mi parte haré cuanto pueda, á fin de que mis padres y maestras queden contentas de mi aplicación y conducta.

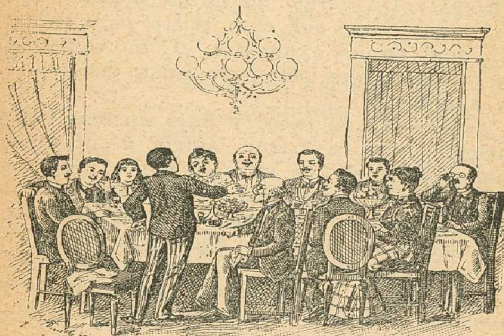
Entremos ahora y dediquémonos á arreglar nuestro salón de clase. Yo traeré varios ramos de flores.....

MARÍA—Y yo, una carpeta de brocato punzó para el escritorio. Vamos á trabajar Elisa.

ELISA—Vamos, María.

LECTURA XLIII.

Un talento.



—No hay quien iguale á mi hijo, su talento asombra—;creo que con el tiempo este niño será notable!

Estas y otras cosas semejantes decían con frecuencia Don Baltasar y Doña Dominga refiriéndose á su hijo Pancho.

—Soy una madre dichosa, porque Dios me ha concedido un hijo tan hermoso como inteligente. En tan corta edad asombra á todos por sus acertadas respuestas; ¿qué será cuando sea hombre?—esto decía á sus amigas Doña Dominga.

Casi siempre oía Pancho estos elogios, y á fuerza de escucharlos, llegó á convencerse de que los merecía y de que todos tenían el deber de prodigárselos.

Cuando nadie lo hacía, Pancho estaba de mal humor.

Si se encontraba en una reunión y ninguna de las personas presentes se ocupaba de él, buscaba los medios de que la conversación recayera sobre educación, libros, etc. Muy pronto Pancho se hacía conocer en todas partes.

Un día toda su familia había sido invitada á comer en casa del señor Gimenez. Á dicha comida asistieron también varias familias.

Después de haberse paseado todos durante un buen rato por los jardines del espléndido palacete del Señor Gimenez, se sentaron á la mesa. La comida fué muy cordial. Se habló de diferentes cosas y por último se trató de la educación de los niños.

Los padres de Pancho se alegraron mucho de esto porque vieron llegado el mo-

mento oportuno para que su hijo luciera su talento.

Casi todos los papás, dijeron que sus hijos no llamaban la atención por su inteligencia; que les costaba mucho hacerlos estudiar, etc.

—En cuanto á eso, dijo Don Baltasar, soy el padre más dichoso del mundo; Dios me ha concedido un hijo que posee un talento extraordinario. El estudio es para él un juego divertido, nada le cuesta aprender; su inteligencia es tan vasta que todo lo abarca.

—Sí, dijo la madre radiante de orgullo y de alegría; creo que en el mundo no hay otro Pancho!

Este no esperaba otra cosa para intervenir en la conversación y deslumbrar á todos los que ya tenían fijos los ojos en su persona.—Ernesto Gimenez, hijo del dueño de casa, á quien habían chocado sobre manera los elogios que se tributaban á Pancho y mucho más la fatuidad de éste y teniendo además el convencimiento de que Pancho nada sabía, y que solo debido á su elevada posición social se disimulaba su ignorancia y se le concedían méritos de que carecía, resolvió darle una lección que lo escarmentara para siempre.

Con este fin, inició la siguiente conver-

sación: ¿Cómo te va Pancho, en el curso de Física?

—Oh—respondió éste con énfasis: en esta materia soy el primero de la clase y he salido sobresaliente en los últimos exámenes. ¡Es tan interesante la Física! añadió con tono sentimental. ¿Quién puede estudiar sin interés el calor que tantos beneficios nos produce?

¡Oh! yo me extasio elevándome en el aire envuelto en los vapores que levanta el sol, viendo como éstos se convierten en *nimbus*, *cúmulos* y *círrus* que después de vagar solitarios por el espacio se transforman en lluvias que fecundizan la tierra. Admiro al que inventó el termómetro que nos anuncia cuando lloverá; los globos aereostáticos que nos permiten estudiar astronomía sin libros.

¡Oh! y cómo me complazco en contemplar la inmensidad del mar, surcada por los navíos que llevan la civilización á los mundos más apartados! ¿y quién no se admira de ver la cumbre de los montes cubiertos de nieves eternas? ¿Y los ferrocarriles que cruzan los desiertos; que trepan por los montes? ¡Oh la Física! ¡la Física! tiene para mí encantos indecibles. A duras penas pudieron contener la risa Ernesto y todos los demás comensales, entre los que se encontraban personas ilustradísimas.

Solo los padres de Pancho no se daban cuenta de los disparates que decía su hijo y del concepto que todos se formaron de su inteligencia y sabiduría.

Pancho en el colmo del entusiasmo, prosiguió: todos los estudios me son fáciles, pero ninguno es para mí fuente de tantos placeres como el de la literatura.

Esta ciencia, me ofrece un vasto campo donde esplayar mi genio é inteligencia. Escalo el Parnaso, asisto á las asambleas de los Dioses y departo amigablemente con las musas, quienes me regalan torrentes de inspiración mediante los que, veo la vida color de rosa; sin nubes el cielo; los campos cubiertos de flores que liban las aves; los insectos que vuelan de rama en rama, y los peces nadando en el mar..... y todo esto que mi fantasía vé, lo traspaso al papel..... y conmuevo con mi palabra inspirada á las turbas plebeyas que me escuchan!

Una carcajada general siguió á estas últimas palabras.

Estupefacto quedó Pancho; y mucho más sus padres al ver tan mal parado el talento de su hijo.

Tristes y abochornados se retiraron de aquella reunión, jurando no iniciar jamás conversación alguna referente á la inteligencia y conocimientos de Pancho.

LECTURA XLIV.

El último consejo y el primer dolor.

El año 1871, llamado con justicia el año del luto y del llanto, será de eterna y triste memoria para Buenos Aires.

La fiebre amarilla, se cernía terrible y amenazadora sobre la populosa ciudad, segando con implacable saña preciosas vidas y llenando de luto y dolor muchos hogares en que antes reinaba la dicha y la alegría.

Nada respetó el terrible flagelo: sus reales se extendían desde la humilde vivienda del proletario, hasta el opulento palacio del magnate poderoso. Lágrimas enjugó la aristocrática mano de la dama encumbra-da y lágrimas secó también la mano callosa del obrero y del mendigo.

Mas que una ciudad, parecía Buenos Aires, un vasto cementerio.

El bullicio y la animación que caracterizan á esta ciudad habían desaparecido por completo; solo las campanas con su triste

voz anunciaban la partida de nuevos seres para la eternidad.

El 9 de Abril, fué sin duda uno de los días más aciagos de aquella espantosa jornada de la muerte.

El día estaba triste y oscuro, pardas nubes cubrían el cielo y una fría y menuda lluvia caía lentamente dando así más lúgubre aspecto á la ciudad entera.

Parecía que la Naturaleza acompañaba al pueblo en su inmenso dolor, derramando con él, sincero llanto.

En una casa de la calle Rivadavia, cuyo número no creo oportuno indicar, hubiéramos podido presenciar en la noche indicada lo siguiente: en una de las habitaciones de aquella casa, yacía en el lecho del dolor, un hombre cuya edad frisaría en los cuarenta y dos años. Los síntomas de la muerte habían impreso ya sus indelebles señales en su simpático y varonil rostro.

Su tez amarilla, contrastaba singularmente con su negra barba y con sus azules y melancólicos ojos.

La espaciosa frente surcada por dos profundas arrugas, parecía contraerse de vez en cuando, como si algún triste pensamiento lo preocupara en aquel instante.

Abría y cerraba con lentitud sus párpados y volvía al cielo suplicantes miradas,

mientras que un hijo convulsivo entrecortaba su respiración.

Lijeramente recostado sobre algunas almohadas, tenía entre las suyas las manos de una mujer joven aún, que lloraba amargamente, ocultando su rostro en las blancas sábanas de la cama.

A los piés de esta, y apoyados sus brazos en el espaldar y con las manos cruzadas en ademán de súplica, una anciana octogenaria, balbuceaba una oración mientras que de sus ojos caían silenciosas lágrimas.

Cinco niños de corta edad rodeaban también el lecho del moribundo.

Solo se oía en aquella habitación el estertor del agonizante y el llanto de la familia.

Haciendo un supremo esfuerzo, el enfermo acercó á su pecho la cabeza de su esposa, y con entrecortado acento dijo: esposa mía, dulce y fiel compañera de mi vida, no llores así, no te entregues á la desesperación, no amargues los últimos instantes de esta vida que se acaba..... Só fuerte como debe serlo toda mujer cristiana..... no ofrezcas á tus hijos el triste ejemplo de una madre sin fé!.....

Peregrino en este mísero mundo, toco al término de la jornada sin que un mal recuerdo turbe la tranquilidad de mi alma.

Dentro de pocos instantes compareceré ante el trono de Dios, con la alegría del justo, con la satisfacción del que nada debe!.....

¿Lloras querida mía porque ya no estaré á tu lado? ¡Oh! sí estaré..... mi alma te acompañará y velará por tí desde aquel mundo que me brinda dichas inefables!..... Además piensa que no quedas sola..... cinco hijos quedan bajo tu amparo..... no quieras que por tu causa..... por tu falta de valor sufran ellos..... Hoy tu misión en la tierra es aun más sagrada que antes.

¡Sé buena madre..... vela por ellos y Dios no te abandonará jamás!

Hijos míos, acercaos..... dejad que por última vez os vea y os dirija la palabra.

¡Dentro de un instante ya no quedará del padre que tanto os amó en la tierra más que un miserable despojo!..... pero debe quedar grabado siempre en vuestra memoria lo que os voy á decir.....

No olvidéis jamás que la vida es un soplo..... que dura tan solo un instante..... pero que con todo nos parece inmensamente larga por lo mucho que sufrimos en ella..... Es muy cansada la vida..... inmensas las penas que en su curso nos abruman..... muchas y muy amargas las lágrimas que derramamos; pero

también es muy grande la dicha que experimentamos cuando al llegar al fin de la existencia, ni un solo recuerdo triste turba la tranquilidad de nuestra alma y ni una sombra empaña el puro cielo de nuestra conciencia.....

¡No olvideis nunca hijos míos queridos..... que hay otra vida, cuyos resplandores desde aquí vislumbro!

Trabajad, hijos de mi alma; pero no lo hagais solo para esta efímera vida, hacedlo principalmente para aquella que es más bella y eterna!..... Tened presente que existe un Dios que juzgará vuestras acciones más insignificantes..... Sed buenos y virtuosos!..... amaos los unos á los otros..... sed unidos como si fueseis una sola persona..... Amad á vuestra madre que ahora es lo único que os queda en la tierra. Mi ausencia momentánea, le causará profundo pesar..... un vacío inmenso se formará á su lado..... llenadlo con vuestro amor.....!

Siento que mi vida se extingue por momentos..... dadme el último abrazo, y recibid mi bendición!

Se acercaron los niños y el moribundo los estrechó febrilmente contra su pecho, dirigiendo á cada uno palabras tiernas y afectuosas.

Lloraban sin consuelo los niños y la pobre esposa era presa en aquel momento de la mayor desesperación.

El hipo se hizo más pronunciado; su rostro tomó un aspecto cadavérico; sus ojos jiraron dentro de las órbitas y estendiendo sus manos como si buscara algo en el vacío, dijo con voz apenas perceptible: esposa..... hijos queridos..... que Dios os bendiga como yo lo hago..... adios! y apoyando sus trémulas manos sobre las cabecitas de los niños que se habían arrodillado al lado de la cama, espiró.

Así concluyó la vida aquel padre ejemplar..... aquellos pobres niños sufrieron en esta ocasión el primer dolor de su vida.

Querrán saber ahora mis queridos lectorcitos, si aquellos hijos cumplieron la última voluntad de su padre.....

Siento mucho tenerles que decir..... que..... no!!

LECTURA XLV.

Las bodas de la muñeca.



No hay niñas que no hayan jugado alguna vez á las muñecas; que no se hayan extasiado, meciéndolas en sus brazos mientras les cantaban el monótono arro-ró que aprendieron de sus madres.

Hay niñas cariñosas en extremo con sus muñecas, que no solo se han preocupado de su ajuar sino hasta del porvenir de aquellas.

Al jugar con las muñecas imitan las niñas todo lo que ven á las personas mayores. Así vemos que las bautizan, poniéndoles los nombres más poéticos; las comulgan, y confirman y hasta las acompañan á la última morada con la misma solemnidad y respeto que si fueran personas.

En estas interesantes ceremonias no faltan las risas, las lágrimas y las frases sentimentales que son de práctica en tales casos.

De todas las ceremonias que las niñas practican con sus muñecas, es sin duda la de las bodas, la más interesante de todas.

Tuve el placer de asistir á una, cuyo relato voy á hacer. Todos los domingos se reunían en casa de la Sra. de Diaz, unas quince ó veinte niñas amigas todas de la única hijita de la señora de la casa.

En esta simpática reunión veíanse todos los tipos, tanto en las niñas como en las muñecas; rubias lindísimas, al lado de morochitas encantadoras, todas alegres y pispiretas, todas graciosas y sobre todo excelentes mamitas de sus nenitas.

Estas reuniones son verdaderas asambleas

en donde se habla de trajes, sombreros, encajes y de cuanto se refiere á muñecas.

Allí se dan espléndidos banquetes, de los que las muñecas solo en apariencia participan, porque sentadas en torno de la mesa, conservando su rigidez habitual, son obsequiadas por las niñas las que después de ofrecerles cada bocado, concluyen por comérselos ellas.

En uno de estos banquetes se concertó el enlace de la preciosa muñeca Monina con el elegantísimo Lindoro quienes á juicio de las pequeñas damas habían simpatizado desde hacía mucho tiempo.

Se fijó el día y hora en que debía verificarse la ceremonia nupcial; se nombraron los padrinos y se enviaron tarjetas de invitación á todas las amigas.

No hay necesidad de decir que ninguna faltó á la cita.

Las muñecas lujosamente vestidas, traían regalos para los novios. Estos ataviados con elegancia esperaban la llegada del sacerdote.

Monina estaba encantadora: vestía un traje de faya blanca con larga cola; sus rubios y rizados cabellos estaban cubiertos por un largo velo de tul y sugeto con una corona de azahar.

Monina

Lindoro, llevaba con sin igual gallardía un hermoso traje de frac.

Llega por fin el momento solemne. Entra el sacerdote, que es un precioso chililín, vestido con sotana y casulla bordada. Lleva debajo del brazo un libro, y lo sigue otro niño también de sotana, que trae en sus manos el hisopo y demás útiles.

Se adelantan gravemente y toda la concurrencia se pone de pié.

Un altar se ha levantado de antemano en la sala y á él se dirijen los sacerdotes niñas y muñecas.

Los novios conducidos por sus respectivos padrinos, se arrodillan á los piés del sacerdote que ya les esperaba delante del altar.

Abre el libro y con voz gangosa, lee los consejos destinados á los esposos; les enuncia los muchos deberes que su nuevo estado les impone y después de interrogar á los presentes si había algo que pudiera impedir el casamiento, dijo volviéndose á la novia:

«Señorita Monina Sin Penas, acepta Vd. por esposo y marido á Don Lindoro Imposible?»

—Sí padre, contestaron las niñas mientras la novia inclinaba gravemente la cabeza.

—Y Vd. Don Lindoro Impasible, acepta por esposa y mujer á D.^a Monina Sin Penas?

—Sí padre.

—Bueno, dijo el cura y tomando de manos de su ayudante el hisopo, roció con el agua bendita á los novios diciendo al mismo tiempo: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo os caso.

—Amén, contestaron á una voz todas las niñas.

LECTURA XLVI.

Paseo á una isla del Tigre.

Una persona nos refirió lo siguiente de un paseo efectuado á una de las más lindas islas del Tigre.

«Paseábamos un día por un lindo bosquecillo de una de las islas del Tigre».

«El más pintoresco paisaje se ofrecía á mi vista. Por un lado el río Luján, corría mansamente encerrado en un marco de esmeralda, surcado por mil navecillas que graciosas ostentaban blancas velas y gallardetes de diferentes colores».

«Los buques de guerra anclados en este paraje contrastaban singularmente por su aspecto imponente y fuerte con el porte delicado y ligero de los botecitos».

«Estos iban tripulados por hermosas niñas, en cuyos juveniles rostros se reflejaban la alegría y la felicidad de su alma».

«Todas en coro cantaban una graciosa barcarola á cuyo compás movían cadenciosamente los remos y la barquilla avanzaba lentamente cortando las olas. Detrás de ésta seguía otra tripulada por bizarros jóvenes, que con violines y flautas acompañaban la canción de las niñas».

«Sobre la cubierta de los torpederos, fragatas y vapores, multitud de marinos de todas categorías, contemplaban absortos el magnífico aspecto que presentaba el río».

«El humo de las fábricas instaladas en las márgenes del Luján, levantaba prolongadas espirales que iban á perderse en el seno de las nubes. El ruido de martillos, yunques, sierras y motores, formaba también otra música que concertaba estrañamente con el canto de los paseantes, el ruido de los remos y el murmullo de las olas.».

«Todo esto contemplaba desde mi observatorio y deseando dar también un vistazo al interior de la isla, púseme á recorrerla en todas direcciones».

«Si hermoso era el aspecto del río, no lo era menos el que presentaba la isla. Corpulentos sauces, bañando sus llorosas ra-

mas y hojas en el río, veíanse en una parte, mientras en otra, bosquecillos de naranjos y durazneros entrelazaban sus ramas formando glorietas en las que no penetraba un solo rayo de sol».

«Caminaba lentamente, pisando mullida alfombra de musgo y hojas secas y abriéndome paso con las manos».

«Llegué á un paraje, desde donde no pude avanzar más por impedírmelo una infinidad de enredaderas de diferentes clases que habían formado una pared tan espesa que ni la luz podía atravesar».

«Al llegar á este pintoresco sitio, percibí un ligero ruido, algo así como un dulce arrullo ó una vocesita infantil».

«Me detuve para escuchar..... después dí una vuelta y pude llegar al sitio de donde parecía salir aquel ruido que me había preocupado».

✦ «Figúrense un nido delicioso formado de verdes ramas, tréboles, margaritas y musgo, cobijado por árboles frondosos y enredaderas en flor en el que descansaban tranquilamente dos lindísimas niñas y tendrán una idea del cuadro encantador que durante unos instantes, arrobó mi atención».

«Una de las niñas tendría catorce años, y era una morochita bellísima, de grandes

y rasgados ojos negros y de ensortijados cabellos».

«Vestía de blanco y se hallaba acostada en el nido descrito, sirviéndose de uno de sus mórbidos brazos como de almohada, mientras con el otro rodeaba la cabecita de la otra niña que apenas contaría dos años de edad».

«La más pequeña dormitaba, teniendo su cabeza recostada sobre el pecho de la mayor. Ambas entonaban una dulce canción, pero en voz tan baja que podía muy bien confundirse con el ruido que las hojas remecidas por el viento producen».

«Poco á poco la voz se fué estinguendo..... ya no se percibían palabras enteras sino entrecortadas, y por último, nada más que un ronquido suave..... Aquellos dos ángeles dormían el sueño de la inocencia velados por la Naturaleza».

«Largo rato permanecí contemplando aquellos dos serafines, y de todo lo que ví aquel día en la isla, seguramente son ellos los que más gratos recuerdos han dejado en mi alma».

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE

—❖ POESIAS ❖—

América.

Tendida sobre sábanas de rosas
A la sombra de amor de sus palmeras;
Bajo un cielo de eternas primaveras
Guardada por los ángeles de Dios,
Una encantada tierra de deleites
Maravilloso mundo de colores,
Dormía entre sus aves y sus flores
Arrullada por músicas de amor.

Y es fama que cual hada peregrina
Que del seno del mar surgiera un día
Orlada de joyante pedrería
Hiriendo con su luz la luz del sol;
Así la hermosa madre de los Incas
Surgió del seno de joyantes mares,
Y presentóla al mundo sobre altares,
El genio audaz del inmortal Colón!

.....

JUAN CRUZ VARELA.

II.

Alegoria

(para una fiesta de Gervasio Mendez)

PRIMER NIÑO

La poesía es la luz del infinito,
Que baja, como el cielo en el crepúsculo
A acariciar las almas donde tiene
La sombra del dolor eterno culto.

SEGUNDO NIÑO

Es verdad: ¿en las almas soñadoras
Qué pensamiento azul no está de luto?
El poeta es el mártir de la vida,
Que ahoga el ideal en torno suyo.

LA NIÑA

En donde está el dolor está el consuelo,
Para cada gemido hay un arrullo;
Yo con mi corazón barro las sombras,
Yo con besos las lágrimas enjugo.

Yo, la mujer, sobre la tierra tengo
La celeste misión de ser tu escudo:
Yo soy la mesa del amor, poeta,
Y coronó en tu frente el infortunio.

MARTIN CORONADO.

III.

No todo es ceniza.

I.

Cuando miro brotar del cigarro
Caprichosas las hebras del humo
Y en el aire tejer filigranas
Que se enredan y duran un punto,
Me imagino los sueños informes,
Los fantasmas de extraño dibujo,
Con que puebla sus ocios sombríos
El que vive incompreso en el mundo.

II.

Cuando miro correr lentamente
Chispeante la braza rojiza
Y adornar del cigarro los bordes
Con un cerco de lúgubre cinta,
Me figuro las íntimas ansias
De esos seres que solos palpitan,
Sin poder encontrar en el mundo
Un amor que les dore la vida.

III.

Mas si miro después por el suelo
En ceniza rodar mi cigarro,
De la brasa y el humo me olvido,
No ya en genios ni amantes reparo:
Pero dígame quedo,—tan quedo,
Que no escuche mi voz ni mi llanto:—
¡Grandes, chicos, felices, sinceros....
Un montón de cenizas, al cabo!

IV.

Si no fuera que existe en nosotros
Algo más, que no es humo ni fuego,
Algo más que no puede en cenizas
Convertir la pujanza del tiempo;
A no ser por esta alma, que vive
Encerrada en la cárcel del cuerpo,
¡Ay, Dios mío! ¡qué triste es pensarlo!
¡Qué distancia entre el mundo y el cielo!

RAFAEL FRAGUEIRO.

IV.

Los huérfanos.

Cuando el estruendo del festin resuena
En torno de tu mesa regalada,
Y entre las ondas del quemado aroma
El rumor de los brindis se levanta,
¡Acuérdate de aquellos
Que á los umbrales de tu puerta llaman!

Cuando, en el día de tus padres, jires
En el salón de la revuelta danza,
Y dejes, al pasar, enternecido
El beso de tu amor sobre sus canas,
¡Acuérdate de aquellos
Que sólo al borde de su tumba pasan!

Cuando el concierto de armonioso canto
Te arrulle con su música inspirada,
Y el lujo, y el fulgor y la alegría
Doblen el espectáculo que embarga,
¡Acuérdate de aquellos
Que solo al ¡ay! ¡de los pesares cantan!

Cuando en las horas de la noche negra
Contra tus muros la tormenta brama,
Mientras en lecho de mullida ropa
Junto á los hijos de tu amor descansas,
¡Acuérdate de aquellos
Que al solo amparo de los cielos andan!

Y cuando el rayo del albor primero
Entre por el cristal de tu ventana
A encender, bajo el párpado que duerme,
El fuego de la vida en tu mirada,
¡Acuérdate de aquellos
Que no despiertan más en la mañana!

¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma
Y sobre el cielo de la tierra triste,
El sempiterno hogar de la esperanza!

RICARDO GUTIERREZ.

V.

La propiedad.

Esta es mi propiedad!—dijo el magnate,
Y señaló un espacio de la tierra:
La costa de la mar es costa mía
Esa montaña es mi heredad paterna:

Los pinos seculares de su falda
El salvaje torrente que los riega,
El cielo que los cubre, todo es mío;
Soy tu señor, aquí, Naturaleza.

.....

Y el infinito tiempo de la vida
Continuó imperturbable, su carrera,
Y el soberbio cadáver del magnate
Alimentó al gusano de la tierra.

Allí á los piés de la montaña enorme
Que llamó un día su heredad paterna;
A la fúnebre sombra de los pinos,
Y de la mar de Dios en la ribera!

RICARDO GUTIERREZ.

VII.

Á un mendigo.

No vuelvas, no; no vengas, desgraciado,
A herir mi pecho con tu triste voz:
¿Qué he de ofrecerte yo desventurado,
Si habré mañana como tú implorado
Una limosna por amor de Dios?

¿Qué he de ofrecerte, en mi amargura y duelo,
Qué alivio puedo á tus pesares dar?
¿Porqué á un enfermo pidesle consuelo,
Que eleva triste la mirada al cielo,
También ansiando su dolor calmar?

¿Qué he de ofrecerte? Llanto y sufrimiento
¡Ay! fué la herencia que al crecer yo ví;
Ascendiendo las gradas del tormento,
Mi pecho lanza funeral lamento
¡Y nadie tiene compasión de mí!

¡Ah! tu no sabes, infeliz mendigo
Cuanto el acibar del dolor libé
Sin que el acento de un leal amigo,
En esa copa que apurando sigo
Consuelo alguno á mi tormento dé.

Ya ves hermano que la misma suerte
Corremos ambos del destino en pos;
En mí descarga su segur la muerte
Mientras tu pides, con el lábio inerte,
¡Una limosna por amor de Dios!

La misma nó: yo soy más desgraciado
En mí triste, azarosa juventud,
Yo, qué lágrimas bebo en el pasado
Y hallo en el porvenir un ataúd.

¡Morir tan joven sin haber dejado
Quien derrame una lágrima de amor!
¡Mi sepulcro de todos olvidado
Estará sin un mármol ni una flor!

Y allá en la tarde, cuando el sol esparza
Sobre mi tumba su postrera luz,
Malezas sólo se verán y zarzas
¡Que al pié han brotado de una tosca cruz.

¡Morir tan joven sin haber dejado
Quien derrame una lágrima de amor!
¡Mi sepulcro de todos olvidado,
Estará sin un mármol ni una flor!

¡Ah! ya lo sabes infeliz mendigo,
Que voy también de la desgracia en pos.
Disculpa, hermano, si esta vez te digo
Que me perdones por amor de Dios.

GERVASIO MÉNDEZ.

VIII.

Nénia.

En idioma guaraní,
Una jóven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní:

Llora, llora, úrutaú
En las ramas del yatay,
Ya ne existe el Paraguay,
Donde nací como tú;
¡Llora, llora, úrutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pie
¡En el dulce Lambaré!

Padres, madres, hermanos ¡Ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay;
Padre, madre, hermanos ¡Ay!

De un verde úbirapitá,
Mi novio que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sepultado está
De un verde úbirapitá.

Rasgado el blanco *tipoy*.
Tengo en señal de mi duelo,
En aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgando el blanco *tipoy*.

Lo mataron los *cambá*
No pudiéndolo rendir;
El fué el último en salir
De Curucú y Humaitá;
¡Lo mataron los *cambá*!

¿Por qué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití
¿Por qué, cielos, no morí?

¡Llora, llora, Úrutaú
En las ramas del yatay
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú;
Llora, llora, úrutaú.

CARLOS GUIDO SPANO

IX.

La nueva infantil.

¿Emilio, qué ha sucedido?
¿Qué me tienes que decir?
¿Qué ha pasado? ¿Qué has oído?
¿Dónde andaste perdido?
¿Cómo tardaste en venir?

¡Nada tienes que contarme!
¡No tiene, Emilio, tu boca
Un tierno beso que darmel!
¡Emilio, quieres quitarme
Ese beso que me toca!

¿Qué en tu boquita sencilla
Busquen un mismo placer
Dos almas te maravilla?
¿No van á la fuentecilla
Dos pájaros á beber?

¿Y dime que más sufriste?
¿Tu le miraste muy fijo
Y estaba, Emilio, muy triste?
¿Eso pasó? ¿Y qué más dijo?
¿Y tú qué le respondiste?

¿Tú también le acariciastes?
¡Con que me amabas así!
¿Un abrazo? ¿y le besaste?
Y luego en fin le dejaste
Para contármelo á mí....

¡Deja que te sienta unido
Por esa dichosa nueva
Contra el pecho y comprimido,
Y que los labios te beba
En el beso que te pido.

CAROLINA CORONADO.

X.

Plegaria del alba.

Soñé, que allá, bajo el hogar paterno,
Dormido en tu regazo, madre mía,
Sobre mi frente pálida sentía
El beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que, al despertar, tu dulce acento
Como un eco del cielo desprendido,
Anidaba su música en mi oído
Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
Mis ojos ¡ay! acariciando abría!
Y al levantar los parpados, veía
El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
Rizó por mí tu venerable frente,
Como clara y purísima corriente
Besada por el soplo de la brisa!

Soñé... más ¡ay! que, al despertar del sueño,
Me hallé muy lejos del hogar amado
Y tan solo en mi espíritu grabado
Su semblante purísimo y risueño!

¡Ah! yo soñaba despertar contigo,
Madre de mis hermanos, madre mía,
Y me hallé que en un páramo dormía
Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo
Y besando tus flores perfumadas,
Acaso con tus lágrimas regadas,
Levanté mi plegaria de consuelo:

¡Feliz aquel que al despertar del día,
Aunque proscrito del hogar paterno,
Encuentra el corazón profundo y tierno
Que responda al llamarle: ¡madre mía!

RICARDO GUTIERREZ.

XI.

¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza
La viña lujuriente medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil,
Mientras él siembra el odio y la zizaña,
Mientras robustas manos siembran trigo;
Mientras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil,

El vínculo sagrado que nos une,
Le apretará con la honradez probada;
¡Sús, al combatel á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos
Hombres libres, de limpio corazón!

La gran naturaleza nos invita
A su festin suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos
La libertad, nos guíe con su luz;
Bajo su influjo bienhechor la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan:
A los valientes que en la lucha mueran
Un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis conscriptos del progreso;
Rasgue el arado el seno de la tierra;
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley;
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la rispida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga más liviana el noble canto
Del poeta; las artes con su encanto,
A nuestro rudo afán den galardón;
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando á los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud;
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
O elevando sus preces al Eterno
Que nos dé la esperanza y la salud.

CÁRLOS GUIDO SPANO.

XII.

Los dos valores.

(Democracia)

De una escuela en la pizarra
dejó cierta vez un niño
tres caracteres, tres Unos
á continuación escritos.

El número ciento once
representaban unidos
aunque eran uno, diez, ciento,
sus valores respectivos.

El uno de la derecha
abrió discusión y dijo:
—No es fundada en la justicia
nuestra sociedad opino.

Absolutamente iguales
somos los tres como signos;
¿porque yo he de valer uno;
tú diez, y ciento el vecino?

De tres estados sociales
somos nosotros los símbolos;
el uno que vale ciento
es el noble, el fuerte el rico;
el diez es la clase media,
Yo soy el pueblo oprimido:
¿quién el valor os ha dado
que así os arrogáis altivos?

¿Es la sociedad numérica
semejante por lo visto
á la del hombre, en que todo
es arbitrario ó inicuo?

Elementos inherentes
de un todo constitutivo
iguales somos, valemos
y hemos de valer lo mismo;
y si no me hacéis justicia,
ante los otros guarismos
del sistema, ante los pueblos
expondré el derecho mío.
A otros números demócratas
llamaré luego en mi auxilio
y han de acabar para siempre
los privilegios indignos.

El Uno que estaba en medio
(el burgués) quedó indeciso;
pero el Uno de la izquierda
respondió: Has perdido el juicio.

La naturaleza propia
de sistemas ú organismos
por necesidad impone
los valores relativos.

En diversas cantidades
he de encontrarme contigo
y el que ahora vale ciento
ocupará el puesto ínfimo.
Concibe por un instante
que te cediera mi sitio:
tú ganabas de seguro;
¿Más que ganaba el principio?

Porqué pasando á ser Uno,
he de quedar yo lo mismo
que tú al presente te hallas,
¿y que habrías conseguido?
¿Te figuras que no ocurre
igual á Cuatros y á Cincos?
Toda asociación requiere
cifras de órdenes distintos.
Resígnate, pues acaso
en el combinar fortuito
de los números, te toque
un lugar elevadísimo.

El maestro, que escuchaba
este diálogo, intervino;
puso en paz los contendientes,
narró el caso á sus discípulos,
y luego exclamó: en el mundo
sucede mis caros niños,
que nadie contento se halla
con su lugar ó destino.

En pueblos republicanos
puede cualquier individuo
recorrer todos los grados
del escalafón político.
Las unidades desean
ser decenas: y de fijo,
los dieces quieren ser cientos...
¿pero cómo conseguirlo?

*Por la labor y el trabajo
por la virtud distingulos,
que este valor absoluto
da todos los relativos.*

RODOLFO MENENDEZ.

XIII.

La vuelta al hogar.

RECUERDOS

Todo está, como era entonces:
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
Y las ramas con sus nidos!

¡Todo está! ¡Nada ha cambiado!
¡El horizonte es el mismo,
Lo que dicen esas brisas
Ya otras veces me lo han dicho!

Ondas, aves y murmullos,
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros.

Bajo aquel sauce que moja
La cabellera en el río,
Largas horas he pasado
A solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de seibo,
Me daba sombra y abrigo:
Un seibo que desgajaron
Los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos
Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos.

El seibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
¡Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
La última vez que nos vimos!
Tan solo cantaba un ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos;
¡Pobre zorzal que venía
A despedir á un amigo!

Era el cantor de las selvas
La imágen de mi destino
Viajero de los espacios
Siempre errante y fugitivo.

¡Adiós! parecían decirme
Sus melancólicos trinos;
¡Adiós! hermano en los sueños
¡Adiós! inocente niño.

¡Yo estaba triste! muy triste,
El cielo, oscuro y sombrío
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años,
Desde aquel día tristísimo,
Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos!

Hoy vuelve el niño hecho hombre
No ya contento y tranquilo
¡Con arrugas en la frente
Y el cabello emblanquecido!

Aquella alma limpia y pura
Como un raudal cristalino
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
A sus gigantes designios,

¡Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido!
Sombras de sueños, dispersas
Como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas, hojas de plata
Del árbol de lo infinito.

Solo el niño se ha vuelto hombre,
Y el hombre tanto ha sufrido
¡Que á penas trae en el alma
La soledad del vacío!

OLEGARIO V. ANDRADE.

XIV.

At home.

Bella es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud;
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa;
Si el aereo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad á Dios con fé sincera
Vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reúne y nos escuda
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Dá su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y el naufragio
Ansío rodearme de cariños,
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor,
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia
El ver crear en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid;
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia
Puras las manos, pura la conciencia
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbra
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació;
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber; en ella
El despotismo estúpido se estrella
La patria esclavizada redimió!

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo,
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad
Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de febril ternura,
Su venerada humilde sepultura
Con flores y con lágrimas regad!

Tomad ejemplo en él y cuando un día
Emprenda yo un viaje sin retorno,
Erigidme una cruz y de ella en torno.
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de paz, radiantes de armonía,
Podáis decir de vuestro padre amado;
Latió en su pecho un corazón honrado
No fué un prócer—fué más—hombre de bien!

CÁRLOS GUIDO SPANO.



XV.

Al Sol del 25 de Mayo.

Cascadas del Niágara y Tequendama
Donde el agua de un mundo se derrama
Para apagar de América la sed!
Amazonas, Ontario, bello Plata,
Donde la vírgen pura se retrata
En la márgen bañándose los piés!

Pampas inmensas, selvas olorosas,
Del Andes cordilleras orgullosas
Que corona la ardiente cruz, del Sud!
Perfumaos como nube de incensario,
Armonizaos cual himno del santuario
Para decir de Mayo al Sol: Salud!

Salve, página inmensa de la historia
Divino resplandor de la memoria
Fuente de perennal inspiración!
En tus alas de fuego me sublimas,
Y al entusiasmo sacro en que me animas
Calientas mi cabeza y corazón.

Hoguera abrazadora del gran Mayo,
Do se incendió terrible como el rayo
El fuego de un pensar generador;
Que el corazón templó cual hierro fuerte,
Y dió existencia á la materia inerte,
Como el soplo divino del Creador.

Sol de Mayo que entónces refulgente
Suspendido por Dios en el oriente
Alumbraste la gran Revolución;
Al fecundar su universal semilla
Hoy te doblan humildes la rodilla
Los nietos de esa audaz generación.

B. MITRE.

XVI.

«Este era un rey.....»

Ven, mi Juan, y toma asiento
En la mejor de tus sillas;
Siéntate aquí, en mis rodillas
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,
Muy cómodo, muy ufano,
Pero ten quieta esa mano:
Vamos, sosiega esos pies.

Este era un rey... me maltrata
El bigote ese cariño.
Este era un rey... vamos, niño,
Que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer
Ese rey... ¡Jesús! ¡que has hecho!
¿Lo ves? en medio del pecho
¡Me has clavado un alfiler!

¿Y mi dolor te da risa?
Escucha y tenme respeto:
Este era un rey... deja quieto
El cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley
Que á cumplir aquí te obligo...
Deja mi reloj... prosigo.
Atención. Este era un rey...

Me da tormentos crueles
Tu movilidad, chicuelo.
¿Ves? has regado en el suelo
Mi dinero y mis papeles.

Responde: ¿me has de escuchar?
Este era un rey... ¡qué locura!
Me tiene en grande tortura
Que te muevas sin parar.

Mas ¿ya estás quieto? Sí, sí,
Al fin cesa mi tormento...
Este era un rey, oye el cuento
Inventado para tí...

Y agrega el niño, que es ducho
En tramar cuentos á fe:
«Este era un rey... ya lo sé
»Porque lo repites mucho.

»Y me gusta el cuentecito
»Y mira, ya lo aprendí:
»Este era un rey»... ¿no es así?
»¡Qué bonito! ¡Qué bonito!»

Y de besos me da un ciento,
Y pienso al ver sus cariños:
Los cuentos para los niños
No requieren argumento.

Basta con entretener
Su espíritu de tal modo
Que nos puedan hacer todo
Lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato ó rudo
Un niño, sin hacer caso,
Va dejando paso á paso
A su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama
Con esas dulces locuras,
¡Si estriba en sus travesuras
El argumento del drama!

¡Oh Juan! me alegra y me agrada
Tu movilidad tan terca:
Te cuento por verte cerca
Y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,
Y oye el cuento y lo sabrás:
«Era un rey á quien jamás
»Le sucedió cosa alguna.»

JUAN DE DIOS PEZA

XVII.

El abuelo y el nieto.

DOLORA

(Para recitar)

—Una pregunta quisiera
haceros.

—Hazla en seguida.

—Abuelito, ¿qué es la vida?

—Una sombra pasajera.

—¿Y el hombre?

—Pura ilusión.

—¿Nada más?

—¡Y á veces capa
de cieno!... Acerca ese mapa
y escucha con atención.

¿Ves el trazo desigual
de ese perfil, hijo mío?

—Este representa un río
muy caudaloso.

—Cabal:

el Ebro, que en la vertiente
brota de estos peñascales,
y cuyos limpios cristales
forman sosegada fuente.

Aun recuerdo la bondad
de sus aguas.

—Las bebimos
hace un año, cuando fuimos

juntos á Soria.

—¡Verdad!

—Pues hijo, sin que te asombre,
si aquí tu atención se para,
ver en esa fuente clara
puedes la imagen del hombre.

Limpia de mancha y delito
nace toda criatura,
como la corriente pura
cuando brota del granito.

Pero dejemos atrás
la fuente, que es nuestra vida
y que pronto convertida
en ancho río verás.
Sigue, sigue por aquí
el curso del Ebro

—Esta es

Zaragoza.

—¡Justo! ¡Pues!

—¡Qué grande es el río!

¡¡Sí!!

—Mas ya es turbio el manantial;
ya se ha trocado la fuente
en ancho río potente
que amaga á una capital.

Del Ebro la transparencia
empañaron con su lodo
lluvia y torrentes á modo
que se empaña la existencia.

Pues al tomar proporciones
del ser humano la vida,
halla siempre en su crecida
el lodo de las pasiones.

Y al más torpe se le alcanza
que pierde el niño en pureza
tanto como en su grandeza
y en su desarrollo avanza.

—¡Comparación singular!

—¿Te convences?

—Prosigamos.

—Falta muy poco. Ya estamos en Tortosa.

—¡Y luego el mar!

—Sí, hijo mío: donde fina el Ebro impetuoso y fiero, y el dulcísimo reguero de su fuente cristalina.

¡Que ese mar profundo y bravo es parecido á la muerte, en donde el débil y el fuerte pagan su tributo al cabal!

Y no habrá en el mundo, no filósofo que replique...

¡Lo dijo Jorge Manrique que sabía más que yo!

MARCOS ZAPATA.

XVIII.

Himno Nacional Argentino.



Oíd ¡mortales! el grito sagrado
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas:
¡Ved en trono á la noble Igualdad!
Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación,
Coronada su sien de laureles,
Y á sus plantas rendido un León.

CORO

*Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos:
Ó juremos con gloria morir.*

De los nuevos campeones los rostros,
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos,
Á su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando á sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

CORO

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor:
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos, la Envidia
Escupió su pestífera hiel:
Su estandarte sangriento levantan,
Provocando á la lid más cruel.

CORO

¿No lo veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz:
Y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto y llanto, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

CORO

A vosotros se atreve ¡Argentinos!
El orgullo de un vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre
Fuentes pechos sabrán oponer.

CORO

El valiente argentino á las armas
Corre ardiendo con brío y valor:
El clarín de la guerra cual trueno,
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone á la frente
De los pueblos de la ínclita Unión:
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo León.

CORO

San José, San Lorenzo, Suipacha
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el bravo argentino triunfó:
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

CORO

La victoria al guerrero Argentino
Con sus alas brillantes cubrió:
Y azorado á su vista el tirano
Con infamia á la fuga se dió:
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la Libertad:
Y sobre alas de gloria alza el Pueblo
Trono digno á su gran majestad.

CORO

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín:
Y de América el nombre enseñando,
Les repite, ¡Mortales! Oíd:
Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud!!!
Y los libres del mundo responden:
¡Al gran pueblo Argentino salud!

CORO



INDICE

PRIMERA PARTE

Lectura	Página
I Niños dichosos...	4
II El nido de calandrias...	6
III El obsequio de los ratones...	10
IV Un montaráz...	14
V Un ladronzuelo...	16
VI El vestido de ocho arcos...	18
VII El rancho...	23
VIII Carta de una amiguita a otra...	25
IX La fuente de los milagros...	28
X El Terranova...	32
XI La niña coqueta...	36
XII La mina de oro...	41
XIII ¡Solo en el mundo!	47
XIV El guachito...	50
XV El amigo del cocodrilo...	53
XVI Don Domingo Faustino Sarmiento...	59
XVII Elena...	63
XVIII La Oración.—Diálogo entre una madre y una hija.	68
XIX Un fantasma...	73
XX La bandera Argentina...	81
XXI Un hogar tranquilo...	85
XXII Castillos en el aire...	87
XXIII Belgrano...	92
XXIV Recuerdos...	96
XXV Lila y Flor de María...	100
XXVI Las criticonas...	111
XXVII El Parque Lezama...	114
XXVIII Protectores de los niños...	121
XXIX San Martín...	125
XXX Las dos mariposas...	130

Lectura

Página

XXXI	El guiso de piedras.....	134
XXXII	Amadeo.....	142
XXXIII	Un rebaño.....	146
XXXIV	Una buena madre.....	153
XXXV	Una heroína.....	157
XXXVI	Cuento de Hadas.....	162
XXXVII	Lo que sueña Ofelia.....	172
XXXVIII	Diálogo patriótico.....	175
XXXIX	Justicia de Dios.....	180
XL	Una visita á la Tienda Á la Ciudad de Londres...	188
XLI	Mi nenuca.....	196
XLII	Los exámenes.....	199
XLIII	Un talento.....	204
XLIV	El último consejo y el primo dolor.....	209
XLV	Las bodas de la muñeca.....	215
XLVI	Paseo á una isla del Tigre.....	219

SEGUNDA PARTE

Poesías

	Página
I JUAN CRUZ VARELA	América..... 223
II MARTIN CORONADO	Alegoría..... 224
III RAFAEL FRAGUEIRO	No todo es ceniza..... 225
IV RICARDO GUTIERREZ	Los huérfanos..... 226
V » »	La propiedad..... 227
VII GERVASIO MENDEZ	A un mendigo..... 228
VIII CÁRLOS GUIDO SPANO	Nénia..... 230
IX CAROLINA CORONADO	La nueva nfiantil..... 231
X RICARDO GUTIERREZ	Plegaria del alba..... 233
XI CÁRLOS GUIDO SPANO	¡Adelante!... .. 234
XII RODOLFO MENDEZ	Los dos valores..... 236
XIII OLEGARIO V. ANDRADE	La vuelta al hogar..... 239
XIV CÁRLOS GUIDO SPANO	At home..... 243
XV BARTOLOMÉ MITRE	Al Sol del 25 de Mayo..... 245
XVI JUAN DE DIOS PEZA	«Este era un Rey...».. . 247
XVII MARCOS ZAPATA	El abuelo y el nieto..... 250
XVIII VICENTE LOPEZ	Himno Nacional Argentino 253





